

PAPELES

CUESTIONES INTERNACIONALES DE PAZ, ECOLOGIA Y DESARROLLO



Sarajevo. D. Dagnino. ACNUR

**Bosnia después
del ultimátum**

**Isaiah Berlin: conflicto y
nacionalismo**

**La vuelta de Zapata en
tiempos del NAFTA**

**Refugiados e
intervencionismo
humanitario**

**Medio ambiente y
desarrollo**

FUNDACION HOGAR DEL EMPLEADO

CI
P

Centro de Investigación para la Paz

PAPELES n^o 50 - 1994

Cuestiones internacionales de paz, ecología y desarrollo

Director

Mariano Aguirre

Consejo de Redacción

Nicolau Barceló, Vicenç Fisas, Graciela Malgesini, Angel Martínez González-Tablas, Alberto Piris, Francisco Rey.

Edición literaria

Flora Sáez

Colaboradores habituales y asesores

Ana Alonso, Lucía Alonso, Jesús M. Alemany, Pablo Carbajosa, Javier Díaz Malledo, Alfonso Dubois, Vicente Garrido, Johan Galtung, Susan George, Xabier Gorostiaga, Fred Halliday, Michael T. Klare, Saul Landau, Robert Matthews, Maxine Molyneaux, José M. M. Medem, Roberto Montoya, Pedro Sáez, José A. Sanahuja, Dan Smith, Joe Stork, José María Tortosa, Berna Wang.

Papeles es una publicación trimestral del Centro de Investigación para la Paz (CIP), organización no gubernamental, privada, independiente y no lucrativa, auspiciada por la Fundación Hogar del Empleado (FUHEM).

El CIP realiza diversas actividades sobre paz, economía y sociedad, y ecología. Información sobre las actividades del centro puede solicitarse a Alcalá, 117, 6º, 28009 Madrid.

Diseño de portada: Pedro Arjona

Diseño interior: Marian Cao

I.S.B.N.: 84-87567-55-X

Depósito legal:

Las opiniones de los artículos publicados no reflejan necesariamente las del Centro de Investigación para la Paz y son responsabilidad de los autores.

Impresa en papel ecológico.

PRESENTACION	5
---------------------	----------

TEORIA

Diez razones por las que el crecimiento del ingreso en el Norte no es la solución para la pobreza en el Sur	13
--	-----------

Robert Goodland y Herman Daly

Violencia y pobreza	31
----------------------------	-----------

José María Tortosa

Pluralismo, conflicto y nacionalismo: aproximación al pensamiento de Isaiah Berlin	39
---	-----------

Elena García Guitián

Isaiah Berlin: dos conceptos de nacionalismo	49
---	-----------

Nathan Gardels

ACTUALIDAD

Bosnia: después del ultimátum	63
--------------------------------------	-----------

Mariano Aguirre y Pedro Sáez

La cuestión de los refugiados y el intervencionismo humanitario	69
--	-----------

Sadako Ogata

Chiapas: el regreso de Zapata en tiempos del NAFTA	73
---	-----------

Roberto Montoya

El guardián de la no proliferación nuclear	79
---	-----------

Harald Müller

DEBATE

Una fuerza voluntaria para la ONU	89
--	-----------

Comentarios de Gabriel Jackson, Roberto Mesa y Peter Weiss

TESTIMONIOS

**Escalas de buques nucleares: una
sentencia contradictoria** 99

Nicolau Barceló

**Desertización y migraciones:
cuestiones clave** 103

Graciela Malgesini

**Ecología y desarrollo: problemas
dialécticos** 107

Susana Casado y Angel A. del Santo

RESEÑAS DE LIBROS

**La objeción de conciencia – Ejército,
individuo y responsabilidad moral, de
José Luis Gordillo** 114

Alberto Piris

**Renaissance d'une puissance? –
Politique de défense et réforme militaire
dans l'Espagne démocratique, de
Bernard Labatut** 119

Alberto Piris

**La pobreza capitalista, de José María
Tortosa** 121

Alfonso Dubois

**Crecimiento, competitividad, empleo.
Retos y pistas para entrar en el siglo
XXI, de Jacques Delors** 123

Angel Martínez González-Tablas

**Crisis y acción humanitaria
independiente. Escenarios de crisis, de
Médicos Sin Fronteras** 128

Francisco Rey

**Índice de artículos y autores de
Papeles para la Paz números 1 al 49** 133

La revista *Papeles para la Paz* comenzó a publicarse en 1985. El primer número fue un desplegable de nueve páginas escrito por Vicenç Fisas Armengol y titulado "Gastos militares y necesidades sociales". En nueve años la publicación se transformó en dos ocasiones. Primero pasó a ser una revista con un extenso tema monográfico y luego a tener tamaño *libro de bolsillo*, con una extensión siempre superior a las 200 páginas e incluyendo diferentes secciones y temáticas. Al llegar al número 50 presentamos nuevos cambios.

Papeles para la Paz fue creada en el contexto de la última fase de la Guerra Fría y mientras que en España se debatía la forma de integración en la denominada defensa occidental. En particular, eran los tiempos de la discusión sobre la OTAN, el referéndum acerca de la permanencia o salida de esa organización, la redefinición de la relación con EE UU en cuestiones de seguridad, y el futuro papel de las fuerzas armadas.

Nueve años después la situación internacional ha cambiado. Desde el Centro de Investigación para la Paz (CIP) se han seguido muchos de los acontecimientos que han construido y que han nacido de esos cambios. *Papeles para la Paz* (de forma complementaria con el *Anuario del CIP*)¹ así lo reflejó, especialmente en tres campos: ofreciendo claves sobre el sistema internacional después de la Guerra Fría; analizando aspectos de la política de Defensa española y posibles alternativas; ampliando el campo de análisis de la seguridad, lo que implica extenderse a cuestiones medioambientales, económicas, y de desarrollo.

¹ Ver *Anuario del CIP 1993-1994*, Icaria/CIP, Barcelona, 1994, y las ediciones de los años anteriores.

Una revisión de los primeros 49 números de la revista (ver Índice de artículos y autores al final del presente volumen) permite contar con claves, entre otros muchos aspectos, de la Doctrina Reagan en el Tercer Mundo, las guerras y conflictos en diversos sitios, como Afganistán, América Central, Sahara Occidental, El Salvador o Kurdistán, el fin de la Guerra Fría, la crisis de la antigua URSS, la guerra del Golfo, la relación entre conflictos y medio ambiente, el debate sobre la objeción de conciencia y defensas alternativas, la redefinición de la relación hispano-norteamericana, las formas de integración de España en la OTAN, los debates sobre la posible extensión del área de acción de la Alianza Atlántica, cuestiones de desarrollo en América Latina, la desintegración y la guerra en Yugoslavia, nuevas ideas sobre seguridad en el Mediterráneo y la reforma de las Naciones Unidas.

La política sobre temas ha sido siempre ofrecer artículos rigurosos pero redactados con un lenguaje directo y claro. Dentro de la línea académica y multidisciplinar de la investigación para la paz se han intentado presentar análisis de situaciones a la vez que alternativas para la resolución pacífica de los conflictos. Además, a medida que avanzaban los números, especialmente desde la transformación en revista/libro, se buscó ofrecer textos sobre las cuestiones internacionales (y nacionales) también desde la perspectiva de la ecología y del feminismo, basándonos no sólo en la ampliación del concepto de seguridad más allá del ámbito militar, sino para incorporar las voces y visiones del mundo de otros actores generalmente olvidados en los análisis tradicionales de las relaciones internacionales.

Al publicar el número 50 hemos decidido realizar cambios que esperamos sean beneficiosos para los lectores y lectoras. El nuevo título *Papeles. Cuestiones internacionales de paz, ecología y desarrollo* busca reflejar las temáticas que, de hecho, se han publicado en la revista en los últimos años. La palabra *internacional* no implica que no nos vayamos a ocupar de problemas de la seguridad española, sino que pretende reflejar que las cuestiones nacionales –y por extensión de la tradicional seguridad nacional– tienen hoy un contenido y un alcance internacional, como lo demuestran las guerras en Bosnia o en Somalia.

Dentro del concepto desarrollo buscamos incluir temas económicos y sociales en sentido amplio, desde migraciones hasta paradigmas de antidesarrollo (como lo refleja el ensayo de Robert Goodland y

Herman Daly, y el artículo de Graciela Malgesini del presente número).

El diseño, por otro lado, es un intento de necesaria renovación y búsqueda de nuevas formas gráficas para conectar con los lectores.

El Consejo de Redacción de la revista continúa siendo el mismo que en los últimos números. La lista de colaboradores habituales y asesores en una publicación de este tipo es siempre flexible y dinámica, por ello se ha adaptado a la realidad de los hechos, pero sólo refleja una parte de la red de colaboradores en España y el extranjero con que cuenta la revista al cabo de nueve años de existencia. A quienes nos leen y a estas personas que colaboran y nos apoyan les damos las gracias.

* * *

Este número de *Papeles* presenta en su parte de *Teoría* ensayos alrededor de dos cuestiones: los modelos de desarrollo económico global y su impacto en el Tercer Mundo y la pobreza. El artículo de Robert Goodland y Herman Daly es una crítica de los paradigmas tradicionales de desarrollo económico que se impulsan desde organismos financieros internacionales y gobiernos. Este artículo, que se ha convertido en un punto de referencia fundamental para el debate sobre el futuro económico del denominado Tercer Mundo, se complementa con el de José María Tortosa sobre la relación entre pobreza y violencia ya que muestra una de las consecuencias estructurales más directas de los modelos de supuesto desarrollo. Alfonso Dubois aborda esta cuestión con su crítica sobre el libro en el que precisamente Tortosa trata la pobreza capitalista. Y Susana Casado y Angel A. del Santo relatan las conclusiones de un seminario que vincula desarrollo y medio ambiente.

El segundo tema teórico gira alrededor de la obra del filósofo político Isaiah Berlin. Desconocido en general para los no especialistas, este autor, del que publicamos una extensa entrevista realizada por Nathan Gardels, plantea una crítica del nacionalismo agresivo –al estilo del que se ha manifestado en la antigua Yugoslavia– desde una crítica a toda idea totalizadora para organizar la sociedad, incluyendo a parte del ideario de la Ilustración, y plantea los fundamentos de una sociedad basada en la convivencia pero que no reniegue de los sentimientos de

pertenencia. Elena García Guitián realiza una presentación de Berlin centrándose en sus ideas sobre el nacionalismo.

En la sección de *Actualidad* se encuentra un análisis de Pedro Sáez y Mariano Aguirre sobre Bosnia después del ultimátum que dio la ONU, y ejecutó la OTAN, en febrero de 1994, a las fuerzas bosnias serbias para que retirasen sus armas pesadas de alrededor de Sarajevo. Si la apertura de negociaciones en Bosnia es uno de los sucesos más importantes del comienzo de 1994, la rebelión campesina en Chiapas y el asesinato del candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional, en marzo, han producido una verdadera conmoción dentro y fuera de México. Roberto Montoya analiza algunas claves de la situación.

La señora Sadako Ogata, Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) presenta una serie de ideas críticas sobre la falta de compromiso internacional con los refugiados, y Harald Müller explica el funcionamiento, alcances y límites del Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA), institución que está desempeñando un papel clave en la crisis entre Corea del Norte, Corea del Sur, EE UU y China alrededor del programa nuclear del régimen de Kim Il Sung.

Vinculados al artículo de Sadako Ogata están los comentarios de Gabriel Jackson, Robert Mesa y Peter Weiss sobre las ideas (presentadas en *Papeles para la Paz* nº49) para que la ONU cuente con una fuerza militar propia.²

La reseña del libro *Escenarios de crisis*, de la organización no gubernamental Médicos Sin Fronteras, prosigue esta reflexión. Estos artículos tienen una relación directa con la salida de la mayor parte de las fuerzas internacionales de Somalia, luego del fracaso de la misión que se inició en diciembre de 1992.

En la sección de *Testimonios*, Nicolau Barceló comenta una sentencia de la Audiencia Nacional referida al atraque de buques militares con

² Este tema ha sido tratado también en "Propuestas para la reforma de Naciones Unidas", *Informe* del CIP y el Seminario de Investigación para la Paz (Zaragoza), de enero 1994, que puede ser solicitado a CIP, Area de Paz, Alcalá, 117, 6º, 28009 Madrid. También ver el estudio sobre la reforma de la ONU y los cascos azules de Vicenç Fisas, *Caos i Pau*, Centre UNESCO de Catalunya, Barcelona, 1993. (De próxima publicación en Icaria, Barcelona, 1994).

cargas o propulsión nuclear en la Bahía de Palma, práctica a la que grupos ecologistas locales se han opuesto sistemáticamente durante años. Por otra parte, Graciela Malgesini presenta las conclusiones de un seminario internacional sobre desertización y migraciones.

En la sección de reseñas de *Libros*, Alberto Piris escribe sobre las obras de José Luis Gordillo y Bernard Labatut que se ocupan, respectivamente, de la objeción de conciencia y la reforma del sistema de Defensa español. Angel Martínez González-Tablas analiza los mensajes contradictorios del *Libro Blanco* de Jacques Delors y propone una síntesis progresista de los mismos. Francisco Rey se ocupa del libro mencionado de Médicos Sin Fronteras, y Alfonso Dubois de la obra de Tortosa. Publicamos, así mismo, la lista completa de autores y artículos aparecidos en *Papeles para la Paz* entre los números 1 y 49.

Mariano Aguirre
Director

Diez razones por las que el crecimiento del ingreso en el Norte no es la solución para la pobreza en el Sur	13
Violencia y pobreza	31
Pluralismo, conflicto y nacionalismo: aproximación al pensamiento de Isaiah Berlin	39
Isaiah Berlin: dos conceptos de nacionalismo	49

ROBERT GOODLAND Y HERMAN DALY

Diez razones por las que el crecimiento del ingreso en el Norte no es la solución para la pobreza en el Sur

Existen dos visiones contrapuestas sobre cómo ayudar al Sur. La tradicional argumenta que las sociedades ricas y consumistas deberían serlo todavía más y proporcionar mercados más amplios a los países pobres. La visión alternativa señala que el Norte debería estabilizar su consumo de recursos y reducir los daños causados a los sistemas globales de sustentación vital. Los autores exponen diez razones por las que el incremento de las rentas en el Norte no aliviaría la pobreza y, frente a lo que proponen países ricos y agencias oficiales para el desarrollo, defienden que la solución podría consistir, por el contrario, en que los primeros transformen sus patrones de consumo y de relación con el Sur.

“Los que ganan 200 dólares al año no deberían tener por qué pagar para que puedan respirar aire puro aquellos que ganan 10.000 ... Estamos todos en el mismo barco planetario. Unos cuantos de nosotros viajan en primera clase mientras la mayoría lo hace en tercera. Pero si el barco se hunde nos ahogaremos todos”.¹

¹ Edward Kufuor, embajador y presidente del Grupo de los 77, en una alocución ante la Asamblea de las Naciones Unidas, en 1991.

Robert Goodland y Herman Daly son, respectivamente, consejero y economista del Departamento de Medio Ambiente del Banco Mundial, Washington DC 20433. Los autores expresan su agradecimiento por la ayuda recibida a sus colegas del Banco Mundial, en especial a Salah El Sarafy, así como a Johan Holmberg, Roefie Hueting, David Korten y Raymond Mikesell. Este artículo fue inicialmente publicado en *International Journal of Sustainable Development*, 1(2): 23-30, 1992. Traducido por Pablo Carbajosa.

Se puede afirmar que la disminución de la pobreza del Sur es hoy la meta primordial del desarrollo económico. Las dos visiones principales sobre el modo de conseguirlo no son plenamente compatibles. La visión tradicional, mantenida por la mayoría de los economistas y las agencias para el desarrollo, no está funcionando bien. Las instituciones de Bretton Woods –Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional–, por ejemplo, se crearon como consecuencia del fracaso del mercado macroeconómico, para mantener el pleno empleo y aproximar las diferencias de renta entre ricos y pobres, y para actuar como intermediarias entre países ricos y pobres. Su papel dirigente, aparte de conceder préstamos,² estriba en proporcionar ideas, además de capital, estableciendo el calendario del desarrollo.

En lo que respecta al capital, el volumen de préstamos concesionarios desciende en relación al de préstamos en condiciones más duras, mientras la pobreza aumenta.³ Las transferencias netas negativas del Sur al Norte⁴ muestran que el actual sistema no está funcionando tan bien como debiera.⁵ En lo que concierne a las ideas, existe una profunda confusión que las agencias de desarrollo podrían en buena medida ayudar a clarificar. Las agencias no son responsables en primera instancia de esta situación, pero no han utilizado toda su considerable influencia potencial para cambiar las condiciones que contribuyeron a ella.

Las transferencias netas del Sur al Norte persisten debido al servicio vencido de la deuda de altos intereses, a pesar de que en los países en vías de desarrollo existen tipos de interés real más elevados (con un 17% de media durante la década de los 80) que los existentes en los países de la OCDE, que están alrede-

² Hace falta calcular la porción del total anual de 55.000 millones de dólares de Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) que apoya inversiones sostenibles e incrementar esta porción, que se presume pequeña, desagregando la considerable partida dedicada a armamento. Y algo parecido, en el caso de los supuestos 100.000 millones anuales de dólares en subsidios de origen filantrópico. El método de sustentabilidad de El Serafy (1991) y la contabilidad medioambiental (Ahmad, El Serafy y Lutz 1989) deberían utilizarse ampliamente para desenmascarar la liquidación de los activos de capital natural. Las referencias bibliográficas se encuentran al final del texto.

³ El *Informe de Desarrollo Mundial* correspondiente a 1990 sobre "Pobreza" calculaba que más de mil millones de personas, cerca de un tercio de la población total de los países en vías de desarrollo, vive por debajo del umbral de pobreza, la cual está creciendo también en términos relativos.

⁴ En 1989, por ejemplo, el flujo del Sur al Norte rondó los 50.000 millones de dólares, o los 150.000 millones de dólares si se consideran las pérdidas comerciales, sin contar los costes de la fuga de cerebros.

⁵ Las razones por las que 40 años de transferencias de capital del Norte al Sur no han tenido tanto éxito como se había planificado son: a) la asignación inadecuada de capital, incluyendo los gastos gubernamentales; b) las políticas gubernamentales erróneas que han promovido una mala asignación, industrias ineficientes y élites urbanas enriquecidas a costa de los sectores rurales; c) una extensa y corrupta burocracia y ejército; d) el abandono de la agricultura campesina; e) los sistemas sociales que condenan a tres cuartos de la población, especialmente a las mujeres, a una existencia anquilosada e improductiva, y han fracasado especialmente en la difusión de una planificación familiar eficaz. Agradecemos al profesor Raymond Mikesell su clarificación.

dor del 4%. Para evitar transferencias negativas, se necesitarían más préstamos sólo para cubrir el servicio de la deuda, incrementado con ello la deuda total. Los proyectos que la deuda sustentaba no fueron tan productivos como se suponía, y con ello el crecimiento de los países deudores fue en conjunto menor de lo esperado. En consecuencia, estas transferencias de reembolso no se han realizado a partir de una mayor renta posibilitada gracias a la productividad de los proyectos financiados por la deuda.

Por supuesto, no todos los proyectos fueron tan decepcionantes, pero, en conjunto, las recetas del desarrollo no han funcionado como se había calculado. Esto sugiere que las prescripciones tradicionales sobre la forma en que el Norte debería ayudar al Sur merecen ser revisadas.

De las dos visiones contrapuestas sobre cómo ayudar al Sur, la visión tradicional es aquella según la cual las sociedades ricas y de alto consumo del Norte deberían consumir todavía más a fin de ayudar al Sur, proporcionándole mercados más amplios. La visión alternativa es la que señala que el Norte debería estabilizar su consumo de recursos y reducir los daños causados a los sistemas globales de sustentación vital.

Cualquier incremento que se produzca en el consumo debe proceder de mejoras en la productividad, más que del aumento de los transumos.⁶ Si los recursos naturales fueran infinitos,⁷ el crecimiento sería conveniente sin reservas. Puesto que los recursos son finitos, un mayor crecimiento del Norte significa que se deja menos lugar al crecimiento del Sur.⁸ Las mejoras en la productividad deben sustituir al crecimiento de los transumos como senda de progreso para el Norte, y con el tiempo, también para el Sur.

El objeto de este artículo en cierta medida polémico consiste en contrastar las dos visiones, y defender la idea de que debe prestarse mayor atención al punto de vista alternativo. Esta defensa merecería una monografía, en lugar de unas pocas páginas. Dada su brevedad, no hemos podido profundizar en nuestras argumentaciones. Nuestro objetivo se resume en dar mayor prioridad en el orden del día a la visión alternativa, de forma que aumente la demanda de esta clase de monografías, y conciliar la controversia sobre las actuales doctrinas y las confusiones que resultan de ellas.

⁶ En inglés, *throughput*. Se trata de un concepto original de Daly que trata de dar cuenta de los flujos de energía que atraviesan el sistema económico. (N. del T.).

⁷ Los recursos incluyen el medio ambiente como fuente de materias primas, aire puro, etc., y como sumidero de residuos tales como el dióxido de carbono.

⁸ Para una discusión de la finitud medioambiental y de la sustentabilidad en general, ver Daly y Cobb (1989), Daly (1989), Goodland, Daly y El Serafy (1991), y Goodland y Daly (1992). Las dos visiones quedan mejor contrastadas en el caso de Korten (1991) y en su forma más condensada en Brooks (1991). En apoyo reciente de la visión alternativa, ver Krabbe y Heijman (1992). Adams (1991) y George (1990) destacan los puntos débiles del desarrollo internacional.

El Norte debería estabilizar su tasa de consumo de recursos a fin de liberarlos para que los utilice el Sur, además de liberar también espacio ecológico.

La visión tradicional

El Norte debe crecer con más rapidez para comprar aún más recursos del Sur; de no ser así, el Sur se estancará. El crecimiento de la renta del Norte se traduce en mayor consumismo en el Norte. Las divisas del Norte empleadas para pagar las importaciones del Sur se difundirán indirectamente a modo de goteo desde las élites del Sur para mitigar la pobreza.⁹ El Informe sobre Desarrollo Humano de 1992 del PNUD esboza el descrédito histórico de la teoría del goteo.

Se presume que el Sur es casi por completo dependiente del Norte e incapaz de transformar sus propios recursos en la satisfacción de las necesidades de sus pueblos. Debe exportar recursos naturales cuyos precios mundiales han caído, por lo general, de forma regular durante las últimas décadas. El flujo cada vez mayor de recursos naturales sustenta el consumismo del Norte. Estas exportaciones están destinadas a obtener divisas utilizadas en parte para adquirir los últimos bienes de consumo para sus propias élites, que no se contentan con los bienes salariales básicos producidos en casa. Si la economía se viera liberada por un ecosistema infinito, esa estrategia sería entonces posible y se podría defender al menos como mal menor.

Aunque no puede pensarse en el "goteo" como medio primordial de alcanzar el desarrollo, esta visión es ampliamente compartida y defendida por las agencias de desarrollo y los economistas ortodoxos.

La visión alternativa

El Norte debería estabilizar su tasa de consumo de recursos a fin de liberarlos para que los utilice el Sur, además de liberar también espacio ecológico. El Norte tiene que reducir su uso excesivo del patrimonio global común. Los países ricos se han cuidado de adelantarse en la capacidad medioambiental de sumideros, y, en menor medida, en la capacidad medioambiental de fuentes¹⁰ (Meadows et al. 1974), negándole de este modo ese espacio al Sur. El Norte puede continuar desarrollándose, pero debe dejar de incrementar el crecimiento de sus transumos. Si la economía global en expansión se ve encerrada en un ecosistema finito sin posibilidades de expandirse, es entonces esta visión la que se convierte en realista y la tradicional la que se vuelve imposible.

Las divisas generadas por el desarrollo económico, tanto de los préstamos como de las exportaciones, sirven para satisfacer los deseos de los ricos más que las necesidades de los pobres. Los países en vías de desarrollo deberían ser más capaces de producir lo que sus pueblos necesitan que artículos de lujo para sus clases pudientes. Las divisas las necesitan más los primeros que los segundos.

⁹ Por ejemplo, según el Vicepresidente y Economista Jefe del Banco Mundial Lawrence Summers (1991), "la subida de la marea lleva sobre sí a todos los barcos". Que suba la marea en el Norte implica, no obstante, que baje en el Sur.

¹⁰ Los límites medioambientales al crecimiento pueden separarse en límites en las fuentes —como el agotamiento del petróleo, el cobre, etc.— y límites en sumideros, como el efecto invernadero, el agujero de la capa de ozono y la contaminación.

Este punto de vista alternativo minoritario es el que mantienen dos premios Nobel de Economía, Jan Tinbergen y Trygve Haavelmo, además de, como era de esperar, muchos, si no la mayoría, de los miembros de la Sociedad Internacional de Economía Ecológica. Tinbergen y Huetting (1991) sostienen que “continuar [por] la senda del crecimiento que está prevaleciendo significa bloquear las posibilidades [globales] de supervivencia...” y Huetting (1990) “...Lo que menos necesita el mundo es un aumento de la renta nacional”, y “la prioridad máxima estriba en [detener] todo tipo de crecimiento aún mayor de la producción en los países ricos...”.

Haavelmo y Hansen caracterizan las dos visiones: “las medidas políticas empiezan invariablemente con la afirmación de que el nivel de vida de los pobres debería elevarse hacia el nivel de los ricos. En otras palabras, se trata de levantar el fondo antes que de rebajar la cima”. La visión alternativa sugiere “rebajar o al menos transformar la cima”, es decir, reducir el crecimiento de los transumos del Norte y hacer disminuir su consumismo. Con los actuales convenios que aseguran la dependencia, una seria recesión en el Norte perjudicaría al Sur, pero sería a la vez beneficiosa para el medio ambiente global. Abogamos por el relajamiento de dicha dependencia para contribuir a evitar los perjuicios que se causan al Sur.¹¹

Discusión

Las visiones tradicional y alternativa no pueden ser correctas al mismo tiempo. Los fundamentos de la visión alternativa suelen recalcar los siguientes elementos, que se solapan unos a otros, y que constituyen en conjunto, nuestras “diez razones” por las que el crecimiento del Norte no es la solución a la pobreza del Sur.

1. El PNB: una forma errónea de medición del bienestar humano

El Producto Nacional Bruto (PNB), tal como se estima convencionalmente, puede ser una guía que induzca a la confusión de dos maneras. En primer lugar, el PNB tiene poco que ver con el bienestar humano, como queda bien demostrado por el Informe sobre Desarrollo Humano de 1992 del PNUD. En segundo lugar, los sectores económicos que más contribuyen al PNB son los que resultan medioambientalmente más dañinos.

Aunque la maximización del PNB no resulta de fiar ni para un desarrollo prudente ni para una prudente gestión mediambiental, el desarrollo económico toma en serio la maximización del PNB como meta o criterio general. Con ello no debe-

¹¹ Podríamos añadir una modificación más aceptable del segundo punto de vista: un ataque a la principal amenaza medioambiental de hoy en día, la contaminación, por medio de tasas sobre efluentes, normativas, etc. Esto sería después eficazmente digerido por el mercado y un resultado indirecto podría ser la reducción del PIB y los transumos. Sin embargo, con ésto se cae en la oscuridad del *brundtlandismo*: que el mundo necesita “doblar de cinco a diez veces su crecimiento, pero de un tipo diferente”. Aunque quisiéramos apoyar un ataque frontal de este tenor, preferimos dejar meridianamente claro que optamos por una transición que se aparte del crecimiento de los transumos y se encamine a un transumo por unidad del producto final estable o declinante, y en favor de una población estable o en declive.

ría condenarse la actividad económica adecuadamente dirigida a la disminución de la contaminación, la conservación, y la reducción de los residuos.

Los trabajos más recientes sobre contabilidad medioambiental realizados por el Banco Mundial (Ahmad, El Serafy y Lutz, 1989), Hueting (1990, 1992) y otros, muestran que las actividades medioambientalmente benignas habitualmente contribuyen de forma mucho más reducida a la renta nacional de lo que lo hacen las perniciosas. Por un lado, el daño medioambiental estimado convencionalmente y su rectificación son “buenos” para un crecimiento que estimule el PNB: el derrame de crudo del petrolero Exxon Valdez estimuló el PNB. Por otro, las actividades medioambientalmente benignas tienden a ser menos costosas que el crecimiento medioambientalmente pernicioso, y en consecuencia, contribuyen en menor grado al PNB.¹²

Así, por ejemplo, caminar, montar en bicicleta y utilizar el transporte público contribuye en menor medida al PNB de lo que lo hace el uso del automóvil privado; el tren contribuye menos que el avión; una manta o una camiseta adicional menos que subir el termostato; la familias de un solo hijo menos que las de seis; comer legumbres menos que comer carne; reciclar menos que tirar a la basura. Debería alentarse la reducción del PNB que se sigue de la elección de estas actividades beneficiosas, en vez de oponérsele resistencia.

Por lo tanto, la protección medioambiental no es, como se la suele describir habitualmente, una elección cara, destinada en buena medida a ser escogida cuando una nación se vuelve lo bastante rica como para permitirse esas opciones. Lo cierto es lo contrario. Al mismo tiempo, rectificar el crecimiento medioambientalmente perjudicial resulta desde luego vertiginosamente caro: véase, por ejemplo, el caso de la limpieza de la contaminación nuclear y tóxica, y de la inversión del efecto invernadero. Esto refuerza la argumentación que favorece la prevención en lugar del remedio, y prefiere no repetir los errores de los países industrializados que ya han atravesado una fase medioambientalmente perjudicial de desarrollo económico.

El contraste entre el medioambiente del Sur y el Norte radica en gran medida en que los daños medioambientales a escala local en el Norte se refieren básicamente a la contaminación, de aquí que sean reversibles (como, por ejemplo, la contaminación del río Támesis y el *smog* de “sopa de guisantes” de los años 50, que han desaparecido en buena medida). Por el contrario, la mayor parte de los daños medioambientales causados al Sur consisten en la pérdida irreversible de biodiversidad.¹³

¹² Para las pruebas y argumentaciones que apoyan esta importante conclusión, ver Hueting, R. et al. 1992, apéndice 3.

¹³ Esta generalización se deduce de los órdenes de magnitud de la rica biodiversidad de los países tropicales y de la inexistencia de inviernos tropicales derivada de ello. Los cuatro principales impactos medioambientales sobre el trópico —el desarraigo de los moradores de la jungla, la deforestación, la extinción de especies y la pérdida de la cubierta vegetal del suelo— son irreversibles. El agua y la contaminación del aire del Norte son, en lo fundamental, reversibles. Las externalidades negativas globales generalizadas (como, por ejemplo, la acumulación de dióxido de carbono) son probablemente irreversibles en la mayoría de los períodos de tiempo concebibles. La distinción operativa entre daños reversibles e irreversibles es que el remedio de los primeros es posible para los ricos; la prevención es la única elección posible en el caso de los irreversibles.

Los daños irreversibles no pueden remediarse; los costes de sustitución son infinitos. El enfoque innecesariamente caro de “primero daña el medioambiente, y luego remédialo” practicado por el Norte puede ser alcanzable (pero imprudente) para el Norte rico. Pero los remedios no sirven de nada ante los daños irreversibles, y el Sur no podría permitirse, en cualquier caso, enfoques tan caros. El enfoque preventivo es el único posible para el Sur.

2. Importancia de los ingresos relativos

La visión tradicional, que pone el acento en el crecimiento de la renta global, exacerbará la desigualdad, mientras que apenas sí hará menguar la pobreza. Un incremento del 3% anual en la renta global per capita se traduce inicialmente en incrementos anuales per capita de 633 dólares para EE UU, pero sólo en 10 dólares o menos para China, India, Bangladesh, Nigeria, etc. Una década después, la renta norteamericana se habrá elevado en 7.257 dólares en tanto que ese crecimiento de la renta de Etiopía lo habrá hecho sólo en 41.

Por lo tanto, quienes defienden el punto de vista tradicional, dando prioridad al crecimiento de la renta global, deberían al menos poner de manifiesto que un efecto lateral indeseado empeorará la disparidad de renta. Cuando se trata de la competencia en el mercado por recursos finitos, la renta relativa es más influyente que la renta absoluta para determinar si se excluye a algunos individuos del acceso a los recursos disponibles. Puesto que los mercados necesitan al menos cierta equidad social, la visión tradicional excluirá gradualmente a los pobres de las economías de mercado internas e internacionales. Subrayamos la equidad dentro de un país así como entre países.

3. Utilidad diferencial de necesidades y aspiraciones

Para los consumidores del Norte, la felicidad en términos de autovaloración es más una función de la renta relativa que de la renta absoluta. De este modo, puesto que el crecimiento agregado incrementa el crecimiento absoluto pero no el relativo, contribuye bien poco a la felicidad real del Norte (Hirsch, 1976). Así pues, aunque nuestra principal preocupación se refiere a la mitigación de la pobreza absoluta, reconocemos que la renta relativa es un determinante más importante de la satisfacción que la renta absoluta, en países por encima del nivel de pobreza.

Ahora que el crecimiento de la renta rinde una utilidad marginal en abrupto declive, el Norte debería cuestionarse si elevar su renta no aumentará los costes medioambientales más rápido de lo que aumenta los beneficios de producción. Elevar las rentas del Norte no sólo ensancha la brecha entre Norte y Sur, sino que bien puede estar reduciendo el bienestar del Norte en términos absolutos.

En la elección del Norte entre consumismo y ahorro, la búsqueda de un nivel relativo basado en bienes de consumo visibles ha predispuesto a los países ricos hacia el consumismo. Menos consumismo y más ahorro en el Norte podrían invertirse en el tan necesario alivio de la pobreza, así como en el crecimiento del Sur. La producción destinada a satisfacer necesidades humanas básicas produce utilidades humanas relativamente altas, frecuentemente con costes medioambientales

La visión tradicional, que pone el acento en el crecimiento de la renta global, exacerbará la desigualdad, mientras que apenas sí hará menguar la pobreza.

relativamente bajos. Las aspiraciones o los bienes de lujo generan una utilidad relativamente más baja, a menudo con costes medioambientales más altos.

4. Optimismo tecnológico fuera de lugar

La nueva tecnología se adopta a menudo con el fin de mejorar la productividad, que puede a su vez elevar el nivel de vida material. El impacto de una tecnología concreta depende de la naturaleza de la tecnología, del volumen de la población que la pone en práctica y del nivel de riqueza de la población. En la identidad $I=P.A.T.$, el impacto iguala los períodos de población, los períodos de riqueza y la tecnología.¹⁴

Acéptese aquí como dada la presunción de que la población mundial se doble en 40 años y que la renta per capita de un país rico (18.330 dólares) es 23 veces la de los países de renta pobre y media (800 dólares).¹⁵ Así pues, elevar la riqueza del Sur al nivel de la del Norte (manteniendo constantes tanto el impacto como los ingresos del Norte) significa que la tecnología debe mejorar 2 x 23 o 46 veces. Puesto que el ritmo histórico de mejoras tecnológicas nunca ha ido más allá de una pequeña parte de esas 46 veces, será inenarrablemente difícil para los países pobres ponerse a la altura de los ricos en 40 años, aún cuando el Norte mantuviera sus actuales niveles de renta. Será todavía mucho más difícil si el Sur ha de acertarle a un blanco en movimiento, de seguir las recomendaciones de la visión tradicional.

Además, este incremento multiplicado por 46 veces debe estar en la eficiencia de recursos y no sólo en la eficiencia de capital o trabajo. Históricamente, buena parte de del aumento de la eficiencia de capital y trabajo se ha conseguido a expensas de la eficiencia de recursos. En la agricultura, por ejemplo, el incremento en trabajo y productividad ha requerido un enorme aumento en los rendimientos totales de recursos complementarios (energía, fertilizantes, biocidas, agua) cuya productividad ha caído.

5. El valor de la autosuficiencia económica

Se puede ayudar bastante más a los pobres, y con mucho menos perjuicio medioambiental, mediante un modelo de desarrollo que promueva el empleo en los países en vías de desarrollo –tal como ha defendido recientemente el *Informe sobre Pobreza* de 1991 del Banco Mundial–, en vez de incrementar la producción del Norte y depender del “goteo”, tal como propone el punto de vista tradicional.

¹⁴ Por "impacto" se entiende aquí impacto o daño a fuentes o sumideros medioambientales; por "riqueza" se entiende consumo de recursos per capita; "tecnología" se refiere a eficiencia tecnológica definida en términos del número de unidades de bienestar humano producidas por unidad de coste medioambiental. Así pues, si I es impacto, P es población e Y es la producción total, entonces $I=P \times Y/P \times I/Y$.

¹⁵ Datos del Informe sobre Desarrollo Mundial (World Development Report) del Banco Mundial correspondiente a 1991, cuadro A.2.

Mitigar la pobreza necesita de estrategias de empleo y autosuficiencia dirigidas a la utilización de recursos locales con el fin de producir para la satisfacción de las necesidades internas. Esto se traduce en parte en la promoción del valor añadido y la elaboración de productos locales.

Cierto es que los países en vías de desarrollo pueden desperdiciar una enorme porción de sus materias primas durante el proceso de elaboración debido al uso de la anticuada tecnología transferida por lo común al Sur. Por ejemplo, los aserraderos modernos desperdician considerablemente menos madera que los ya obsoletos. Pero con esto, se defiende la aceleración de la transferencia de tecnología modernizada, en lugar del viejo enfoque colonialista de exportar materias primas para que sean más eficazmente procesadas en el Norte.

Esa tecnología necesaria consiste primordialmente en la generación de energía renovable y en métodos anticonceptivos. La prevención de residuos, los métodos de reciclaje, la prevención de la contaminación, el aumento de la eficiencia (por ejemplo, de los aserraderos), los bajos insumos, la agricultura orgánica y de reciclado, y los métodos que reducen material e intensidad de energía en la fabricación constituyen también prioridades. Duchin (1992) propone complementar la transferencia de tecnología por medio de la práctica de la "ecología industrial", ingeniería del ciclo vital para la reducción de la contaminación.

6. El crecimiento de los transumos como fuente tanto del crecimiento de la renta como de daños medioambientales

Si las actividades que contribuyen a la renta nacional son desagregadas en dos tipos de componentes, unas medioambientalmente benignas —como, por ejemplo, los servicios gubernamentales con excepción de los militares, la administración, la justicia, etc.—, y otras medioambientalmente gravosas —la industria, la agricultura, los servicios públicos...—, cerca de una cuarta parte de las actividades (estimadas en volumen de trabajo) genera cerca del 65% del aumento de la renta nacional. "Por desgracia, ese 25% lo constituyen precisamente las actividades que deterioran el medioambiente" (Hueting et al., 1992).

El aumento de la productividad generado por una parte relativamente pequeña se extiende al conjunto de la sociedad por medio de las vinculaciones de la oferta y la demanda de trabajo. Por ejemplo, el volumen de trabajo de un peluquero y su producción real no han aumentado apreciablemente en los últimos 40 años ni en los últimos 100, pero su renta (deflacionada) o su valor añadido se han multiplicado por cuatro. El aumento de la renta real del peluquero ha sido generado por otras actividades distintas a la suya. Estas otras actividades son mucho más perjudiciales para el medioambiente que la que él realiza.

El norteamericano medio consume hoy enormemente más que hace 40 años y asciende sin parar en la escala de la renta: más del doble en el caso de EE UU y Japón. Por ejemplo, el 88% de los hogares norteamericanos posee actualmente un coche —lo que se ha elevado desde un 55% en 1935—, y el número medio de vehículos por familia es de dos, aún tratándose de peluqueros.

7. Política de precios subvencionada

A los pobres se les puede apoyar más directamente y con menos daños medioambientales otorgándoles el precio justo.

A los pobres se les puede apoyar más directamente y con menos daños medioambientales otorgándoles el precio justo, o por lo menos otorgándoles mejores precios que los que se pagan en la actualidad. La grave infravaloración actual de las exportaciones de materias primas del Sur significa que el Sur está subvencionado al Norte, tanto en lo que se refiere a los costes medioambientales externalizados, como a los incentivos gubernamentales, como la construcción de carreteras para el transporte de troncos. Las exportaciones de maderas tropicales son un ejemplo pertinente. Sólo ahora está empezando a reconocerse lo formidable de esas subvenciones, en forma de costes medioambientales nunca retribuidos. La contaminación de Europa Oriental es otro ejemplo pertinente.

En ausencia de cárteles del Sur o de acuerdos entre productores para limitar la producción, son improbables los cambios unilaterales de precios. Abogamos entonces por que las organizaciones internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o las Naciones Unidas, promuevan una política de precios de pleno coste y que sea económicamente más realista. Con una precaución: el Norte defiende la eliminación de las subvenciones, pero esto puede perjudicar más a los pobres que a los ricos porque en los países en vías de desarrollo, el ritmo de eliminación de las subvenciones a los pobres va más rápido que el de la eliminación de subvenciones a los ricos.

La política de precios de pleno coste debería utilizarse también para alentar al Sur a explotar sus ventajas comparativas en la agricultura, la industria con uso intensivo de trabajo, y el procesamiento de materias primas, y para hacer aumentar el empleo, modernizar su sector de subsistencia y elevar su renta per capita.

8. Sistemas de comercio desiguales

“La estructura del comercio es una maldición...desde el punto de vista del desarrollo sostenible” y, concluyen Haavelmo y Hansen, “...buena parte del crecimiento del Norte se basa en agotar los recursos del Sur a un precio bastante por debajo del coste de una explotación sostenible. La adopción por parte del Norte del principio de ‘pleno coste’ para poner precio a los recursos del Sur ayudaría más al Sur que al crecimiento del Norte. Las exportaciones sólo sirven a su objeto si financian importaciones útiles. El Norte no debería [decirle] al Sur que exporte lo que no puede permitirse.

Las estrategias para acrecentar las las exportaciones de muchos de los principales productos agrícolas deberían ser revisadas con ojo crítico. Esos bienes se enfrentan en los mercados mundiales a elasticidades bajas en la demanda. Individualmente, cada exportador toma el precio mundial como algo ya dado. En el agregado, sin embargo, la puesta en práctica simultánea de esas estrategias por parte de muchos impulsa los precios a la baja de forma espectacular conforme alcanzan sus objetivos de producción. Al final, el ingreso por exportaciones podría ser insuficiente para el pago de la maquinaria importada, los implementos, pesticidas, etc., requeridos [para producir] para la exportación”.

9. Disfunciones del desequilibrio comercial

La visión tradicional tiende a sobreestimar las virtudes del libre comercio, es decir, de la desregulación comercial a través de las fronteras nacionales. Los desequilibrios financieros causados por la desregulación del comercio han provocado deudas que son muy gravosas, y los intentos de reembolsarlas por medio de la rápida exportación de materias primas pueden ser medioambientalmente destructivos. Se liquidan las reservas de recursos naturales para hacer frente al movimiento del servicio de la deuda.

Los actuales esfuerzos realizados en el GATT para incluir los servicios de acuerdo con el libre comercio someterán ese sector a una competencia internacional aún mayor, presionando sobre los desequilibrios de pagos ya existentes.

Existe un conflicto entre las recomendaciones de libre comercio y la recomendación de otorgar el precio justo. No debiera esperarse que los países que siguen el consejo del Banco Mundial de internalizar los costes medioambientales externos se comprometan en el libre comercio con países que no siguen reglas similares de internalización de costes. Tampoco se deberían desechar las tarifas que protegen una política nacional eficaz de internalización de costes como proteccionismo injustificado. Los costes medioambientales que no se pagan –como la liquidación del capital natural– son subvenciones para reducir el precio de las exportaciones, lo que viene a equivaler al *dumping*.

Desde este punto de vista, los costes para el usuario deberían internalizar la merma del capital natural. La rectificación de la asimetría de las leyes anti-*dumping* para los fabricantes, pero no para las materias primas, podría fomentar la susceptibilidad global. Con ello nos referimos tanto a los troncos del noroeste de la costa del Pacífico norteamericano exportados a Japón, como a las maderas preciosas de los bosques tropicales de Malasia exportadas a Europa.

Al mismo tiempo, reconocemos que las políticas comerciales del Sur han limitado el comercio entre el propio Sur en bienes y servicios que hace falta expandir, y han dado lugar a transferencias reales desde los sectores rurales a los urbanos.

10. La inseguridad de la desigualdad.

Desde el punto de vista de la economía ecológica, nuestros principales temores se centran en que la recomendación del incremento de la renta del Norte no consiga mitigar la pobreza, empeore la desigualdad, e invierta las actuales tendencias haciendo aumentar las sustentabilidades. A estos aspectos ecológico-económicos añadimos una preocupación final: la seguridad global.

Creemos que el aumento de las rentas del Norte hará disminuir la seguridad global y, según el punto de vista que sostiene el ministro indonesio Salim, tenderá a fomentar las tensiones sociales, e incluso las revoluciones. En concreto, el que se aminoren las sustentabilidades hará aumentar el número de refugiados medioambientales: las personas forzadas a abandonar su hogar y su país por la mala gestión medioambiental, los desastres de origen humano y los desplazamientos de población provocados tanto por el desarrollo, como los debidos al agua y el aire envenenados, la erosión o la desertificación. Un ejemplo preciso lo

constituyen los daños medioambientales derivados de las minas de cobre de Panguna, en Nueva Guinea-Papúa, que fueron causa principal de la reciente guerra civil.

El Norte tiene una responsabilidad abrumadora en los elevados costes medioambientales, tanto en sumideros como en fuentes. Tal como se establece en la Declaración de *Beijing* de 1991, el Sur ha tomado nota de que el Norte es responsable prácticamente de toda la contaminación global a lo largo de la historia, y de que aún hoy continúa emitiendo la mayor parte de la contaminación del globo. Algunos autores del Sur (como, por ejemplo, Agarwal y Narain, 1991) sostienen que el Norte debe al Sur reparaciones monetarias por ese saqueo históricamente desproporcionado del patrimonio global común. Las reparaciones servirían para restaurar los equilibrios en el punto de partida.

La seguridad del Norte se verá acrecentada en la medida en que se reduzca la desigualdad en el Sur. La vinculación medioambiental entre Norte y Sur va en aumento. Dos ejemplos bastan: Europa Oriental contamina el aire de los países escandinavos. Escandinavia encuentra más rentable mejorar la calidad de su aire financiando el descenso de la contaminación en el Este de Europa, en lugar de hacerlo en la misma Escandinavia. De forma parecida, los Países Bajos encuentran más eficaz aislar el dióxido de carbono producido en Amsterdam por sus centrales eléctricas térmicas de carbón, financiando la plantación de árboles en América Latina.¹⁶ Sudamérica logra así crear muchos puestos de trabajo y más materiales de construcción en madera; Holanda compra artículos para internalizar los residuos producidos dentro de sus propias fronteras.

El Norte debería comprender que va en interés de su propia seguridad directa invertir en el Sur para reducir la desigualdad, para mitigar la pobreza, para proteger y mejorar el medio ambiente global, y para evitar crear refugiados medioambientales. El Sur puede conseguir subvenciones abordando algunas de las preocupaciones medioambientales —como el aislamiento del carbono, en el que los trópicos tienen una ventaja adicional importante— por medio de cuotas negociables, y de la venta de los beneficios derivados del uso de sus activos ambientales, como los bosques tropicales que se mantienen intactos.

La visión tradicional quiere apropiarse de más recursos del Sur para el Norte. La visión alternativa señala que el Norte ha de aprender a vivir dentro de lo que son sus propios medios, para reducir su actual dependencia del patrimonio global común así como de los recursos medioambientales del Sur.

Conclusión

¹⁶ Una crítica incisiva de este preciso ejemplo, derivada de otras vertidas en relación a una propuesta del mismo Daly, se encuentra en el artículo de Ernest García, "Sostenibilidad, eficiencia, energía", *Mientras Tanto*, N° 53, p. 54: "En los últimos meses me he tropezado varias veces con comentarios altamente favorables a un proyecto holandés para contrarrestar las emisiones de dióxido de carbono de una nueva central térmica. El proyecto consiste en plantar 125.000 hectáreas de árboles en Latinoamérica. De forma alarmante, a casi ningún ecotecnócrata del Norte parece ocurrírsele que, caso de ser necesaria realmente una nueva térmica, podría resultar más sensato o, por lo menos, más justo, hacer las cosas exactamente al revés: construir la térmica en América y plantar los árboles en Holanda". (N. del E.)

Una conclusión de la argumentación antes desarrollada es que el modo principal en que el Norte podría ayudar al Sur consiste en adaptarse al primer mandamiento del juramento hipocrático: "Antes que nada, debe cesar la causa del mal". La visión tradicional lo exacerba; la visión alternativa tiene más probabilidades de resultar útil.

En el enfoque global de la sustentabilidad, el Norte ha de adaptarse en un grado bastante mayor que el Sur. La contribución del Sur a la sustentabilidad global podría consistir en la estabilización de la población y la prevención de pérdidas irreversibles. La contribución del Norte a los perjuicios medioambientales del Sur queda clara, por ejemplo, en los daños causados a la capa de ozono, el cambio climático, el efecto invernadero, la deforestación tropical, las plantaciones para la exportación que expulsan a los pobres a tierras marginales, las deudas que impulsan el saqueo del capital natural, y el uso excesivo de recursos potencialmente renovables.

Recomendaciones

Las prioridades máximas en la forma de ayuda del Norte al Sur son:

– Primero: poniendo [el Norte] su propia casa en orden, transformando su actual consumismo y economía de préstamos en un modelo más sostenible. Una transición acelerada a energías renovables para una población estable constituye el elemento primordial. Internalizar los costes medioambientales en los precios de la energía supondría un vigoroso comienzo.

Esta transición ha de ser más rápida de lo que el mercado sugeriría actualmente. Los países de la OCDE tienen en proyecto la introducción unilateral y escalonada de tasas sobre el carbón o las energías no renovables. Las implicaciones de dichas tasas para el desarrollo del Sur deberían ser objeto de discusión. Parte de las tasas energéticas del Norte podrían distribuirse en el Sur para promover en él un desarrollo sostenible. Esas tasas nacionales pueden convertirse más tarde en globales, tal como propuso la UNCED (Conferencia de la ONU sobre Medioambiente y Desarrollo) en 1991, o transformarse en permisos negociables de contaminación –quizás con futuros y opciones–, como ha propuesto la UNCTAD en 1992. Esas disposiciones ayudarían a proteger los sistemas de supervivencia global.

– Segundo: el Norte debería internalizar los costes de recogida de sus residuos tóxicos y de otros tipos dentro de sus fronteras nacionales, en vez de exportarlos en nombre de la ventaja comparativa a países de baja renta. La internalización de los costes proporciona, tanto a la nación de origen como a la empresa, un mayor incentivo para minimizar la generación de residuos tóxicos. Este beneficio dinámico es más importante que el coste de asignación estático que conlleva descuidar la ventaja comparativa.

– Tercero: el Norte debería dejar de causar al Sur el daño que perpetúan las políticas actuales. En ello se incluye el poner precio ínfimo a sus exportaciones, los conflictos bélicos y la contaminación global. El Sur, por supuesto, tiene un papel más importante que desempeñar en la resolución de sus problemas, tal

En el enfoque global de la sustentabilidad, el Norte ha de adaptarse en un grado bastante mayor que el Sur.

como ha quedado esbozado en la nota 5.

– Cuarto: los gobiernos del Norte, el sector privado y las agencias de desarrollo crean buena parte de la deuda del Sur, deuda que es en gran medida irreembolsable. El Norte debería afrontar el presente desequilibrio entre los préstamos comerciales con interés, las inversiones subvencionadas y los subsidios concedidos al Sur. Las proporciones relativas de las transferencias del Norte en forma de préstamos o de convenios subvencionados, casi concesionarios, al estilo de los de la AID (Asociación Internacional de Desarrollo) o, en lo esencial, de subsidios como los que implican libre acceso para el Sur, a las tecnologías social y ecológicamente benéficas del Norte, deberían mejorarse.

Ya se ha mencionado anteriormente la cuestión de las reparaciones. Los préstamos cuestionables –aquellos que aceleran la liquidación del capital natural, los que no logran internalizar sus costes al completo– y los claramente destinados a fines insostenibles deberían interrumpirse o cancelarse. La sustentabilidad global, la pobreza, la equidad y la seguridad mejorarían si las deudas de aquellos países gravemente endeudados pudieran prescribir de forma proporcional a los progresos realizados en la vía hacia la sustentabilidad medioambiental.

– Quinto: como la justificación económica de los préstamos de intercambio extranjeros para inversiones medioambientales presenta dificultades, es necesario ampliar la relación coste–beneficio convencional para internalizar más costes medioambientales. Allí donde se necesite ayuda internacional para atender las prioridades medioambientales globales o transnacionales del Sur, se debería subvencionar ésta por medio de subsidios. Son alentadoras las recientes mejoras del Banco Mundial a este respecto, y haría falta acelerarlas.

Los economistas deberían empezar a considerar las inversiones medioambientales como una extensión de las inversiones en infraestructura. En otras palabras, se trata de inversiones para el mantenimiento de la infraestructura biofísica que sostiene toda la actividad económica. Así pues, allí donde se hace difícil aplicar el análisis de coste-beneficio –como en ciertas inversiones convencionales en infraestructura– el Banco Mundial, el PNUD y el PNUMA pueden conceder subvenciones por medio del Mecanismo Medioambiental Global piloto. Este importante mecanismo está necesitado de una urgente revisión y de una ingente ampliación, si se desea que el Sur se aproxime a la sustentabilidad.

– Sexto: el Norte debería centrarse en la ayuda directa al Sur y alejarse de la ayuda indirecta mediante “goteo”. Las inversiones deberían centrarse más directamente en los países pobres y en los estratos más desfavorecidos de las sociedades de esos países. Debería haber menos AOD (Ayuda Oficial al Desarrollo) en condiciones comerciales (vinculantes), y ésta debería incluirse sólo en los proyectos más esenciales, subrayando la importancia de satisfacer las necesidades antes que a los mercados de exportación.

Las sugerencias para financiar dichas inversiones incluyen reparaciones, desgravación condicionada de la deuda (Plan Brady, Condiciones de Trinidad), préstamos subvencionados, y, en especial, subsidios. La ayuda internacional es necesaria para facilitar y posiblemente para contribuir a adquirir los derechos sobre la tecnología ambientalmente benéfica para el Sur. En ello deberá incluirse la mejora del marco político para la transferencia comercial de tecnología, y el fortalecimien-

to de la formación y las instituciones para mejorar sus capacidades de absorción.

Conforme se deprecien los viejos activos del Norte, se pueden sustituir con ventaja algunos de ellos en el Sur mediante la tecnología apropiada. Por lo tanto, el Norte debería acelerar la exportación de tecnología avanzada pero apropiada para que el Sur procese sus materiales. Si el Norte encuentra más fácil adherirse a una tecnología más limpia que reducir la población o el exceso de consumo, en ese caso el Norte debería transferir tecnología bajo condiciones más sencillas, aún a expensas de otra AOD. La visión tradicional abogaría por un mayor crecimiento en el Norte con el fin de hacer aumentar la AOD.

El GATT tiene que empezar a enfrentarse a las implicaciones medioambientales del desarrollo y necesita también abordar el concepto de desarrollo sostenible.

– Séptimo: las prioridades del desarrollo económico sostenible en el Sur son:

- a) Acelerar la transición a la estabilización de la población.
- b) Acelerar la transición a las energías renovables.
- c) Formar capital humano: educación y formación, así como creación de empleos, especialmente para los jóvenes.
- d) Transferencias tecnológicas: dar el salto sin caer en el estadio medioambientalmente dañino de evolución económica; creación de empleos en lugar de automatización.
- e) Mitigar la pobreza directa: sin excluir las redes de seguridad social ni la ayuda a objetivos precisos.

El antiguo presidente del Banco Mundial R.S. McNamara concluyó su alocución de 1991 en las Naciones Unidas apelando a una discusión oficial sobre “la forma en que el mundo desarrollado, que consume siete veces per capita más que los ciudadanos de los países en vías de desarrollo, puede a la vez ajustar sus patrones de consumo y reducir el impacto medioambiental de cada unidad de consumo, de manera que contribuya a asegurar una vía sostenible de desarrollo para todos los habitantes de nuestro planeta. Todo lo que sea hacer menos resultará moralmente indefendible y políticamente inaceptable”.

Referencias citadas en el texto

- P. Admas, *Odious debts*, Earthscan, Londres, 1991.
- A. Agarwall y S. Narain, “Global warming in an unequal world”, *International Journal of Sustainable Development*, N°1, 1991, pp. 98-104.
- Y. Ahmad, S. El Serafy y E. Lutz (eds.), *Environmental accounting*, The World Bank, Washington, 1989.
- *Declaración de Pekín*, 1991. Declaración Ministerial de Pekín sobre Medioambiente y Desarrollo. Pekín, República Popular de China.
- D. Brooks, “An evaluation of our common future”, *Human Economy Newsletter*, N° 12, 1991, p. 4.

El GATT tiene que empezar a enfrentarse a las implicaciones medioambientales del desarrollo y necesita también abordar el concepto de desarrollo sostenible.

- H. E. Daly, *Ecological economics and sustainable development: from concept to policy*, The World Bank Environment Department Paper, Washington, 1991.
- H. E. Daly y I. Cobb, *For the common good: redirecting the economy towards community, the environment and a sustainable future*, Beacon Press, Boston, 1989.
- F. Duchin, “Prospects for environmentally sound economic development in the North, in the South, and in North-South economic relations: the role for action-oriented Analysis”, *Journal of Clean Technology and Environmental Sciences*, 1992.
- S. El Serafy, “The Environment as Capital”, R. Costanza (ed.) *Ecological Economics*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991.
- S. George, *A fate worse than debt*, Weidenfeld, Nueva York, 1989. (Hay edición en castellano Iepala/CIP).
- R. Goodland y H. E. Daly, *Approaching global environmental sustainability*, Society of International Development, primavera, 1992.
- R. Goodland, H. E. Daly y S. El Serafy, “Environmentally sustainable economic development: building on Brundtland”, *Environment Paper*, N° 36, The World Bank, Washington, 1991.
- T. Haavelmo y S. Hansen, “On the strategy of trying to reduce economic inequality by expanding the scale of human activity”, R. Goodland, H. E. Daly y S. El Serafy (eds.), *Environmentally sustainable economic development: building on Brundtland*, *Environment Paper*, N° 36, The World Bank, Washington D.C., 1991.
- F. Hirsch, *The Social Limits to Growth*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1976.
- R. Hueting, “The Brundtland Report: a matter of conflicting goals”, *Ecological Economics*, N° 2, 1990, pp. 109-117.
- R. Hueting, P. Bosch y B. de Boer, *Methodology for the calculation of sustainable development*, Central Bureau of Statistics, Statistical Essays (serie M), La Haya, 1992.
- D. C. Korten, “Sustainable development”, *World Policy Journal*, invierno 1991-1992, pp. 156-90.
- J. J. Krabbe y W. J. W. Jeijman (eds.), *National income and Nature: externalities, growth and steady state*, Kluwer Akademik, Dordrecht, 1992.

- D. H. Meadows y el Club de Roma, *The limits to growth*, Universe Books, Nueva York, 1974, p. 205.
- R. S. McNamara, *Global population policy to advance human development in the 21st century*, Naciones Unidas, Nueva York, 1991, p. 56.
- L. Summers, “Research challenges for development economists”, *Finance and Development*, septiembre, Washington, 1991.
- J. Tinbergen y R. Hueting, “GNP and Market Prices: wrong signals for sustainable economic success that mask environmental destruction”, R. Goodland, H. E. Daly y S. El Serafy (eds.), *Environmentally sustainable development: building on Brundtland*, *Environment Paper*, N° 36, The World Bank, Washington, 1991.
- PNUD. Informe de Desarrollo Humano. PNUD, Nueva York, 1992.
- Banco Mundial, *World Development Report: “Poverty”*, Washington, 1990.

JOSE M. TORTOSA

Violencia y pobreza: una relación estrecha

La pobreza es una bomba de relojería para la humanidad. A pesar de ello, expertos y organismos internacionales centran la mayor parte de sus análisis en aspectos fundamentalmente cuantitativos que poco o nada aportan acerca de las causas o los efectos de la misma. El artículo señala algunos elementos a tener en cuenta al abordar el nexo entre violencia y pobreza. De la interacción entre ambos factores surge una de las fuentes potenciales de conflicto en las relaciones Norte-Sur. La pobreza es, por tanto, una de las principales amenazas para la paz.

Fue Bertolt Brecht quien dijo que "en los países democráticos no se percibe la naturaleza violenta de la economía, mientras que en los países autoritarios lo que no se percibe es la naturaleza económica de la violencia". En ambos casos, violencia y economía tienen algún tipo de relación. Lo que aquí se pretende es indicar algunos puntos a tener en cuenta al afrontar el análisis del nexo entre violencia y un aspecto particular de la economía que es la pobreza. El análisis se inserta además en un enfoque que entiende la paz como algo más que la ausencia de guerra y la guerra como algo más que un caso particular de las relaciones internacionales.

La pobreza, de todos modos, no es un asunto que atraiga mucho interés en estos días y en este mundo. Aunque es una bomba de relojería activada sobre la humanidad, no deja de ser curioso que en el congreso por correo electrónico que ha tenido ocupados hasta agosto de 1993 y durante un año a diversos miembros de la Federación de Estudios de los Futuros del Mundo (WFSF), la sección sobre la pobreza no haya recibido ningún mensaje.

Este artículo, tras realizar algunas observaciones sobre la pobreza, indica algunos elementos que la relacionan con la violencia directa, la violencia estructural y la violencia cultural, recurriendo a una tipología diferente, aunque de fuente común, a la utilizada por Jamil Salmi (violencia directa, indirecta, represiva y alienadora).¹

Cuando el Banco Mundial dedicó a la pobreza su *Informe sobre el desarrollo mundial* de 1990, reflejó lo que era (y es) el enfoque convencional sobre el tema y

José María Tortosa es profesor de Sociología del Desarrollo en la Universidad de Alicante. Autor, recientemente, de *Sociología del sistema mundial* y de *La pobreza capitalista* (ambos en Tecnos, Madrid; el segundo reseñado en este número de *Papeles*), prepara en la actualidad un libro con el título provisional de *Maldesarrollo: Teorías y estrategias*.

¹ Jamil Salmi, *Violence and Democratic Society*, Zed Books, Londres, 1993. La referencia a la fuente está en la n. 1, p. 23.

lo llevó a su máxima expresión. Pobres, decía, son aquellos que "luchan por sobrevivir con ingresos de menos de 370 dólares al año" y la pobreza es "la imposibilidad de alcanzar un nivel de vida mínimo". Señalaba también que, obviamente, "pobreza no es lo mismo que desigualdad" sino que es no tener ese dinero que el Banco Mundial, después de muy complejas disquisiciones, consideró el mínimo para lograr aquel nivel de vida. En otras palabras: con más de 370 dólares al año se deja de ser pobre, no importa donde. La institución llegó a la conclusión de que existían en torno a los mil millones de personas eran pobres, pero sus cálculos se referían sólo a los países pobres, sin tener en cuenta los que había en los ricos.

Esta visión de la pobreza deja mucho que desear por más que consiguiera espectaculares cuantificaciones y contrasta con las complejidades que las diferentes lenguas y culturas del mundo han construido en torno a las condiciones asociadas con las distintas percepciones de la pobreza.² Además se asemeja de forma sospechosa a la representación liberal, sobre todo cuando fija un "umbral de pobreza universal que permita comparaciones entre países y agregaciones" que "es inevitablemente algo arbitrario".³ Tras ese deseo de comparar y la asunción del coste en arbitrariedad para alcanzarlo se encuentra el universalismo neoclásico que también parece latir en las condicionalidades para recibir ayuda que establece el Fondo Monetario Internacional.

Algo parecido se puede decir que ocurre con la definición de países pobres, que muchas veces se remite a la que dio el propio Banco Mundial en 1948, en uno de sus primeros informes sobre el desarrollo: son países pobres aquellos que tienen una renta *per capita* inferior a los 100 dólares, dijo entonces. Lo que ha cambiado en estos 45 años es la cifra, mientras se comienza a discutir si no será mejor utilizar como medida la Paridad del Poder Adquisitivo.

El léxico también ha cambiado: ya no son países pobres sino de ingresos bajos. Algo así como la Comisión de la Comunidad Europea que ya no habla de pobres sino de desfavorecidos, repitiendo así el viejo esquema de querer cambiar la realidad cambiando los nombres con los que se la denota.

Bajo estas representaciones –también en la oficial de la Unión Europea– late la doble idea de que pobreza y riqueza forman un continuo tanto de personas como de estados y que la posición de uno de ellos no depende de la de los demás excepto en el orden. No hay, por lo que parecen decir, relación genética entre la pobreza de unos y la riqueza de otros, ya sean personas o naciones. En ese estadio superior de la comparación, lo que hay es una simple ordenación a lo largo de una línea en la que todos, individuos y países, vamos ascendiendo posiciones en un pacífico proceso de progreso sin fin ni límites.⁴

² Majid Rahnema, "Poverty" en *The Development Dictionary*, W. Sachs (ed.), Zed Books, Londres, 1992, pp. 158-159.

³ José María Tortosa, "Representación de la pobreza y política social", *Sociología del trabajo*, N° 9, 1990, pp. 71-87.

⁴ Un magnífico análisis de cómo la pobreza de unas naciones tiene que ver con la riqueza de otras es el de Michael Barratt Brown, *Fair Trade...*, pp. 12-24. Sobre la miseria del método comparativo: Roland Axtmann, "Society, Globalization", pp. 53-74.

En general, se aborda el fenómeno como si se tratara de algo relativamente poco complejo y básicamente monetarizable, es decir, económico, muy en la línea de otros trabajos del Banco Mundial.⁵ En su *Informe sobre el desarrollo mundial* de 1981, por ejemplo, afirmaba que "la causa subyacente del hambre y la malnutrición es que los que necesitan alimentos no tienen dinero para comprarlos".

Necesidades insatisfechas

A pesar de todo, o quizás por ello, no interesa tanto saber cuántos pobres hay, por más que sea ése un asunto que entretiene a expertos de todo el mundo. Más bien se trata de saber qué factores producen la pobreza, asunto de mayor importancia tanto intelectual como política. Mi resumen de los factores que conducen a ella, que se sintetiza en el cuadro adjunto, incluye tanto el enfoque liberal –más preocupado por aquellos rasgos de los individuos que pueden convertirlos en pobres o mantenerles en la pobreza–, como el socialdemócrata, más inclinado a ver factores estructurales, menos individuales.⁶ Entiendo por pobreza la insatisfacción grave de las necesidades humanas básicas, en la misma dirección que el

Cuadro 1.– Empobrecimiento y políticas

Subsistemas	Factores de empobrecimiento		Políticas contra la pobreza	
	Estructurales	Individuales	Individuales	Estructurales
Económico	Desempleo Precariedad	Falta de recursos Falta de previsión	Medidas de inserción	Empleo (fijo) Tierras
Político	Quiebra fiscal del Estado Neoliberalismo	Marginación	Participación	Keynesianismo
Cultural	Darvinismo Individualismo	Falta de conocimientos	Formación (profesional) "Normalización"	Solidaridad
Militar	Guerra Armamentismo	Agresiones	Represión	Reconversión Defensa defensiva

5 Giovanni Sarpellon, "Ripensare la povertà", *Civitas*, Vol. 44, N° 1, 1993, p. 44.

6 José María Tortosa, "Personas al margen" en Amando de Miguel, *La sociedad española 1992-1993*, Alianza Ed., Madrid, 1992.

Los hechos son tozudos. Frente a la mistificante teoría de la modernización, más o menos tecnocrática, se impone la presencia de hechos violentos.

Banco Mundial, pero incluyendo entre las necesidades básicas no sólo las estrictamente físicas (alimentación, alojamiento, vestido) como tienden a hacer las instituciones de Bretton Woods. En general, dice Susan George, "violencia es también todo aquello que impide que la gente satisfaga sus necesidades fundamentales: alimentación, vivienda, vestido, sí, pero también dignidad".⁷

Su relación con la violencia es en muchos casos, como se observa en el cuadro, explícita, sobre todo si se la analiza desde la otra cara, la de las posibles políticas de lucha contra ella: el que esas políticas no se apliquen también es violencia. En el contexto latinoamericano, por ejemplo, "cálculos del Banco Mundial señalan que, para que todos los hogares de la región obtuvieran ingresos superiores a la línea de pobreza, se requerirían recursos equivalentes al 0,7% del producto, lo cual sería equivalente a un impuesto del 2% sobre los ingresos del 20% más rico de la población", esfuerzo que sería "marginal" pero que si no se pone en práctica no es por cuestiones "naturales" o "técnicas".⁸

A continuación se presentan algunos aspectos a tener en cuenta a la hora de examinar la relación de la pobreza con tres tipos fundamentales de violencia: directa, estructural y cultural.

– Pobreza y violencia directa

Los hechos son tozudos. Frente a la mistificante teoría de la modernización, más o menos tecnocrática, se impone la presencia de hechos violentos. Frente a la mistificante teoría de la modernización, más o menos tecnocrática, se impone la presencia de hechos violentos.

Los hechos son tozudos. Frente a la mistificante teoría de la modernización, más o menos tecnocrática, se impone la presencia de hechos violentos. Frente a la mistificante teoría de la modernización, más o menos tecnocrática, se impone la presencia de hechos violentos.

Desde otra óptica, la pobreza guarda relación con la represión policial. La percepción que el ciudadano medio tiene de ella es relativamente sencilla: los

7 Susan George, "Preface" a Jamil Salmi, *Violence and Democratic ...*

8 Oswaldo Sunkel, "El desarrollo en los tiempos del cólera", *Boletín Socioeconómico*, CIOSE, Nº 24-25, 1992, p. 20.

9 R.J. Bursik y H.G. Grasmick, "Economic Deprivation and Neighborhood Crime Rates, 1960-1980", *Law & Society Review*, Vol. 27, Nº 2, 1993, pp. 253-283; R.D. Peterson y L.J. Krivo, "Racial Segregation and Black Urban Homicide", *Social Forces*, Vol. 71, Nº 4, 1993, pp. 1.001-1.026. En términos más generales, José María Tortosa, *Sociología del sistema mundial*, Tecnos, Madrid, 1992, pp. 114 y sgts.

pobres son una amenaza. Desde este punto de vista, del limosneo se puede pasar con facilidad a la agresión contra la propiedad o contra las personas. Pobreza y criminalidad se consideran unidas. La respuesta inmediata es la autodefensa: se pide más ley y orden, es decir, más policía o, en la mayor parte de los casos, se recurre a la policía privada. Así sucede en EEUU, país en el que los ciudadanos se gastan ya más en la policía privada que en la pública, y en Reino Unido, donde comienzan a proliferar casos de vigilantismo.

– Pobreza y violencia estructural

Muchos enfoques sobre el Tercer Mundo (o el Sur, como ahora se prefiere) incluyen los términos de pobreza y violencia y comprenden esta última tanto en su sentido de violencia directa –guerra, en este caso– como en el de violencia estructural, es decir, relación estable entre actores.¹⁰ Si del entramado internacional descendemos al de las distintas sociedades particularizadas, "lo importante es que si la gente pasa hambre cuando el hambre es objetivamente evitable, se comete violencia, sin importar que haya o no una relación clara sujeto-acción-objeto, como sucede en las relaciones económicas mundiales tal como están organizadas".¹¹

Sin entrar ahora en la discusión de los factores individuales y estructurales que llevan a la pobreza ni en la relación entre la pobreza interna y relativa de un país y su posición en la jerarquía mundial, sí se puede recorrer brevemente la lista de situaciones que comportan violencia estructural: explotación, discriminación y marginación.¹²

También aquí, por lo menos en muchos casos, el fenómeno se produce en las dos direcciones. Que la explotación causa pobreza es algo que está implícito, aunque no siempre se use ese vocabulario, en las discusiones anglosajonas sobre la *underclass* que algunos autores no dudan en definir como "una población pobre permanentemente oprimida".¹³ La discriminación que se ceba en inmigrantes y, en general, en las minorías inferiorizadas es, como forma de violencia estructural,

¹⁰ Por ejemplo, Arjun Makhijani, *From Global Capitalism to Economic Justice. An Inquiry into the Elimination of Systematic Poverty, Violence and Environmental Destruction in the World Economy*, The Apex Press, Londres, 1992. Johan Galtung en *Sobre la paz*, Fontamara, Barcelona, 1985, ya había indicado que paz y desarrollo "en cierto sentido son la misma cosa", razón por la cual "los investigadores sobre la paz tienden a estudiar el desarrollo, y viceversa". Estas relaciones explican el especial sobre "La Ley y el Desorden en Los Angeles" publicado en *Papeles para la Paz*, N° 45, 1992, pp. 85-168.

¹¹ Johan Galtung, *Sobre la paz...*, p. 38. Para una discusión del carácter evitable del hambre, ver José María Tortosa, *La pobreza capitalista*, Tecnos, Madrid, 1993, Cap. 1.

¹² José María Tortosa, *La pobreza...*, Cap. 5 y Conclusión. Para la tipología implícita, que tiene que ver con las necesidades humanas básicas, ver al mismo autor en *Sociología del sistema mundial*, p. 137.

¹³ Douglas Glasgow, *The Black Underclass*, Josey-Bass, San Francisco, 1980, p. 3.

¹⁴ Jürgen Habermas, "Immigration et chauvinisme du bien-être", *La Revue Nouvelle*, N° 11, 1992, pp. 76-84; Andrea Rea, "Ethnicisation de la pauvreté ou pauvreté de l'ethnicisation?", *La Revue Nouvelle*, N° 11, 1992, pp. 62-68.

un factor importante que lleva a la pobreza.¹⁴

Quienes, al tratar de la pobreza, tratan también las cuestiones de marginación, lo hacen, normalmente, en el sentido de analizar aquellos mecanismos sociales que hacen difícil o imposible que determinados sectores de la población puedan mantenerse, sostener una economía privada autónoma (no necesariamente monetarizada), y participar en la vida social convencional. Hay mecanismos de marginación que llevan, sin duda, a la pobreza; también, en la dirección opuesta, están los estudios que muestran la incidencia de la pobreza en la polarización de la sociedad. En ambos casos, los autores suelen centrar su atención más en la pobreza endémica que en los procesos de empobrecimiento.¹⁵ Alguna excepción: los análisis sobre el empobrecimiento en los antiguos países comunistas donde el proceso de pauperización se ha acelerado con la transición al mercado.¹⁶

– *Pobreza y violencia cultural*

Llegados aquí cabe preguntarse qué es lo que hace que la pobreza se mantenga e incluso se acepte. Hay razones de funcionalidad –sirve para mantener los sistemas sociales en que se da– y estructurales –forma parte de la estructura de poder que se autorreproduce–, pero también ideológicas o culturales. De hecho, todas las sociedades producen explicaciones de la existencia de la pobreza que guardan relación directa con (o incluso forman parte de) las diferentes formas que adopta la violencia cultural.¹⁷

Es conocido que las religiones, en sus versiones de "opio del pueblo" o de "teología de la sumisión" que no las agotan, pueden convertirse en un mecanismo de justificación de la existencia de la pobreza. Lo mismo puede decirse de las ideologías políticas. El neoliberalismo –que achaca la pobreza a la falta de interés por parte de los pobres– y el marxismo –que reduce en última instancia el fenómeno a la explotación del hombre por el hombre y, por ende, al tema de la propiedad privada– han sido dos ejemplos bien visibles, aunque con alguna diferencia entre sí. El neoliberalismo ha producido más pobreza, pero no la ha negado. Se ha procurado, eso sí, invisibilizarla o transformar a los pobres en habitantes de campos de concentración, guetos o zonas rodeadas por muros de hormigón. El marxismo, en cambio, negó la existencia de pobreza en los países del Este una vez suprimida la propiedad privada. Como no podía haber pobreza, no la había. En algunos casos, incluso la palabra pobreza desapareció. Pero no los pobres.

En general, la violencia cultural se produce cuando se obliga a las personas a

¹⁵ Steffan Marklund, "Structures of Modern Poverty", *Acta Sociológica*, Vol. 33, Nº 2, 1990, pp. 125-140.

¹⁶ Como ejemplo, Zsuzsa Ferge, "Marginalisation, Poverty and Social Institutions", *Labour and Society*, Vol. 16, Nº 4, 1991, pp. 417-438; José María Tortosa, "Transición al mercado y empobrecimiento: aplicación al caso de Polonia", *Sociología del trabajo*, Nº 17, 1992-93, pp. 73-89.

¹⁷ Johan Galtung, "Cultural Violence", *Journal of Peace Research*, Vol. 27, Nº 3, 1990, pp. 291-315.

que o no vean el problema o a que dispongan de explicaciones para el mismo pero mantengan la situación. La relativa ausencia de discusión de estos asuntos, por un lado, y su tratamiento habitual cuando llegan a los medios de comunicación, por otro, son ejemplos de violencia cultural. Piénsese, si no, en la forma con que, con frecuencia, se trata la pobreza en la prensa (sobre todo cuando, de hecho, consiguen achacar toda la culpa al pobre mismo) y se tendrá una idea de lo que se quiere decir.¹⁸

Amenaza para la paz

Los retos para la paz en los próximos años, mientras el conflicto Norte-Sur sea el dominante, tienen diversas fuentes, pero una de ellas es la pobreza como catalizadora o como sustentadora de conflictos armados.¹⁹ La correlación entre régimen no democrático y belicosidad es, a pesar de fundamentarse en la "paz perpetua" kantiana, una correlación espuria: es la pobreza de las naciones la que explica, simultáneamente, la ausencia de instituciones democráticas y la propensión a iniciar una agresión bélica.²⁰

Los procesos de polarización social que acompañan al naufragio del desarrollo tienen salidas bien conocidas.²¹ Una es negarlos, haciendo creer a la gente, recurriendo a la violencia cultural, que todos formamos un sólo grupo sin distinciones. Eso, en otras palabras, se llama nacionalismo y su difusión tiene que ver, entre otros factores, con la extensión de la pobreza: el nacionalismo consigue negar que haya ganadores y perdedores en el sistema social ya que todos "somos una nación".²² Otra salida ante la polarización es la de anunciar su supresión en un futuro glorioso en el que todos, ganadores y perdedores, nos encontraremos como hermanos. La diferencia entre este milenarismo y el nacionalismo es su perspectiva de futuro: el primero se proyecta hacia un futuro lejano pero brillante, mientras el segundo tiene como modelo un pasado normalmente tergiversado.

Existe también la posibilidad de superar la descomposición social que significa el empobrecimiento y su correlativo enriquecimiento mediante un chivo expiatorio que, ajeno al grupo, permita proyectar sobre él frustraciones y agresividades. El racismo es una de sus manifestaciones.

Todos estos mecanismos de defensa tienen en común su carácter potencial-

El nacionalismo consigue negar que haya ganadores y perdedores en el sistema social ya que todos "somos una nación".

¹⁸ José María Tortosa, "Personas al margen", *La sociedad española...*, Cap. 7.0.

¹⁹ Russell W. Ramsey, "World Systems, Challenges: 1993-2025", *The Officer*, Reserve Officers Association of the United States, Washington, abril, 1993.

²⁰ El asunto no está claro en la literatura reciente. Ver, por ejemplo, Erich Weede, "The Impact of Democracy or Repressiveness on the Quality of Life, Income Distribution and Economic Growth Rates", *International Sociology*, Vol. 8, N° 7, 1993, pp. 177-195.

²¹ Serge Latouche, "De la mondialisation économique à la décomposition sociale", *L'Homme et la Société*, N° 105-106, 1992, pp. 7-23.

²² José María Tortosa, "Teorías sobre los nacionalismos" en VV.AA., *Los nacionalismos*, Diputación General de Aragón, Seminario sobre la Paz, Zaragoza, 1994.

mente violento, sobre todo en la medida en que se presentan combinados como en el caso del nazismo nacionalista, milenarista y xenófobo (no sólo antisemita). Una vez que se han puesto en movimiento, es posible investigar sobre los medios para detener la violencia que generan, y para hacer la paz y mantenerla. Pero investigar para la paz es también investigar sobre las raíces de la violencia. Y la

ELENA GARCIA GUITIAN

Pluralismo, conflicto y nacionalismo: aproximación al pensamiento de Isaiah Berlin

*Isaiah Berlin se ha convertido en un autor de máxima actualidad desde que los acontecimientos de finales de los años 80 subrayaran la vigencia de su pensamiento. Berlin aborda temas muy diversos –determinismo, libertad, nacionalismo, metodología, entre otros–, desde una perspectiva encuadrable en la tradición liberal. A modo de presentación de la entrevista realizada a este pensador por Nathan Gardels y que **Papeles** ofrece a continuación del presente artículo, se analizan aquí algunos aspectos esenciales de su ideario –cuyo núcleo central se sitúa en una visión del mundo y de la naturaleza humana pluralista–, y se hace una referencia especial a su comprensión del nacionalismo.*

Por lo menos hasta hace unos años, *sir* Isaiah Berlin no ha formado parte de ese grupo de grandes pensadores conocidos fuera del ámbito estrictamente académico a los que se acude para preguntarles de qué manera y hacia dónde marcha el mundo. Por ello, aunque algunos de sus ensayos políticos como *Dos conceptos de libertad*, o históricos como *De Maistre y los orígenes del fascismo* o *La originalidad de Maquiavelo* son verdaderos clásicos, ha sido al final de los años 80 cuando ha comenzado a aparecer con cierta frecuencia en la prensa en entrevistas sobre temas de actualidad y, en consecuencia, a ser conocido por el gran público.

Elena García Guitián es profesora asociada de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.

Esta nueva popularidad es, por un lado, resultado involuntario de la pereza confesada que siente ante la idea de escribir académicamente, que contrasta con su entusiasmo por la conversación informal. De ahí esa tendencia a conceder entrevistas (que suelen tener mayor difusión entre un público más amplio) frente a sus evasivas a la hora de aceptar escribir artículos. Pero también se debe al hecho de que, después de los acontecimientos políticos sucedidos a finales de la década pasada, sus planteamientos básicos, encuadrables dentro de la tradición liberal, han cobrado una rabiosa actualidad.

Al asomarnos por primera vez a su obra, nos encontramos, aparentemente, ante un ensayista que toca temas muy dispares (determinismo, libertad, nacionalismo, problemas metodológicos, música...), no siempre claramente conectados unos con otros, y no ante un autor sistemático que presenta una teoría completa sobre una visión del mundo o de alguno de sus aspectos y que es fácilmente identificable con ella. A esto hay que añadir el hecho de que en sus escritos no realiza nunca un análisis exhaustivo de las cuestiones que aborda, ni tampoco se apuntan recetas finales, lo que produce cierta sensación de vaguedad y falta de profundidad. Parece ofrecernos únicamente un muestrario de ideas ricamente dibujadas, en el que se señalan sus probables orígenes y las consecuencias que de ellas se han derivado.

Sin embargo, esta primera impresión se desvanece en cuanto se avanza mínimamente en la lectura de su obra: hay temas recurrentes que aparecen en el análisis de materias muy distintas, y que están unidos por un hilo conductor escogido *a priori* de forma intencionada tal que nos permite apreciar la existencia de una teoría coherente que subyace.

El núcleo central de su pensamiento está situado en una visión del mundo y de la naturaleza humana pluralista. La única característica o esencia permanente de los hombres es, para Berlin, su capacidad de elegir sus propios fines, que son muy diversos, y que implica, inevitablemente, la necesidad de que exista libertad de elección. Partiendo de esta idea básica, el ideario de Berlin constituye en conjunto un ataque frontal a algunas de las más firmes convicciones que engrosan la principal tradición filosófica occidental, que él denomina "racionalista".¹ Esta tradición engloba teorías muy distintas pero que coinciden en incorporar una idea de los hombres como poseedores de una naturaleza rígida e inalterable (sean cuales sean sus rasgos definitorios) y perseguidores de metas comunes universales (que pueden ser también muy diferentes).²

1 Este ataque se ha generalizado en los últimos años y parece que a él se ha sumado gran parte de la comunidad intelectual, pero en la época en que Berlin lo inicia distaba mucho de poder contar con efectivos suficientes para alcanzar algún triunfo, lo cual resulta ciertamente meritorio.

2 La crítica de Berlin a la tradición racionalista se centra en su carácter monista, basado en tres dogmas que constituyen el núcleo común de teorías que, en lo demás, son absolutamente diferentes: a) que todas las auténticas cuestiones —sobre hechos o valores— sólo tienen una respuesta verdadera; b) que esas respuestas verdaderas pueden, en determinadas circunstancias, llegar a ser conocidas; c) que no pueden chocar entre sí pues forman parte de un todo en el que encajan armónicamente.

Un ataque feroz contra estas formas de ver el mundo es uno de los elementos constantes de la obra de Berlin, y lo realiza básicamente mostrando los resultados más perniciosos que de las posturas racionalistas se han derivado a lo largo de la historia. Porque de un planteamiento que parte de la existencia de una naturaleza objetiva del hombre y de las cosas que es cognoscible una vez se dispone de los medios adecuados, inevitablemente se deriva que lo racional sería actuar de acuerdo con los resultados de esos descubrimientos.

Asimismo, los que hayan alcanzado ese conocimiento estarían legitimados, a su vez, para convencer a los demás para que accedieran al mismo nivel, incluso mediante la fuerza. Verdad no hay más que una y los que no actúan conforme a las directrices que de ella se derivan es porque, o son ignorantes, o están demasiado dominados por sus propias bajas pasiones, y en ese caso estaría justificado contribuir a su progreso, incluso en el caso de que manifestaran expresamente su oposición.

La conexión de la idea de autonomía humana con la de autorrealización racional inevitablemente degenera en la conclusión de que sólo hay una manera correcta de vivir y conduce sin remedio al paternalismo y al despotismo. Y ésto precisamente constituiría una negación de lo que para Berlin es más humano: la capacidad de cada uno para determinar su propia vida.

En esa perspectiva es donde hay que situar su, a veces sorprendente, crítica a la Ilustración. Para Berlin, las ideas ilustradas fueron origen de uno de los períodos más liberadores de la historia de la humanidad, pero se basaron en ciertas presunciones –universalismo, existe una verdad cognoscible mediante la razón, el conocimiento libera, se encontrarán soluciones científicas a todos los problemas, es posible alcanzar una sociedad en la que todos los valores coexistan pacíficamente, etc.– que *a posteriori* demostraron tener consecuencias devastadoras y opresoras.³ En esto el autor coincide con las tendencias que en la actualidad parecen predominar –las postmodernas– y que parten del rechazo de muchos de los presupuestos ilustrados aceptados por las principales tradiciones del pensamiento occidental, rechazo que, sin embargo, tiene como punto de partida esos mismos presupuestos.⁴

La importancia de esta cuestión en el pensamiento de Berlin se refleja claramente en el criterio de selección de los autores que son analizados en sus ensayos: aquellos que contribuyeron a minar los pilares del racionalismo monista occi-

³ Aunque afirma que el sueño central de la Ilustración –la idea de que las técnicas científicas se podrían aplicar a los asuntos humanos para mejorar la sociedad y curar los males de los hombres– ha demostrado ser una ilusión, también señala que los daños que causó fueron menos graves que los originados por las teorías del siglo XIX que criticaron los presupuestos ilustrados. Por ello, a pesar de sus errores, Berlin afirma refiriéndose a los filósofos de la Ilustración: "Su generación constituye uno de los mejores y más esperanzadores episodios de la vida del género humano". Isaiah Berlin, *The Age of the Enlightenment*, Oxford University Press, Oxford, 1979, p. 29.

⁴ Uno de los debates actuales en la Filosofía se centra en si la deconstrucción que realizan las posturas postmodernas parte de los propios presupuestos ilustrados o si ya los ha superado.

No todo vale, hay límites y existe la posibilidad de emitir juicios morales. Estas limitaciones tienen su origen en la propia naturaleza humana.

dental, como Maquiavelo, Vico o Herder.⁵ Estos pensadores contracorriente fueron los primeros en señalar sus falacias y apuntar las desviaciones más perniciosas que de ellos se derivaban. No sólo no hay una naturaleza humana o unos valores objetivos, cabe concluir de sus posicionamientos, sino que los fines y valores últimos, reconocidos como humanos, pueden colisionar. La idea utópica de que sería posible en el futuro alcanzar una sociedad armónica –derivada de las premisas racionalistas que se han apuntado– es falaz e incoherente intelectualmente, pues la experiencia histórica nos muestra que las convicciones más profundas de los hombres pueden ser incompatibles y excluyentes en relación con otras igualmente válidas. El conflicto es, entonces, inherente a la vida humana.

Ni racionalismo ni relativismo

Si Berlin reconoce que la esencia más profunda de los seres humanos es su capacidad para elegir sus propios fines –hecho en el que reside su propia dignidad– y que estos últimos son muy diversos, igualmente legítimos, pero es probable que choquen entre sí, ¿no está suscribiendo una postura relativista, el todo vale porque no hay un criterio desde el que enjuiciar los diferentes puntos de vista?

Aquí es donde insiste constantemente en que su planteamiento pluralista es distinto conceptualmente de los encuadrables dentro de las perspectivas relativistas. No todo vale, hay límites y existe la posibilidad de emitir juicios morales. Estas limitaciones tienen su origen en la propia naturaleza humana.

Los fines y valores que dirigen la conducta de los hombres son muy diversos; sin embargo, aunque constituyen un amplio espectro, no son infinitos. Somos capaces de considerar como humanas conductas, ideas o valores que son muy distintos de los nuestros, pero todo lo que sobrepase determinados lindes entra a formar parte de lo no humano. Por eso habla de fines humanos objetivos: “aquellos que cualquier ser humano, mediante un esfuerzo de la imaginación adecuado, y aunque estén situados muy bajo en su escala de valores, puede ver como susceptibles de ser perseguidos por los hombres, quizás en sociedades y circunstancias y con inclinaciones muy distintas de las suyas, pero incuestionablemente humanas, esto es, propias de criaturas con las cuales en principio podría conseguir comunicarse, y que mantienen puntos de vista que, *mutatis mutandis*, él puede verse como capaz de mantener”.⁶

Los fines pueden ser radicalmente distintos, incompatibles unos con otros o entrar en conflicto, y no pueden ser ordenados de forma jerárquica, pues no existen estándares absolutos y universales respecto de los cuales emitir juicios de valor. Sin embargo, para Berlin, estos últimos no sólo pueden y deben ser realiza-

⁵ En su artículo "The Pursuit of the Ideal", en *The Crooked Timber of Humanity*, Fontana Press, Londres, 1991 (hay traducción española en Ediciones Península, 1992), Berlin explica el por qué de su selección y las influencias que los diferentes autores fueron ejerciendo en él.

⁶ Isaiah Berlin, "Reply to Robert Kocis", *Political Studies*, 1983, XXXI, p. 390.

dos, sino que además cabe hacerlo desde una base racional, lo que diferencia su postura de forma radical respecto de las visiones relativistas.

Entender no es aceptar, pero para rechazar algo es necesario haber realizado previamente un esfuerzo para imaginar cómo y por qué fue aceptable para un ser humano. Y una vez hecho ésto, deberíamos decidir de acuerdo con las ideas generales que conforman el modo de vida de la sociedad a la que pertenecemos y aquellos valores que han sido sostenidos en sociedades muy distintas a lo largo de amplios períodos de tiempo. Los valores, si no universales, son de alguna forma un mínimo sin el cual las sociedades no podrían sobrevivir. No constituyen un conjunto de normas morales eternas, ni forman un código objetivo que pueda ser aprehendido por medio de la razón, son valores que han sido considerados fundamentales en lugares y épocas distintas, como nos muestra la historia, y por ello intuitivamente los consideramos universales.

El pluralismo se diferencia por tanto del relativismo en que admite la existencia de límites a lo que reconocemos como humano –y, en consecuencia, admisible– e identifica ciertos valores considerados fundamentales, comunes a los seres humanos en cuanto tales, que permiten la comunicación. Todo ello ofrece un criterio mínimo –ni absoluto, ni rígido– para la realización de juicios de valor y la justificación de la existencia de una moralidad.⁷

La aceptación de esa pluralidad de fines y valores y, a la vez, de la existencia de valores universales, se refleja además en su rechazo de la idea de progreso, otro de los pilares del pensamiento ilustrado. En relación con este tema, Berlin asume como propias las ideas de Vico y Herder sobre la diversidad cultural. La historia es una sucesión de culturas que ordenan los valores conforme a un patrón único e irrepetible, posibilitando diferentes modos de vida, pero esta evolución no es necesariamente progresiva, ni tampoco sigue una ruta preestablecida. Las culturas más modernas no son inevitablemente superiores a las anteriores en términos generales, por ello descarta una visión lineal de progreso. Solamente el mayor o menor reconocimiento de los valores universales puede ser utilizado como criterio enjuiciador para establecer grados de civilización.

La visión pluralista que impregna toda su obra también se refleja en sus propuestas políticas más concretas. No es posible alcanzar soluciones finales porque la sola idea de una solución perfecta de los problemas humanos, de encontrar una respuesta a la cuestión de cómo se debe vivir, es incoherente conceptualmente pues las elecciones trágicas son inherentes a la vida humana. Lo único que se puede hacer es intentar que las decisiones sean lo menos dramáticas posible y promover los compromisos entre intereses enfrentados. El objetivo es lograr un equilibrio, que siempre es inestable, entre las aspiraciones de los diferentes grupos que componen una sociedad, intentando fomentar el entendimiento entre

⁷ "Los principios no son menos sagrados porque no se pueda garantizar su duración. (...) Darse cuenta de la validez relativa de las convicciones de uno –ha dicho un admirable escritor de nuestro tiempo– y, sin embargo, defenderlas sin titubeo, es lo que distingue a un hombre civilizado de un bárbaro". Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

ellos. Y para él, es más seguro que se consigan estos fines en una sociedad liberal y democrática, pero de carácter pluralista.⁸

Nacionalismo y romanticismo

En esta introducción tan general quedan irremediablemente descuidados muchos otros temas, no menos importantes, abordados por Berlin: el determinismo, la libertad o los aspectos metodológicos. Pero entre ellos, teniendo en cuenta su actualidad, merece destacarse el análisis del nacionalismo.

En la forma que tiene Berlin de abordar esta cuestión se refleja nítidamente la falta de un pensamiento sistemático, que, sin embargo, al menos en este tema, es absolutamente intencionada. Su objetivo no es ofrecer una explicación total, sino hacer énfasis en la vigencia e importancia del nacionalismo como fenómeno movilizador de masas y mostrar sus conexiones con el movimiento romántico.⁹ Como consecuencia, en los escasos artículos en los que trata el tema, realiza una búsqueda de sus posibles orígenes históricos y muestra su evolución hasta nuestros días, tomando, una vez más, las ideas –no los fenómenos político-socio-económicos– como objeto principal de estudio.¹⁰

El punto de partida de su análisis se sitúa en la creencia de que existe una necesidad humana básica de pertenecer a algún grupo social que históricamente se ha proyectado sobre instituciones y grupos muy variados: familia, clan, tribu, clase, organizaciones religiosas o partidos políticos. Lo importante no es cuál de ellos sea el elegido sino que exista alguno. Pero en esta evolución, cuando la nación ocupa ese lugar, resulta ser el más poderoso foco de lealtades que haya existido nunca, y lo que inicialmente no era más que un sentimiento se articula como una doctrina política coherente con rasgos muy específicos. Es en ese momento y no antes cuando, según Berlin, cabe hablar de nacionalismo en sentido estricto.

En las teorías nacionalistas el objeto del deseo de pertenencia es la nación, entidad que determina el carácter de los individuos y unidad en la que se realiza más plenamente la naturaleza humana. Esta clase de identificación no sería algo novedoso históricamente si no hubiera adquirido una identidad diferenciada resultado de la incorporación de uno de los elementos de la crítica romántica a la Ilustración: el rechazo a la posibilidad de que existan verdades eternas y modos de

⁸ Berlin advierte constantemente sobre los peligros de las posturas liberales racionalistas, que desembocan en paternalismos, y de los peligros de las democracias que se convierten en tiranías de la mayoría.

⁹ En "Nationalism: Past Neglect and Present Power", en *Against the Current*, Clarendon Press, Oxford, 1991, (hay traducción española en Fondo de Cultura Económica, México, 1983, por la que se cita a continuación, p. 438) Berlin afirma: "No soy ni un historiador ni un científico político y así no pretendo ofrecer una explicación de este fenómeno. Sólo deseo proponer un problema e indicar la necesidad de una mayor atención para este particular vástago de la revuelta romántica, que ha afectado decisivamente a nuestro mundo".

¹⁰ Los dos artículos dedicados a este tema son: "Nationalism. Past Neglect ..." y "The Bent Twig: On the Rise of Nationalism" en *The Crooked Timber...*

vida universales. En la visión nacionalista, entonces, la nación impone sus valores como referente absoluto, rechazando cualquier criterio de comparación universalista, actitud que desemboca en *chauvinismo* e, incluso, en actitudes agresivas ante cualquier amenaza potencial.

Así el romanticismo, que en una esfera –la exaltación del héroe individual como artista– resultó ser un movimiento liberador, tuvo consecuencias desastrosas en otras cuando la libertad creativa se atribuyó a movimientos o clases que imponían su voluntad sobre los individuos que los constituían, o a líderes que modelaban a sus seguidores, o, por último, a las naciones que se afirmaban a través de su enfrentamiento con las demás. Es precisamente este elemento agresivo el que acaba caracterizando al nacionalismo, y Berlin enfatiza su conexión directa con el movimiento romántico, del que sería una derivación no deseada.

Este carácter agresivo del nacionalismo, además, lo diferencia de posturas similares como la de Herder, autor al que Berlin tanto admira y con el que básicamente coincide, aún considerándolo padre involuntario de aquél. La idea básica sobre la que Herder construyó su teoría –y que Berlin comparte– es la creencia en la necesidad de pertenecer a una cultura, a un centro de vida. Para Herder, la nación es una de sus posibles manifestaciones, sin que incorpore una esencia inalterable o esté basada en un rasgo como la raza. No tiene carácter político sino cultural. No hay, por tanto, nada de trascendental ni de agresivo en su planteamiento: todas las culturas tienen valor en sí mismas y son inconmensurables. A pesar de sus precauciones, sin embargo, el proceso evolutivo de sus ideas marchó por otro lado y constituyó la base sobre la que se construyó el nacionalismo.

En esta doctrina se recogen, pues, las ideas que el movimiento romántico difundió en la Alemania del XVIII, y que encontraron suelo fértil en el contexto sociopolítico en el que surgieron. En efecto, en esa época se daban en Alemania todos los rasgos que, para Berlin, favorecen la aparición de posturas nacionalistas: procesos de industrialización que transforman los modos de vida tradicionales y generan problemas de articulación de nuevos valores y lealtades; aparición de una élite sensible a actitudes de desprecio respecto a los sentimientos colectivos de su sociedad por parte de otras sociedades u otros grupos sociales, y que necesitan un nuevo foco de lealtad con el que identificarse; existencia de algún factor de cohesión a partir del cual construir la idea de nación, etc. A partir de este momento las ideas nacionalistas fueron recogidas allí donde se dieron condiciones similares y se convirtieron en uno de los gritos de guerra con potencial movilizador de masas más poderoso que ha existido jamás.

Berlin señala también como, a lo largo del siglo XX, a diferencia de lo que esperaban los más importantes pensadores del siglo anterior, la fuerza del nacionalismo ha aumentado al aliarse con otras reivindicaciones como las de clase, raza, o religión.¹¹ Ya no aparece de forma pura y se ha extendido por todo el mun-

Berlin señala también como, a lo largo del siglo XX, a diferencia de lo que esperaban los más importantes pensadores del siglo anterior, la fuerza del nacionalismo ha aumentado al aliarse con otras reivindicaciones como las de clase, raza, o religión.

¹¹ Uno de los puntos que más sorprende a Berlin en relación con los nacionalismos es el hecho de que los pensadores del siglo XIX no hubieran sido capaces de prever la fuerza que tendrían las teorías nacionalistas en nuestro siglo.

do. Pero lo que mantiene en común con el del siglo pasado es que ambos son expresión de un estado de ánimo: el deseo de reconocimiento de aquellos que se sienten oprimidos.

Las diferencias en los nacionalismos de ambos períodos, en cambio, provienen no sólo de la distinta situación histórica sino también del hecho de que los sujetos que experimentan este sentimiento antes y ahora no son los mismos. En nuestro siglo, la imparable expansión del nacionalismo se da en los nuevos estados que han surgido en el mundo gracias a la descolonización, y es también utilizado como arma de combate por minorías dentro de los estados ya constituidos. En ambos casos se trata de grupos con el orgullo herido, sentimiento cuya raíz más profunda hay que situar, según Berlin, en la alienación producida por el funcionamiento actual de las sociedades –toma de decisiones a gran escala por expertos y procesos de burocratización y centralización producto del triunfo de la racionalidad científica– y que buscan ese reconocimiento necesario.

Así, aunque el origen de esta doctrina es comprensible y proviene de una reivindicación legítima, los excesos de su lado oscuro no necesitan ser detallados, pues pueden seguir siendo apreciados en la actualidad. Por eso Berlin aparece sorprendentemente optimista cuando, al final de la entrevista que a continuación presentamos, afirma: “No quiero dejar de creer que no es un sueño utópico un mundo que es un manto multicolor razonablemente pacífico, cada una de cuyas partes desarrolla su propia identidad cultural distintiva y es tolerante con las otras”.

Bibliografía de Isaiah Berlin

La obra de Berlin está compuesta por múltiples ensayos publicados en medios diversos, y por ello algunos son difíciles de obtener. Sin embargo, en los últimos años el editor Henry Hardy ha preparado una detallada bibliografía (publicada al final del libro *Against the Current*) y ha editado en diferentes volúmenes la mayor parte de sus artículos. Así, en forma de libro han aparecido:

- *Karl Marx, His Life and Environment*, Oxford University Press, Oxford, 1987. Primera edición en Thornton Butterworth, Londres, 1939. Hay traducción española de Roberto Bixio en Alianza Editorial, 1988.
- *The Age of the Enlightenment: The Eighteenth-Century Philosophers*, Oxford University Press, Oxford, 1979. Primera edición en 1956.
- *Four Essays on Liberty*, Oxford University Press, Oxford, 1991. Primera edición en 1969. Hay traducción española en Alianza Editorial, 1988.
- *Vico and Herder*, The Hogarth Press, Londres, 1992. Primera edición en 1976.

Volúmenes editados por Henry Hardy en “Selected Writings”:

- *Russian Thinkers*, The Hogarth Press, Londres, 1978.

- *Concepts and Categories: Philosophical Essays*, Oxford University Press, Oxford, 1980. Primera edición en The Hogarth Press, Londres 1978. Traducción española de Francisco González Aramburo en Fondo de Cultura Económica, 1983.
- *Against the Current: Essays in the History of Ideas*, Clarendon Press, Oxford, 1991. Primera edición en The Hogarth Press, Londres 1979. Hay traducción española de en Fondo de Cultura Económica, 1983.
- *Personal Impressions*, Oxford University Press, Oxford, 1982. Primera edición en The Hogarth Press, Londres, 1980.
- *The Crooked Timber of Humanity: Chapters in the History of Ideas*, Fontana Press, Londres, 1990. Traducción española de José Manuel Álvarez Flórez en Ediciones Península, 1992.

NATHAN GARDELS

Isaiah Berlin: dos conceptos de nacionalismo

Isaiah Berlin expone en el curso de esta entrevista los dos conceptos a los que, en su opinión, se circunscribe el nacionalismo. Uno, de cariz no agresivo, que se manifiesta como mera autodeterminación cultural. Otro, el que surge de las heridas ocasionadas por las tensiones históricas y sociales, que necesita autoafirmarse de forma violenta. Este último es el que prevalece hoy en Occidente. No obstante, Berlin no rechaza por utópica la posibilidad de un mundo plural razonablemente pacífico. Para ello es necesario –afirma– compartir un mínimo de valores comunes.

– De acuerdo con el último Harold Isaacs, autor de *Idolos de la Tribu*, hoy estamos siendo testigos de una “recolección convulsiva” de naciones. Una guerra étnica declarada hace estragos no lejos de aquí, en Yugoslavia. La Unión Soviética ha sido quebrada por repúblicas nacionalistas renacientes. El nuevo orden mundial edificado a partir de los escombros del Muro de Berlín ya ha seguido el camino de la Torre de Babel. ¿Cuáles son los orígenes del nacionalismo? ¿De dónde surge este frenesí recolector?

– La Torre de Babel estaba destinada a ser de carácter unitario; un único gran edificio que llegaba a los cielos, con un lenguaje para todo el mundo.

– Al Señor no le gustó.

– Me han dicho que hay una oración hebrea que se pronuncia cuando se ve un monstruo: “Bendito seas Señor nuestro Dios que introduces variedad entre tus criaturas”. Sólo podemos estar contentos de haber visto venirse abajo el despotismo de la Torre de Babel soviética, aunque algunas de las consecuencias puedan llegar a ser peligrosas, quiero decir, un amargo choque de nacionalismos. Pero, desgraciadamente, eso no sería nada nuevo. En nuestra época moderna el nacionalismo no está resurgiendo; nunca murió. Tampoco lo hizo el racismo. Son los movimientos más poderosos hoy en el mundo y atraviesan muchos sistemas sociales.

Esta entrevista fue publicada originalmente en *The New York Review of Books*. Reproducida con autorización. Traducción: Elena García Guitián.

Ninguno de los grandes pensadores del siglo XIX predijo este fenómeno. Saint-Simon pronosticó la importancia de industriales y banqueros. Fourier, que entendió que si el vidrio era fabricado irrompible no podría haber negocio para el vidriero, captó las, así llamadas, contradicciones del capitalismo. Jacob Burckhardt profetizó el complejo militar-industrial. No mucho de lo que Marx predijo resultó ser verdad, excepto la idea, de vital importancia, de que la tecnología transforma la cultura. El *big business* y los conflictos de clase son algunas de sus consecuencias. Todos ellos pensaron que el problema central del siglo XIX era el régimen imperial de los grandes estados.¹ Una vez que estos conglomerados tiránicos —el Imperio Británico, el Imperio Austro-Húngaro, el Imperio Ruso—, junto con el colonialismo, fueran destruidos, los pueblos bajo su yugo vivirían juntos pacíficamente y harían realidad su destino de una manera creativa y productiva. Bien, estaban equivocados.

Aunque la mayoría de los filósofos liberales del siglo XIX se opusieron a la cruel explotación de las “masas oscuras” por parte del imperialismo, en ningún caso alguno de ellos pensó que los negros, indios o asiáticos pudieran tener jamás estados, parlamentos o ejércitos; eran completamente eurocéntricos.

Esto, sospecho, cambió con la guerra ruso-japonesa de 1904. El hecho de que una nación asiática derrotara a un gran poder europeo debe haber producido una descarga eléctrica en las mentes de muchos indios, africanos, etc., y debe haber sido un gran estímulo para la idea de autoafirmación anti-imperialista e independencia nacional. En el siglo XX, ningún movimiento de izquierdas ha tenido éxito en Asia o África —en Indochina, Egipto, Argelia, Siria o Irak— a menos que fuera cogido del brazo del sentimiento nacionalista.

El nacionalismo no agresivo es enteramente otra historia. Yo localizo el origen de esta idea en el muy influyente poeta y filósofo alemán del siglo XVIII Johann Gottfried Herder.

Herder virtualmente inventó la idea de pertenencia. Creía que igual que las personas precisan comer y beber, tener seguridad y libertad de movimiento, también necesitan pertenecer a un grupo. Privados de esto, se sentían aislados, solos, degradados e infelices. Herder decía que la nostalgia era el más noble de todos los sufrimientos. Ser humano significaba ser capaz de sentirte en casa, con los tuyos, en algún lugar.

De acuerdo con Herder, cada grupo tiene su propio *volksgeist* o *nationalgeist*, una serie de costumbres y un estilo de vida, un modo de percibir y comportarse que sólo tiene valor porque es el suyo propio.² La totalidad de la vida cultural está moldeada a partir de la corriente de la tradición particular que proviene de la experiencia histórica colectiva compartida sólo por los miembros del grupo. Por eso, por ejemplo, no se podrían entender completamente las grandes sagas escandinavas a no ser que se hubieran experimentado —como él hizo en su viaje a Ingla-

¹ N. de la T.: en el original aparece como fecha el siglo XX, pero parece tratarse de un error.

² N. de la T.: En todas las ocasiones en que aparecen estos términos en el artículo original, están en alemán.

terra— las luchas de los rudos y valientes marineros contra una gran tempestad en el Mar del Norte.

La idea de nación de Herder era profundamente no agresiva. Todo lo que quería era la autodeterminación cultural. Negaba la superioridad de un pueblo sobre otro. Cualquiera que proclamara eso estaba diciendo algo falso. Herder creía en una variedad de culturas nacionales y, en su visión, todas ellas podrían coexistir pacíficamente. Cada cultura tenía igual valor y merecía su lugar bajo el sol. Los malos de la historia, para Herder, eran los grandes conquistadores como Alejandro el Grande, César o Carlomagno, porque acabaron con las culturas nativas. El no vivió para ver todos los efectos de las victorias de Napoleón, pero por el hecho de haber socavado el dominio del Sacro Imperio Romano, le habría perdonado.

Sólo lo que era único tenía verdadero valor. Esta es la razón por la que Herder también se oponía al universalismo francés de la Ilustración. Para él había pocas verdades eternas: tiempo y lugar, y vida social —lo que vino a llamarse sociedad civil— lo eran todo.

– Naturalmente, el *volksgeist* de Herder se transformó en el Tercer Reich. Y hoy, el *volksgeist* serbio está en guerra con el croata, los armenios y azeríes llevan ya tiempo en ello, y entre los georgianos y los rusos —e incluso entre los ucranianos y los rusos— existen avivadas pasiones. ¿Qué transforma las aspiraciones de autodeterminación cultural en agresión nacionalista?

– He escrito en algún otro lado que un *volksgeist* herido, por decirlo así, es como una rama obligada a doblarse tan rígidamente que, cuando es liberada, golpea hacia atrás con furia. El nacionalismo, al menos en Occidente, es creado por las heridas infligidas por las tensiones. Respecto a los europeos del Este y del antiguo Imperio Soviético, hoy parecen ser una vasta herida abierta. Después de años de opresión y humillación, es probable que se produzca una violenta reacción de signo contrario, un arrebató de orgullo nacional, a menudo como autoafirmación agresiva, por parte de las naciones liberadas y de sus líderes.

Aunque no estoy autorizado para decir ésto a los historiadores alemanes, creo que Luis XIV fue el principal responsable de los comienzos del nacionalismo alemán en el siglo XVII. Mientras el resto de Europa —Italia, Inglaterra, España, los Países Bajos y, sobre todo, Francia— experimentaba un magnífico renacimiento en arte y pensamiento, poder político y militar, Alemania, después de la época de Dürer, Grünewald y Altdörfer, se volvió, con la excepción de la arquitectura, un lugar relativamente atrasado. Los franceses tendieron a ver despectivamente a los alemanes como provincianos, simples, algo cómicos, paletos bebedores de cerveza, con educación pero sin talento.

Al principio, naturalmente, se imitaba mucho a los franceses, pero más tarde, como siempre, hubo una reacción. Algunos devotos predicadores alemanes plantearon: “¿Por qué no ser nosotros mismos? ¿Por qué imitar a extranjeros? Dejemos que los franceses tengan sus cortes reales, sus salones, sus abates mundanos, sus soldados, sus poetas, sus pintores, su gloria vacía. Es todo escoria. Lo único que importa es la relación de un hombre con su propia alma, con Dios, con los valores verdaderos que son los del espíritu, la vida interior y la verdad cristiana”.

Herder creía en una variedad de culturas nacionales y, en su visión, todas ellas podrían coexistir pacíficamente.

Hacia la década de 1670, este movimiento de reacción pietista-nacional estaba en marcha; era la corriente espiritual en la cual Kant, Herder, Hamman y los sabios del este de Prusia crecieron. Esta francofobia clerical impulsada, sin duda, por el anti-romanismo, se parece mucho a una ostentosa forma de decir: ¡están verdes! Es entonces cuando la agresividad nacionalista comienza. Alrededor de 1720, Thomasius, un pensador alemán de segunda fila, se atrevió a impartir clases en la universidad en su propia lengua, en alemán en vez de latín. Esto fue visto como un cambio de orientación fundamental.

Las consecuencias correspondientes a las humillaciones alemanas más profundas —desde las guerras napoleónicas al Tratado de Versalles— son de sobra evidentes.

Hoy los georgianos, armenios y demás, están intentando recuperar sus pasados sumergidos, relegados por el descomunal poder imperial ruso. Perseguida bajo Stalin, la literatura armenia y georgiana sobrevivió: Isakian y Yashvili fueron poetas con talento; las traducciones de Pasternak, Vaz, Pshavela y Tabidze son una lectura maravillosa, pero cuando Ribbentrop fue a ver a Stalin en 1936 se presentó con una traducción alemana de la epopeya georgiana del siglo XII *El Caballero en la Piel de Tigre*, de Rustaveli. ¿Quién, en Occidente, conocía obras maestras posteriores?

Antes o después, la sacudida hacia atrás llega con fuerza incontenible. La gente se cansa de ser despreciada, dirigida por una nación superior, una clase superior o cualquier superior. Antes o después plantean las cuestiones nacionalistas: “¿Por qué tenemos que obedecerles? ¿Qué derecho tienen? ¿Qué pasa con nosotros? ¿Por qué no podemos...?”.

– Puede que, finalmente, la rebelión de todas esas ramas dobladas haya derrocado el orden ideológico mundial. La explosión del sistema soviético puede ser el último acto de deconstrucción de los ideales ilustrados de unidad, universalidad y racionalismo liberal. Ahora todo esto se ha acabado.

– Creo que es verdad. Y Rusia es un lugar apropiado para mostrar las equivocaciones de *les lumières*.³ La mayoría de los rusos occidentalizados que siguieron a los filósofos franceses del siglo XVIII los admiraron porque se resistieron frente a la Iglesia, frente a las tendencias reaccionarias, frente al destino. Voltaire y Rousseau fueron héroes porque se comprometieron con la razón y el derecho a la libertad frente a la reacción.

Pero incluso el escritor radical Alexander Herzen, mi héroe, nunca aceptó, por ejemplo, las afirmaciones de Condorcet sobre verdades cognoscibles y eternas. El pensó que la idea de progreso continuo era una ilusión y protestó contra las nuevas idolatrías, el sustituto del sacrificio humano —el sacrificio de seres vivos en nuevos altares—, abstracciones como la clase universal, o el partido infalible, o la marcha de la historia: la victimización del presente en beneficio de un futuro desconocido, que conduciría a alguna solución armoniosa.

Herzen vio con gran desconfianza cualquier dedicación a la unión y a la universalidad abstractas. Para él, Inglaterra era Inglaterra, Francia era Francia, Rusia

³ N. de la T.: En francés en el original.

era Rusia. Las diferencias ni podrían ni deberían ser aplastadas. Los fines de la vida eran la vida en sí misma. Para Herzen, como para Herder y el filósofo italiano del siglo XVIII Giambattista Vico, las culturas son incommensurables. De ésto se deriva, aunque ellos no lo especificaron, el que la persecución de la armonía total o el estado perfecto es una falacia, a veces fatal.

Naturalmente, nadie creyó en la universalidad más que los marxistas: Lenin, Trotsky y demás triunfadores se vieron a sí mismos como discípulos de los pensadores ilustrados, corregidos y actualizados por Marx.

Si alguien fuera a defender el historial general del comunismo, algo que ni usted ni yo estaríamos particularmente deseosos de realizar, lo tendría que hacer sobre la base de que Stalin pudo haber matado a 40 millones de personas, pero al menos contuvo el nacionalismo y previno que la babel étnica hiciera valer anárquicamente sus ambiciones. Naturalmente, Stalin lo reprimió, como a todo lo demás, pero no lo mató. Tan pronto como la losa fue apartada de la tumba, el nacionalismo se alzó de nuevo con su venganza.

La persecución de la armonía total o el estado perfecto es una falacia, a veces fatal.

– Herder fue un crítico “horizontal”, si usted quiere, de la Ilustración francesa porque creía en la singularidad de todas las culturas. Giambattista Vico también se opuso a la idea ilustrada de la universalidad desde una perspectiva “vertical” o histórica. Como usted ha escrito, creía que cada cultura sucesiva era inconmensurable respecto de las otras.

– Ambos rechazaron la idea de la Ilustración de que el hombre, en todo tiempo y en todo lugar, tenía valores idénticos. Para ellos, como para mí, la pluralidad de culturas es irreductible.

– La desintegración final del totalitarismo comunista, una criatura del ideal de universalidad, ¿sugiere, desde su perspectiva, que estamos en los años finales del último siglo moderno?

– Casi lo admito. El ideal de universalidad, tan profundamente pervertido que hubiera horrorizado absolutamente a los filósofos del XVIII que lo expusieron, de alguna forma sigue viviendo manifiestamente en las remotas extensiones de influencia europea: China, Vietnam, Corea del Norte, Cuba.

– Sólo cabe imaginar qué diferente hubiera resultado ser el siglo XX si hubieran prevalecido Vico y Herder en vez de los filósofos franceses, o Hegel, o Marx, si el alma local no hubiera sido rebasada por el alma mundial. Podríamos haber tenido un siglo de pluralismo cultural en vez de totalitarismo.

– ¿Cómo podría haber sucedido eso? El universalismo en el siglo XVIII era la doctrina de la nación que estaba en cabeza, Francia. Por ello todo el mundo trataba de emular su brillante cultura.

Pero quizás lo que dominó todo el pensamiento fue mucho más el desarrollo de las ciencias naturales, con su énfasis en las leyes universales, en la naturaleza como un organismo o una máquina, y la imitación de los métodos científicos en otros ámbitos. Alimentados por esas ideas, la explosión de tecnología y el desarrollo económico del XIX aislaron la corriente intelectual derivada de estos pensadores no cuantitativos –realmente, cualitativos– como Vico y Herder.

El carácter de esa época se ejemplifica en una historia contada en uno de los libros de Jacob Talmon. Escribe acerca de dos profesores checos que hablan entre sí hacia principios de 1800. "Somos probablemente las últimas personas en el mundo que hablen checo", se decían el uno al otro, "nuestro lenguaje toca a su fin. Inevitablemente, aquí, en Centroeuropa, y probablemente en los Balcanes, todos hablaremos alemán. Somos los últimos supervivientes de nuestra cultura nativa". Naturalmente, este tipo de supervivientes lleva hoy las riendas en muchos países.

– Entonces ¿es una cosa buena la balcanización, incluso la de los Balcanes?

– La balcanización significa muchas naciones pequeñas llenas de orgullo nacional, odios y celos incitados por demagogos, arremetiéndose recíprocamente como lo hicieron en los Balcanes hacia 1912. Es una perspectiva muy poco prometedora.

Herder creía, quizás con demasiada ingenuidad, que la sociedad podría desarrollarse pacíficamente y de forma no violenta según sus propias directrices internas, ni celosa ni hostil hacia otras que hacen lo mismo, por el contrario, positivamente predisuestas entre sí. Este era también el credo del gran patriota del XIX Giuseppe Mazzini.

– ¿Son quizás demasiado profundas las heridas de la humillación totalitaria para permitir una visión tan benigna?

– Václav Havel le diría que los checos no tienen intenciones agresivas. El es exactamente el tipo de liberal cultural que fue toda su honorable vida Thomas Masaryk, el fundador de la moderna Checoslovaquia (llamada ahora, tengo entendido, las Repúblicas Federales Checa y Eslovaca). Estoy seguro de que a Adam Michnik o Bronislaw Geremek les hubiera gustado que eso fuera cierto respecto de Polonia. Debería creerlo de Lech Walesa y Boris Yeltsin. Pero no hay duda de que la posibilidad, desgraciadamente, incluso la probabilidad, de un conflicto étnico en esa parte del mundo es grande.

– ¿Qué estructura política tendría posibilidad de alojar en su seno esta nueva era de autodeterminación cultural, preservar la libertad y quizás frenar algunos de los inminentes derramamientos de sangre?

– La cuestión que se plantea hoy, precisamente, es la autodeterminación cultural sin una estructura política, y no solamente en el Este. España tiene a los vascos y catalanes; Gran Bretaña, Irlanda del Norte; Canadá a los quebequeses; Bélgica a los flamencos; Israel a los árabes, y así sucesivamente. En el pasado, ¿quién habría soñado con un nacionalismo bretón o un partido nacionalista escocés?

Los idealistas como Herder, evidentemente, no tuvieron en cuenta este problema. El odiaba el Imperio Austro-Húngaro por unir políticamente elementos incompatibles.

En el Este de Europa parecen realmente aborrecerse unos a otros. Los rumanos odian a los húngaros y éstos, durante años, han tenido aversión a los checos,

pero de un modo como los bretones no podrían odiar a los franceses. Es un fenómeno de distinto tipo. En Occidente solamente son así los irlandeses.

Sólo en Estados Unidos diversos grupos étnicos han mantenido en todo caso alguna parte de sus propias culturas originales sin que esto parezca importarles a nadie. Los italianos, los polacos, los judíos, los coreanos tienen sus propios periódicos, libros y, según me han dicho, sus programas de televisión.

– A lo mejor cuando los inmigrantes abandonan su tierra dejan atrás también el lado apasionado de su *volkgeist*. Sin embargo, incluso en Estados Unidos, en el mundo académico ha surgido un nuevo movimiento multicultural que busca enfatizar, no lo que es común, sino lo que no está en el *curriculum*.

– Sí, lo se. Estudios sobre cultura negra, puertorriqueña, etc. Supongo que ésta es también la reacción de la rama doblada de las minorías que se sienten en desventaja en el contexto de la polietnicidad norteamericana. Pero creo que la cultura común que tan profundamente necesitan todas las sociedades sólo puede ser alterada por algo más que un grado moderado de autoafirmación por parte de grupos étnicos y otras minorías conscientes de poseer una identidad común. La polietnicidad no era la idea de Herder. El no recomendó a los alemanes aprender holandés ni a los estudiantes alemanes estudiar la cultura portuguesa.

Para Herder no hay nada en relación con la raza o la sangre. Solamente habló acerca de la tierra, el lenguaje, la memoria colectiva y las costumbres. Como me dijo una vez un amigo montenegrino, su planteamiento principal no es que la soledad sea tanto la ausencia de otros como, mucho más, la cuestión de vivir entre gente que no entiende lo que dices; sólo pueden entender de verdad si pertenecen a una comunidad en la que la comunicación se realiza sin esfuerzo, casi instintivamente.

Creo que Herder habría contemplado severamente la fricción cultural generada en Viena, donde muchas nacionalidades eran metidas a la fuerza en el mismo escaso espacio. Esto produjo hombres de genio, pero buena parte de ellos con un profundo rasgo neurótico; sólo hay que pensar en Gustav Mahler, Ludwig Wittgenstein, Karl Kraus, Arnold Schoenberg, Stefan Zweig y en el nacimiento del psicoanálisis en esta sociedad, en gran parte judía, especialmente indefensa.

Toda esa tremenda colisión de culturas no muy compatibles –eslavos, italianos, alemanes y judíos– liberó una gran cantidad de creatividad. Fue una expresión cultural de distinto tipo a la de una Viena anterior, la de Mozart, Hayden o Schubert.

– Intentando resolver el problema de los separatistas quebequeses, Pierre Trudeau a menudo invocaba a Lord Acton. Creía que allí donde las fronteras políticas coincidían con las étnicas, el *chauvinismo*, la xenofobia y el racismo amenazaban inevitablemente a la libertad. Sólo los derechos constitucionales individuales –derechos ciudadanos iguales para todos sin tener en cuenta su etnicidad– en una república federal podrían proteger a minorías e individuos. Trudeau citaba a Acton, quien afirmaba: “La teoría de la nacionalidad es un paso hacia atrás en la historia”.

Durante mi vida han ocurrido más cosas horribles que en cualquier otra época histórica. Peor incluso, sospecho, que los días de los hunos.

– Lord Acton fue una figura noble y estoy de acuerdo con él. Sin embargo, tenemos que admitir que a pesar de los esfuerzos de Trudeau, los quebequeses todavía están buscando la independencia.

A gran escala hay que considerar que, a pesar de los monopolios de poder y autoridad reales y clericales, la Edad Media fue, de algún modo, más civilizada que el profundamente agitado siglo XIX, y que, peor aún, nuestro terrible siglo, con su violencia generalizada, su *chauvinismo* y, al final, la destrucción de masas en holocaustos raciales o, como el de Stalin, de tipo político. Naturalmente, en la Edad Media hubo fricciones étnicas y persecuciones de judíos y herejes, pero el nacionalismo como tal no existía. Las guerras eran dinásticas. Lo que había era una Iglesia universal y un lenguaje latino común.

No podemos hacer retroceder a la historia. Pero no quiero dejar de creer que no es un sueño utópico un mundo que es un manto multicolor razonablemente pacífico, cada una de cuyas partes desarrolla su propia identidad cultural distintiva y es tolerante con las otras.

– Sin embargo, ¿de qué hilo común puede estar tejido ese manto? En un universo de mundos culturales autónomos, cada uno en su propia órbita, ¿dónde está el sol que impide a los diferentes planetas salirse de su órbita y chocar con los demás?

– Eso podría conducir de nuevo al imperialismo cultural. En el universo de Herder no necesitabas un sol. Sus culturas no eran planetas sino estrellas que no colisionaban. Reconozco que, al final del siglo XX, hay poca evidencia histórica sobre la posibilidad de realización de una visión semejante.

Con 82 años, he vivido durante prácticamente todo el siglo, el peor que jamás ha tenido Europa. Durante mi vida han ocurrido más cosas horribles que en cualquier otra época histórica. Peor incluso, sospecho, que los días de los hunos.

Sólo cabe esperar que, después de que los diferentes pueblos se agoten con la lucha, la marea sangrienta se apacigüe. A menos que sea posible aplicar torniquetes para detener las hemorragias y vendar las heridas de manera que puedan cicatrizar lentamente, aunque dejen marcas, vamos a continuar pasando una muy mala época.

Las únicas naciones acerca de las cuales no es necesario preocuparse son las satisfechas, no heridas o ya curadas, como las democracias liberales de América del Norte, Europa Occidental, Australia, Nueva Zelanda y, se espera, Japón.

– Quizás los dos futuros vivirán juntos pero desconectados. Una civilización de la tierra, por decirlo así, y una civilización satélite. En lugar de una fragmentación violenta de naciones, las satisfechas llegarán a ser, al fin y al cabo, un pequeño mundo con las pasiones de la sangre y la tierra agotadas por el consumismo homogeneizante y los espectáculos de masas. ¿Es ese, tal vez, el precio de la integración pacífica? Como ha escrito recientemente Milan Kundera, las culturas frívolas son antropológicamente incapaces de luchar. Pero también de producir Picassos.

– En relación con eso, no pienso que sólo puedan crear genios los sucesos trágicos y las heridas. En Europa Central, Kafka y Rilke sí las soportaron, pero ni

Racine, ni Molière, ni Pushkin, ni Turgenev –a diferencia de Dostoievsky– sufrieron heridas espirituales profundas. Y Goethe parece completamente libre de ellas. El destino de los poetas rusos de nuestro siglo es otra historia más deprimente.

Sin duda, la uniformidad podría incrementarse bajo la presión de la tecnología, como ya está sucediendo con la americanización de Europa. Algunas personas odian ésto, pero, claramente, no puede ser detenido.

Como ya hemos comentado, es posible, como en el Imperio Austro-Húngaro, tener uniformidad política y económica pero con variedad cultural. Esto es lo que en último término imagino, un grado de uniformidad en las naciones satisfechas combinado con un placentero grado de variedad pacífica en el resto del mundo. Reconozco que la tendencia actual sigue una dirección opuesta: la de la autoafirmación acerba, a veces agresiva, de algunos grupos humanos muy poco importantes.

– ¿Qué le parece la aparición de una nueva serie de valores comunes –derechos ecológicos y derechos humanos– capaces en cierta medida de unir todas estas culturas en erupción sin obstaculizar su estilo?

– Por el momento no parece que se hayan aceptado unos valores mínimos capaces de mantener el mundo en orden. Esperemos que un día se produzca la aceptación de un mínimo de valores comunes como los que usted ha mencionado. Si no, estaremos destinados a sucumbir. A no ser que haya un mínimo de valores compartido que pueda preservar la paz, ninguna sociedad decente puede sobrevivir.

– En lo que a usted se refiere ¿no incluye en el programa el sueño liberal del cosmopolitismo, ni siquiera en el mundo satisfecho?

– Igual que Herder, veo el cosmopolitismo como algo vacío. La gente no puede desarrollarse sin pertenecer a una cultura. Incluso si se rebelan contra ella y la transforman totalmente, todavía pertenecen a una corriente de la tradición. Aunque se pueden crear nuevas corrientes –como en Occidente la cristiandad, o Lutero, o el Renacimiento, o el movimiento romántico– al final provienen del mismo río, una tradición central que les sirve de base, la cual sobrevive a veces en formas radicalmente alteradas.

Pero si las corrientes se secan completamente, como, por ejemplo, cuando los hombres y mujeres no son producto de una cultura, cuando no tienen parientes, ni amigos, y no se sienten más cerca de unas personas que de otras, cuando no hay una lengua nativa; este hecho llevaría a una tremenda desecación de todo lo que es humano.

– Entonces, para usted, Vico y Herder, los apóstoles del pluralismo cultural, ¿son los filósofos del futuro?

– Sí, en el sentido de que en alguna medida todos estamos afectados por una variedad de valores. Desde los griegos y los hebreos hasta la Edad Media cristiana, el Renacimiento y la Ilustración de los siglos XVIII y XIX, la unidad era la gran virtud. Verdad no hay más que una.

La variedad es una virtud nueva, dada a conocer por el movimiento romántico, del que Vico y Herder, a quienes veo como los profetas de esa variedad, fueron

La gente tarde o temprano debe rebelarse contra la uniformidad y las tentativas de imponer soluciones globales de cualquier tipo.

una parte importante. Después de éso, la variedad, el pluralismo –que implica la posibilidad de que haya muchos ideales incompatibles que atraigan la devoción humana–, la sinceridad –no conduciendo necesariamente a la verdad o a la bondad–, se ven como virtudes. Una vez que el pluralismo de formas de vida es aceptado y puede haber una estima mutua entre perspectivas diferentes e incombina- bles, es difícil suponer que todo esto pueda ser aplastado –*gleichgeschaltet*– por una abrumadora y gigantesca bota.

En lo que a esto se refiere, permítame hacer una profecía para el siglo XXI. El *Mundo Feliz* de Aldous Huxley –una perspectiva menos dramática pero en cierto modo más insidiosa que la de *1984* de Orwell– podría quizás ser establecido al final del milenio, en parte como respuesta irresistible a una violencia étnica y a una rivalidad nacionalista inacabables. En ese sistema todo el mundo estaría vestido y alimentado. Todos vivirían bajo un techo, siguiendo un único modelo de existencia. Pero tarde o temprano alguien se rebelará, alguien pedirá un espacio propio. La gente no sólo se alzaría contra el totalitarismo sino también contra un sistema bienintencionado, benigno y omnicompreensivo.

El primer terrible individuo que se desmande será quemado vivo. Pero otros alborotadores le seguirán. Si hay algo de lo que estoy seguro, después de haber vivido tanto, es de que la gente tarde o temprano debe rebelarse contra la uniformidad y las tentativas de imponer soluciones globales de cualquier tipo.

La Reforma fue una rebelión de este tipo contra las pretensiones de una autoridad universal. La dominación de los vastos territorios del Imperio Romano se derrumbó a su debido tiempo. Lo mismo el Imperio Austro-Húngaro, el ocaso del Imperio Británico y ahora el Imperio Soviético.

Hay un cuento ruso acerca de un sultán que decidió castigar a una de sus mujeres por un delito y ordenó que la encerraran con su hijo en un tonel. El sultán los dejó flotando en el mar para que murieran. Después de varios días el hijo le dijo a la madre: “No puedo soportar estar tan apretado. Quiero estirarme”. “No puedes –respondió ella– Echarías la tapa al agua y nos ahogáramos”. Algunos días más tarde, el hijo protestó otra vez: “Necesito espacio”. La madre contestó: “Por amor de Dios no lo hagas, nos ahogaremos”. A lo que el hijo respondió diciendo: “Así sea, necesito estirarme sólo una vez y, entonces, que pase lo que tenga que pasar”. El obtuvo su momento de libertad y murió.

El radical ruso Herzen aplicó ésto brillantemente a la condición del pueblo ruso. Estaban destinados, tarde o temprano, a ponerse en camino hacia la libertad, no importándoles lo que viniese después.

– En la época de Herder podríamos haber sido incapaces de comprender la maestría de una saga escandinava sin vivir una tempestad en el Mar del Norte, pero ahora, a través de la MTV, los jóvenes desde Hong Kong a Moscú y Los Angeles pueden compartir la misma sensación de ver un concierto de Madonna. En una época como ésta ¿qué significado puede tener la autodeterminación cultural?

– El mismo. Las diferencias del pasado han producido efectos: la óptica a través de la cual los jóvenes de Bangkok y Valparaíso ven a Madonna no es la misma. Se dice que los numerosos lenguajes de las islas de Polinesia y Micronesia

son totalmente distintos unos de otros; también es cierto respecto a los del Caúcaso. Si piensa que todo esto algún día dará paso a un lenguaje universal –no solamente con propósitos culturales, o por política, o por negocios, sino como expresión de matices emocionales, para expresar las vidas interiores– entonces supongo que podría suceder lo que usted sugiere: pero no sería una cultura universal sino la muerte de la cultura. Estoy contento de ser tan viejo.

Bosnia: después del ultimátum	63
La cuestión de los refugiados y el intervencionismo humanitario	69
Chiapas: el regreso de Zapata en tiempos del NAFTA	73
El guardián de la no proliferación nuclear	79

MARIANO AGUIRRE Y PEDRO SAEZ

Bosnia: después del ultimátum

El ultimátum llevado a cabo por la OTAN bajo mando de la ONU ha generado una dinámica de negociaciones en parte de la antigua Yugoslavia. Esta medida, peligrosa y tardía, ha tenido un efecto beneficioso en el corto plazo, en especial para los habitantes de ciudades como Sarajevo o Tulza, pero la comunidad internacional deberá llevar a cabo una política comprometida para preservar que la guerra no estalle nuevamente, a la vez que los conflictos de fondo que condujeron a la guerra entre serbios y croatas y a la de Bosnia no están solucionados.

A fines de 1993 Bosnia y Croacia mantenían una frágil alianza –al tiempo que ambas partes combatían en la Krajina– y se realizaban fuertes bombardeos sobre Sarajevo y otras ciudades. Mientras tanto, el gobierno bosnio de esta ciudad no sólo no se rendía sino que retomaba la iniciativa militar –que ya había comenzado en mayo y junio en Travnik y Vitez con especial ferocidad–¹ contra las fuerzas croatas, el eslabón más débil de sus enemigos. Esto causó desconcierto en los gobiernos de Washington, París y Londres, que implícitamente estaban apostando por una aceptación de la derrota por parte del gobierno de Izetbegovic. A principios de enero de 1994 la OTAN celebró una reunión de sus miembros a nivel presidencial para presentar la oferta de una Asociación para la Paz, o vinculación limitada, a Europa Oriental.² Bosnia quedó situada como un tema esencial a discutir.

Los aliados europeos volvieron a manifestar entonces al Presidente Bill Clinton la necesidad de un compromiso de EE UU que se manifestase con tropas en el terreno. Francia, en particular, se mostró muy crítica de la política de Washington y empezó a pujar en favor de medidas más contundentes. El Presidente norte-

Pedro Sáez es profesor de Historia e investigador del CIP. Mariano Aguirre coordina el área de Paz del CIP, y es director adjunto del Transnational Institute, de Amsterdam. Este texto es un fragmento del capítulo sobre Bosnia incluido en el *Anuario del CIP 1993-1994*, Icaria/CIP, Barcelona, 1993.

¹ Micha Glenny en *The Fall of Yugoslavia*, Penguin, Londres, 1993, denuncia (p.231) la brutalidad de los ataques musulmanes y argumenta en contra de levantar el embargo ya que las víctimas realizarían nuevas matanzas como actos de venganza.

² Ver Mariano Aguirre, "Europa Oriental y la OTAN: un debate por el camino incorrecto", en *Anuario del CIP 1993-1994*, Icaria/CIP, Barcelona, 1994.

americano replanteó su propuesta de un año antes: amenazar a Serbia con bombardeos selectivos y levantar el embargo, pero esta vez como una política de la OTAN con mandato de la ONU.³ Francia y Gran Bretaña continuaron negándose, argumentando que sus fuerzas de UNPROFOR correrían peligro. Esta posición fue compartida por el Gobierno español. A la vez, Gran Bretaña y España empezaron a manifestar su intención de retirar sus fuerzas de Bosnia después del invierno en caso de que no se llegase a un acuerdo de paz. El razonamiento era que una buena parte de la ayuda humanitaria no llegaba a sus destinatarios debido a los saqueos y pagos en especies que UNPROFOR debía realizar. También se argumentó que otros países (con especial referencia a EE UU) debían colaborar en esta difícil tarea.⁴

El acontecimiento que desbloqueó la situación ocurrió el 5 de febrero de 1994. Ese día, un ataque de mortero provocó 68 muertes e hirió a cientos de personas, entre las que acudían a comprar o a intercambiar algo en un mercado de Sarajevo. Se abrió una investigación sobre el origen del disparo, pero la presión de la opinión pública occidental y de países como Francia y EE UU ya era difícil de controlar: era preciso dar una respuesta. El portavoz del canciller alemán, Helmut Khol declaró que "el uso de medidas militares selectivas como las que la OTAN ofreció a la ONU el 9 de agosto de 1993 no debe ser descartado", y París retomó la idea de un ultimátum y comenzó a apoyar la idea de los bombardeos. El primer ministro británico, John Major, fue convencido por Clinton sobre la necesidad de hacer algo y que Londres lo apoyase en nombre de la cohesión de la Alianza Atlántica.⁵ El Gobierno español empezó a contemplar la idea de que se realizasen los bombardeos aunque sin participar en ellos.

³ El plan de EE UU sigue los lineamientos del senador Joseph R. Biden Jr., presidente del Subcomité sobre Asuntos Europeos. A su regreso, en abril de 1993, de la antigua Yugoslavia, Biden Jr. propuso, en contra de la línea de Vance-Owen, redefinir el conflicto, dejando de denominarle "guerra civil" para llamarlo "agresión internacional". Solicitó que no se buscara la colaboración sino "la aprobación" de Rusia a una política de fuerza hacia Belgrado, y también: usar la fuerza aérea occidental como apoyo para hacer llegar la ayuda humanitaria; imponer un ultimátum a Serbia para que retire sus armas pesadas; fortalecer la UNPROFOR; requerir la cooperación del régimen croata; presionar para levantar el embargo de armas a Bosnia; circunscribir el embargo a Serbia y Montenegro; llevar adelante un plan amplio para aislar y debilitar Milosevic; y desplegar una fuerza multilateral de la ONU en Macedonia con el fin de estabilizar en el largo plazo los Balcanes. *To Stand Against Aggression: Milosevic, The Bosnian Republic and the Conscience of the West*, Report by Senator Joseph R. Biden, Jr., Committee on Foreign Relations, US Senate, 19 de abril, 1993.

⁴ EE UU tiene, en realidad, en la antigua Yugoslavia alrededor de 2000 efectivos asignados para tareas técnicas (médicas, de apoyo, y de inteligencia, entre otras), que incluyen agentes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y de las fuerzas armadas. Una parte de ellos operan en Bosnia. Fuente: Carol J. Williams, "U.S. Military Presence in Bosnia Seen on Rise", *Los Angeles Times*, 8 de marzo, 1993.

⁵ "Paris Seeks NATO Ultimatum: Lift Siege or Face Air Strikes", *International Herald Tribune*, 7 de febrero, 1994.

Cinco días después, la OTAN exigió a los bosnios serbios que retirasen sus armas pesadas más allá de 20 kilómetros de Sarajevo o las pusiesen bajo control de la ONU en un plazo de diez días. También consideró que levantar el cerco a Sarajevo sería un primer paso para poner a esta ciudad bajo "administración de la ONU, en conformidad con el Plan de Acción de la Unión Europea (22 de noviembre de 1993)".⁶ De esta forma se presentó la amenaza más seria de intervención militar exterior desde que se iniciase la guerra en Bosnia 22 meses antes.⁷

Se estableció entonces una *cadena de mando* entre la OTAN y la ONU que sentó un precedente para otras acciones similares que puedan realizarse en el futuro. En el caso de que los bosnios serbios no cumplieren la exigencia de retirar las armas, el teniente general Sir Michael Rose, comandante de la fuerzas de la ONU en Bosnia, pasaría la información al general Jean Cot, comandante de UNPROFOR para la antigua Yugoslavia. Este informaría a Yasushi Akashi, representante especial de la ONU en la antigua Yugoslavia, quien tenía el poder (consultando *no obligatoriamente* con Boutros Boutros-Ghali) para autorizar ataques aéreos y dar permiso a Cot para contactar con la OTAN. Cot, entonces, contactaría con el almirante Jeremy Borda, comandante de la OTAN para las fuerzas del flanco sur de la OTAN.⁸

El ultimátum acarreó consecuencias relevantes. La primera, que se produjo un alto el fuego parcial en Bosnia, especialmente notable en Sarajevo, aunque la población sigue sometida al cerco serbio. Segunda, que EE UU pasó a ser el principal mediador en un acuerdo entre Bosnia y Croacia. Tercera, que Rusia también pasó a la primera línea diplomática en el conflicto al desempeñar el papel de valedora y apoyo de los serbios bosnios y de Serbia. Y, cuarta, que el acuerdo entre los gobiernos de Bosnia y Croacia podría ser el principio del fin de la guerra.

Los rusos en el Adriático

Por otra parte, se produjo un giro importante en las relaciones entre Rusia y EE UU. Por una parte, Washington y Moscú han colaborado directamente en convencer al Gobierno bosnio y a Serbia que acepten negociar y que respeten el ultimátum y el alto el fuego, respectivamente. Por otra, la presencia de estos países apoyando a sus aliados o protegidos ha traído recuerdos de la Guerra Fría. La relación, en realidad, sería de cooperación y tensión en el corto plazo, y EE UU podría haber decidido mantener una presencia militar y una influencia en los Balcanes, para evitar la influencia de una Rusia inestable y potencialmente autoritaria y neoimperialista. "Los errores de Occidente han logrado que los rusos lleguen ahora hasta el Adriático, algo que la OTAN estuvo evitando durante cuarenta años de Guerra Fría", dice el profesor Johan Galtung.⁹ Un problema delicado es que

Se estableció entonces una cadena de mando entre la OTAN y la ONU que sentó un precedente para otras acciones similares que puedan realizarse en el futuro.

⁶ Comunicado de la ONU en *Financial Times*, 11 de febrero, 1993, p.2.

⁷ Un excelente resumen del contexto del ultimátum en David Fairhall e Ian Black, "El ultimátum: quién, cuándo y por qué", *El Mundo*, 18 de febrero, 1993.

⁸ Peter Pringle, "Allies Weigh Politics of Air Strikes", *The Independent*, 16 de febrero, 1993.

⁹ Entrevista con Mariano Aguirre, 21 de marzo, 1994.

una vez que la OTAN comprometió su prestigio en proteger a Sarajevo y a otras ciudades, y que Rusia les apoya, una violación flagrante de los serbios podría suponer un conflicto entre Washington (y los aliados de la OTAN) y Moscú.¹⁰

La protección de Sarajevo fue paradójicamente la confirmación de que si Serbia no había ganado la guerra por lo menos ha conseguido una buena parte de territorio. Al brindar seguridad a Sarajevo, la OTAN, y en particular los gobiernos de EE UU, Francia y Gran Bretaña, han conseguido también la legitimidad para imponer al Gobierno bosnio que acepte una negociación que implica la partición del territorio.

A partir de Sarajevo se abre un proceso que podría llevar a cierto grado de paz en Bosnia.¹¹ Los primeros objetivos de la ONU son acabar con el sitio de Sarajevo y lograr lo mismo con Srebrenica, Zepa, Gorazde, y Tuzla. Al mismo tiempo, presionar a Croacia para que retire sus tropas de Mostar, y lograr que Rusia convenga a Serbia de que debe negociar un acuerdo de paz.¹² El general Rose pidió el 3 de marzo a la comunidad internacional más fuerzas para la tregua, y extenderla a otras zonas, a la vez que iniciar la reconstrucción protegida de Sarajevo; pero, una vez más, la respuesta ha sido tímida (España prometió a regañadientes alrededor de 150 efectivos más).

Negociaciones bosnio-croatas

A fines de febrero de 1994 Washington impulsó una negociación entre Croacia y Bosnia –al parecer impuso las condiciones al Presidente Franjo Tudjman a la vez que le ofreció ayuda económica y el ingreso en la Asociación para la Paz con la OTAN–, mientras que mantuvo una línea dura de presión sobre Serbia, llegando la fuerza aérea de la OTAN a derribar aviones de este origen que violaron la zona de exclusión aérea el 28 de ese mes. Los bosnios serbios, entre tanto, reanudaron su "limpieza étnica" en Banja Luka. La intención era ganar o retener territorio como un hecho ya consumado. Inclusive intentarían que Sarajevo quedase dividida. La presencia de 400 efectivos rusos como cascos azules estaría, en parte, orientada a garantizar que Grbavica, zona serbia de Sarajevo, sería asignada a los aliados de Moscú.¹³

Las negociaciones entre el Gobierno bosnio y el croata condujeron a un acuerdo el 18 de marzo a través del cual se creó una estructura federal entre las comunidades croatas y musulmanas de Bosnia-Herzegovina. A la vez, se firmó un

¹⁰ Parte de esta idea está desarrollada por Misha Glenny, "NATO Air Strikes Would Stoke the War and Affront Russia", *International Herald Tribune*, 19 de febrero, 1993.

¹¹ Alberto Piris, "¿Y después de Sarajevo?", *El Periódico de Catalunya*, (Barcelona), 22 de febrero, 1994.

¹² Robert Mauthner y Judy Dempsey, "Chance for Life in the Dead Zone", *Financial Times*, 19 de febrero, 1993.

¹³ David Rieff, "Bosnia: A Fid Leaf for Western Failure", *International Herald Tribune*, 26 de febrero, 1993.

acuerdo de principios para crear una confederación entre esa entidad y Croacia. La federación tendrá un gobierno central y un cuerpo legislativo con dos cámaras. La Cámara de Representantes será elegida democráticamente sobre una base proporcional, mientras que la denominada Cámara Popular tendrá un número igual de croatas y bosnios. El cuerpo legislativo podrá elegir a un presidente y a un vicepresidente, pero cada uno de ellos provendrá de comunidades diferentes y ocuparán el cargo durante cuatro años, alternándose anualmente. En el gobierno, por otra parte, ningún vicepresidente podrá pertenecer a la misma etnia que el primer ministro. La Federación constituirá una confederación con Croacia, pero este último país no cambiará sus fronteras. Se edificará a través de un mercado común, libre movimiento de bienes y mercancías, la unidad monetaria y acuerdos de defensa. Un consejo federativo formado por bosnios croatas, croatas y musulmanes definirá estos acuerdos.

Aparte de las definiciones concretas de este acuerdo, quedan los problemas de los territorios conquistados por los serbios bosnios a los musulmanes en Bosnia oriental y los que Serbia conquistó a Croacia.¹⁴ Igualmente, resta por definir el problema de Krajina. EE UU y David Owen, que preside las negociaciones de paz en Ginebra, presionaban en marzo a Serbia para que aceptase negociar bajo la amenaza de quedar aislada del proceso y de que los territorios de Bosnia conquistados por los bosnios serbios fuesen declarados "ocupados". EE UU está en favor de permitir que los bosnios serbios controlen el 49% del territorio de Bosnia si aceptan un acuerdo de paz. Washington ofrece a Serbia, en ese caso, levantar las sanciones al tiempo que se propone armas a algunas de las partes par mantener el equilibrio.¹⁵

...

Tres años después que empezó la guerra en la antigua Yugoslavia han muerto más de 100.000 personas, otros 4.2 millones han sido desplazadas y se ha producido una destrucción sistemática de la infraestructura de una buena parte de la antigua federación. En Sarajevo murieron, desde el 6 de abril de 1992 hasta el 9 de febrero de 1994, 9.878 ciudadanos; de ellos, 1.593 niños. Decenas de miles están mutilados y la ciudad está en ruinas. El nivel de deterioro de la sociedad para alcanzar acuerdos democráticos y por consenso es inmenso: el hábito de la violencia y la venganza serán constantes más difíciles de reparar que los puentes, las fábricas o las escuelas y carreteras.

Ahora que asoma una posibilidad de que puedan frenarse los combates armados –aunque Serbia no ha aceptado firmar ningún acuerdo hasta el fin de marzo de 1994–, es necesario que la comunidad internacional se comprometa a controlar y verificar los acuerdos, y a colaborar económicamente para la recons-

En Sarajevo murieron, desde el 6 de abril de 1992 hasta el 9 de febrero de 1994, 9.878 ciudadanos; de ellos, 1.593 niños.

¹⁴ Judy Dempsey, "Bosnian Accord Could Destroy Itself", *Financial Times*, 3 de marzo, 1994.

¹⁵ "Clinton Seals Bosnia Peace Breakthrough", *The Guardian*, 19 de marzo, 1993.

trucción tras la guerra. A la vez, habría que hacer serios balances sobre lo que la UE y EE UU, la ONU y la CSCE, o más concretamente los estados con poder e influencia dentro de estas organizaciones, podrían haber hecho diplomáticamente en los inicios de este conflicto por la conquista de territorios en el marco de la ideología etniconacionalista. El ultimátum de la OTAN al servicio de la ONU tuvo sin duda éxito, pero fue tardío y peligroso, y deja en el aire el interrogante sobre por qué no se aplicó antes alguna medida de fuerza semejante, que podría haber evitado tanta muerte y destrucción.

20 de marzo, 1994

SADAKO OGATA

La cuestión de los refugiados y el intervencionismo humanitario

La guerra en Bosnia-Herzegovina es uno de los ejemplos más graves de la relación entre conflicto, intervención humanitaria y refugiados. La guerra es la causa principal de los desplazamientos forzados de poblaciones. La Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Refugiados realiza aquí, un discurso pronunciado en agosto de 1993 en Ginebra, una advertencia contra la tendencia de los estados a restringir el derecho de asilo y a desgastar normas jurídicas internacionales que tardaron siglos en ser elaboradas. La necesidad de proteger a los refugiados y víctimas de la guerra nunca fue tan imperativa como lo es ahora.

Doy mi más cordial bienvenida a la convocatoria de esta conferencia por el Consejo Federal Suizo y mi enhorabuena al Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) por su dinámico informe sobre sus actividades. Me gustaría además expresar al CICR mi más sincero pésame por las recientes muertes trágicas de tres de sus oficiales. Estos incidentes sirven, una vez más, para resaltar la urgencia del problema al que nos enfrentamos hoy en día.

Desde sus comienzos en 1951, los esfuerzos de mi oficina han tenido el trasfondo tan siniestro de las convulsiones humanas como consecuencia de la guerra: en primer lugar la lucha por la liberación del dominio colonialista, más tarde los conflictos internacionales e internos basados en las diferencias ideológicas de la Guerra Fría y, más recientemente, el brote de despiadadas guerras ultra nacionalistas.

Durante las tres últimas décadas, la guerra ha sido la causa principal de los desplazamientos forzados de la población con los que el ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) ha tenido que enfrentarse. Más recientemente, la guerra también se ha convertido en el entorno en el que el

Sadako Ogata es Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Refugiados. Este discurso fue pronunciado durante la Conferencia Internacional para la Protección de las Víctimas de la Guerra celebrada en Ginebra, el 31 de agosto de 1993. Los títulos han sido preparados por *Papeles*. La traducción (no oficial) pertenece al ACNUR.

Hemos superado el límite de lo tolerable en la guerra moderna y en especial en lo que respecta a la población civil.

ACNUR ha tenido que proporcionar protección y asistencia a los refugiados y personas desplazadas.

Sr. presidente, tanto el Comité Internacional de la Cruz Roja como mi propia oficina, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, tienen el mandato único de proteger a personas. El CICR protege a las víctimas de los conflictos. El ACNUR protege a los refugiados y, cada vez más, a personas desplazadas dentro de su propio territorio que huyen de la guerra, de la violencia y de la persecución. Ambas organizaciones se enfrentan hoy día con la patente violación de los principios humanitarios más elementales, muchos de ellos establecidos legalmente, violación que asombrosamente resulta cada vez más frecuente.

Los conflictos internos, ya sea en Bosnia-Herzegovina, Asia Central, el Cáucaso, Somalia u otras partes de África, traen consigo imágenes cotidianas de criminalidad e inhumanidad. Los civiles se ven privados del acceso a comida, agua y asistencia médica. Los niños se convierten en el blanco deliberado de los francotiradores. Actos horribles de violaciones, asesinatos y expulsiones masivas de minorías —la muy censurable práctica de la limpieza étnica— continúan. Hemos superado el límite de lo tolerable en la guerra moderna y en especial en lo que respecta a la población civil.

Antes de poder desarrollar la ley humanitaria internacional, debemos exigir un escrupuloso respeto de los principios e instrumentos ya existentes. Las Convenciones de Ginebra y sus Protocolos adicionales contienen disposiciones que, de ser tenidas en cuenta, tendrían gran éxito en reducir el sufrimiento humano y el desarraigo de la población civil.

Señor Presidente, el respeto de la ley internacional y los correspondientes instrumentos legales debe ser complementado con la estricta observancia de otras reglas humanitarias de carácter básico. Me refiero unos principios tan esenciales como son la presencia humanitaria internacional y el libre acceso a la misma para la población afectada, la desvinculación e incondicionalidad de la protección y asistencia internacional, el respeto a los emblemas, y, por último, aunque no por eso menos importante, la seguridad de todo el personal entregado a actividades humanitarias así como la de las mercancías bajo su custodia.

Hasta hace poco, estos principios habían sido, con muy pocas excepciones, defendidos por las partes en conflicto en los cinco continentes a los que mi oficina ha sido llamada para intervenir. En tiempos recientes, sin embargo, la inobservancia de estos principios básicos lamentablemente se da con mucha frecuencia. En Bosnia Herzegovina por ejemplo, la burla de estos principios es más la regla que la excepción.

Mis colegas y yo, encontramos cada vez más difícil de aceptar que la asistencia humanitaria hoy en día requiere protección armada, chalecos antibalas y cascos. Incluso con estas precauciones, el personal humanitario sigue perdiendo la vida en ataques deliberados, y repito, deliberados. Esta es una triste imagen del pésimo estado de los asuntos que esta conferencia debe tratar con la máxima urgencia.

Permítanme que solemnemente establezca hoy aquí que no se puede esperar que el ACNUR y otras organizaciones humanitarias operen de manera indefinida en un entorno que no sólo es hostil sino que además resulta patentemente violento.

Señor Presidente, esta violencia tiene como resultado la politización del humanitarismo. Por una parte, los esfuerzos humanitarios no deben contribuir a retrasar o incluso reemplazar, la negociación política. Por otra, no deben ser utilizados como instrumento para conseguir objetivos militares o políticos. Sin embargo, las instituciones humanitarias son manipuladas y chantajeadas cada vez más, y la ayuda que proporcionan es objeto de abuso por las partes en conflicto para la obtención de sus propios fines no humanitarios.

Es esencial que la naturaleza independiente, apolítica, e imparcial de la acción humanitaria sea contundentemente reafirmada, preservada y concebida como tal, para así ser respetada por todos. Nosotros, por nuestra parte, hemos doblado nuestros esfuerzos para atenernos estrictamente a los principios fundamentales, neutrales y apolíticos que han gobernado nuestras políticas y proyectos, que han otorgado a mi oficina y a otras instituciones humanitarias la credibilidad sin la cual no podríamos disfrutar ni del apoyo de los gobiernos, ni de la confianza de las partes de un conflicto.

El respeto a los principios humanitarios también contribuye a crear un entorno en el que se puede encontrar una solución justa y pacífica al conflicto. Para una organización como el ACNUR, cuyo mandato consiste no sólo en la protección de los refugiados sino también en encontrar soluciones a sus problemas, esta es una consideración importante y verdaderamente crítica.

Responsabilidad estatal

Señor Presidente, permítame repetir un tópico: los estados tienen la responsabilidad primaria y colectiva de arreglar esta situación totalmente inaceptable. Su responsabilidad no disminuye por el hecho de su abstención en el conflicto o de su situación remota con respecto al mismo.

Todas las partes beligerantes están sometidas *ipso facto* a la ley convencional y a la costumbre de los conflictos armados además de a otras fuentes de normas de comportamiento que han adquirido fuerza legal a través del reconocimiento internacional. Esta responsabilidad no puede ser suficientemente enfatizada. Debería también extenderse a entidades no estatales además de a estados que tienen una influencia considerable, o incluso un control, sobre ellos. Ninguna causa, por muy legítima que sea, puede suspender estos requisitos. No se puede permitir que ninguna parte en conflicto se comporte como si fuera inmune a los imperativos de la humanidad o estuviera eximida de dar cuanta a la comunidades tanto nacional como internacional.

Los aspirantes a convertirse en nuevos estados, no pueden esperar que se les reconozca internacionalmente mientras ignoren las normas básicas en la que se funda el Derecho internacional de la guerra. ¿Cómo puede un pueblo o sus dirigentes buscar la admisión en la comunidad de naciones civilizadas si sus prácticas no son más que un despliegue de barbaridades? La búsqueda de la identidad nacional no es compatible con la práctica del odio ilimitado y el crimen de masas.

Por último, señor Presidente, como Alta Comisionada para los Refugiados, permítame incidir en el hecho de que como resultado del sufrimiento de las dos guerras mundiales surgieron determinados valores legales y morales con la finalidad de proteger a la persona, incluido el derecho a buscar y disfrutar del asilo.

Aquellos estados que se ven tentados a restringir este derecho deberían considerar cuidadosamente la naturaleza penetrante y sin escrúpulos del conflicto militar que tiene lugar en nuestros días. Si verdaderamente existe una preocupación legítima sobre la forma de organizar los flujos migratorios irregulares, deben encontrarse nuevos medios para llevarla a cabo. Normas que tardaron siglos en madurar y codificarse no deben ser ahora debilitadas. Recordemos, especialmente en el mundo industrializado, que la guerra y sus horrorosas consecuencias para la humanidad no son tan remotas en nuestra propia historia. Entonces quisimos que el derecho de asilo fuese reconocido de manera más amplia y concedido con mayor generosidad a aquellos que huían de países que actualmente están considerando restringir ese mismo derecho. La necesidad de proteger a los refugiados y demás víctimas de guerra nunca fue tan imperativa como lo es ahora, época en la que Europa es de nuevo escenario de conflicto.

Esta es la razón por la que yo doy la bienvenida a esta conferencia y a su objetivo de fortalecer el compromiso internacional de proteger a las víctimas. Por mi parte, yo me comprometo a mí misma, a mi personal y a los recursos morales y materiales de mi oficina a promocionar y apoyar ese objetivo de acuerdo con mi mandato.

En el sexto y último artículo de su ensayo sobre la *Paz Perpetua*, Kant proclamó que ningún Estado debería, en caso de hostilidades, emplear métodos que al restaurarse la paz harían imposible la devolución de la confianza mutua. En otras palabras, la infamia de la guerra no debe ser tal que impida la paz y cause daños irreparables a la hora de reconocer recíprocamente el humanitarismo del que anteriormente fue el enemigo. Yo entiendo que este es el núcleo del problema y que es nuestro deber abordarlo con urgencia.

ROBERTO MONTOYA

Chiapas: el regreso de Zapata en tiempos del NAFTA

La revuelta iniciada el pasado enero por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas (México) no ha podido sorprender al Presidente Carlos Salinas de Gortari, conocedor de las condiciones de extrema pobreza y explotación semifeudal de buena parte del territorio de su país. Unas condiciones que han intentado ser ocultadas tras una fachada exterior de pretendido progreso y estabilidad para, entre otras cosas, no hacer peligrar la firma del tratado de libre comercio con EE UU. Tras semanas de represión salvaje e indiscriminada, el Presidente mexicano se ha visto forzado a negociar para conservar una imagen de gobierno progresista en un año en que su partido, el PRI, se enfrenta a unas elecciones cruciales. Los resultados del alzamiento indígena de Chiapas pueden convertirse en un espejo para otros movimientos.

La fecha elegida por los rebeldes zapatistas para salir de la selva Lacandona y ocupar por la fuerza los pueblos de San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Altamirano y Las Margaritas, en el sur del estado de Chiapas, cercanos a la frontera con Guatemala, no fue casual. Pretendían aprovechar la atención mundial concitada por la entrada en vigor del NAFTA (North American Free Trade Agreement) –un acuerdo de integración económica entre tres países, que suman 360 millones de consumidores– para dar a conocer sus reivindicaciones.

“Al pueblo no nos gusta la guerra, no queremos ver sangre, pero se nos ha impuesto una guerra no declarada; por eso hemos tenido que tomar las armas”, declaraba el sub-comandante “Marcos”, principal cabeza visible del EZLN, aunque subordinado a la dirección colegiada rebelde, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI).

Roberto Montoya es periodista, jefe de la sección Internacional del diario *El Mundo*.

Los zapatistas resumían así, en un comunicado firmado el 6 de enero, dirigido “al pueblo de México, a los pueblos y gobiernos del mundo”, las razones que les decidieron a esa insurrección desesperada, con sus escopetas de caza, carabinas 22 y fusiles de madera con machetes de monte atados a su cañón, cual bayonetas caladas: “Durante estos 10 años –período en el que habrían acumulado fuerzas y armamento para la rebelión– han muerto más de 150.000 de nuestros hermanos indígenas por enfermedades curables. Los planes económicos y sociales de los gobiernos federal, estatal y municipal no contemplan ninguna solución real a nuestros problemas y se limitan a darnos limosnas cada tanto que hay elecciones”.

Miembros del Gobierno de Salinas de Gortari, –que inicialmente respondió a los rebeldes con bombardeos aéreos indiscriminados en pueblos de la selva, matando a cientos de personas, masificando la tortura de los sospechosos– calificaron la insurrección de “ataque al progreso”.

El sarcasmo no podía ser mayor. De los 111 municipios de la región de Chiapas, 94 responden a los criterios de alta o muy alta pobreza. En todo México se calcula que hay 20 millones de personas –de un total de 80 millones de habitantes– que se encuentran en estado de pobreza extrema, o lo que es lo mismo, que no tienen garantizada su supervivencia. El 80% de la población de Chiapas carece de electricidad. La mayoría de los indígenas que allí viven, el 30% de los dos millones de habitantes del estado, es analfabeta. El 40% no habla castellano. A pesar de los grandes proyectos del NAFTA, que se supone podrán mover más de 6 billones de dólares anuales, no se prevé ninguna mejoría para bolsas de pobreza gigantescas como la de esta región.

En la última década, México aplicó una política de ajuste que, a nivel macroeconómico, produjo evidentemente grandes progresos. Los expertos aseguran que con la nueva zona de libre comercio, una de las mayores del mundo, México podrá alcanzar una tasa de crecimiento de hasta un 9% –para este año está previsto el 3%–. Pero este período de *boom*, de superávit presupuestario sin precedentes, de incremento de las reservas nacionales, se logró a costa de aumentar hasta el 18% el número de parados; de provocar el abandono del país de casi tres millones más de personas; y de aumentar los anillos de pobreza alrededor de las grandes ciudades.

En uno de los países con más número de multimillonarios, el Gobierno no da ninguna solución a los más de dos millones de campesinos e indígenas –buena parte de ellos chiapanecos– que se verán seriamente perjudicados a partir de ahora por la importación, libre de aranceles, de maíz norteamericano. Salinas de Gortari ha desoído también las denuncias de los ecologistas sobre los graves perjuicios medioambientales que provocarán muchas de las industrias contaminantes que EE UU prevé desplazar a este país. Sin embargo, en regiones como Chiapas, el Ejército federal mexicano cobra fuertes multas y encarcela a los indígenas que talan árboles para calentarse, hacer sus casas, o simplemente para sembrar lo único que saben en esa región con los medios que tienen: el maíz, precisamente. Al mismo tiempo, en esas mismas zonas, las multinacionales madereras arrasan anualmente miles de hectáreas de bosque.

“La estrategia económica solamente es posible con un programa social consolidado”. Esta no es una frase sacada de un comunicado zapatista. Son declaraciones textuales hechas por Carlos Salinas de Gortari en una de las sesiones de trabajo de la III Cumbre Iberoamericana, celebrada del 13 al 16 de julio de 1993 en San Salvador de Bahía, Brasil.

Esa declaración le ha vuelto como un *boomerang* poco más de cinco meses más tarde, el pasado 1 de enero. El presidente no ignoraba la situación de Chiapas, uno de los lugares donde los latifundistas, al amparo de los caciques locales del Partido Revolucionario Institucional (PRI, en el poder hace siete décadas) imponían sus propias leyes semif feudales a los indígenas, a los que despojaron de sus tierras y derechos más elementales.

Aunque la opinión pública mundial descubrió de un día para otro la existencia de una guerrilla –los zapatistas rechazan esa etiqueta, prefieren ser revolucionarios a secas– con fuerte implantación social, en un país que pretende ser aceptado en el Primer Mundo, al presidente no le sorprendió ni un ápice. Ya durante los fastos por la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, fueron miles los indígenas mexicanos que se manifestaron públicamente para protestar por su histórica postergación; para mostrar la hipocresía de esos multimillonarios gastos al lado de su desesperada lucha por la supervivencia; para reclamar también que se reflejara en algo práctico la celebración, también en 1993, del Año de los Pueblos Indígenas.

Bombardeos silenciados

En mayo del año pasado, la prensa mexicana –el diario *La Jornada*, concretamente– informó de los enfrentamientos armados habidos entre el Ejército y grupos de indígenas en los altos de Chiapas. Días y días duraron los bombardeos aéreos contra misérrimos pueblos esparcidos por las montañas. Nunca se dio cuenta oficialmente de lo sucedido ni del número de bajas producidas. Cerca de 2.000 soldados intervinieron en las operaciones, apoyados por las “guardias blancas” de los terratenientes de la zona. La combativa revista mexicana *El Proceso* y el periódico *El Tiempo* revelaron también el nombre de varios de los oficiales del Ejército muertos en los choques, y el descubrimiento de zonas de adiestramiento militar de grupos indígenas. Mientras, Amnistía Internacional denunciaba los atropellos y violaciones de los derechos humanos cometidos por las tropas gubernamentales.

Sin embargo, el Gobierno negó la existencia de cualquier grupo armado en la zona. ¿Por qué? Porque Salinas de Gortari intentaba por todos los medios evitar que los senadores norteamericanos opuestos al NAFTA utilizaran esa situación para demostrar la fragilidad política y económica de uno de los tres socios, con semejante explosividad social interna contenida. Y Salinas de Gortari lo logró. Logró que no se obstaculizara aún más la ya de por sí polémica votación de los representantes estadounidenses y llegó incluso hasta los albores del 1 de enero manteniendo su imagen de reformista y “primermundista”. Su peculiar política exterior –precursora del Grupo Contadora; de las negociaciones entre la guerrilla del FMLN y el Gobierno salvadoreño, e incluso estos días entre la URNG (guerrilla guatemalteca) y el Gobierno– favorecía esa imagen de régimen progresista. Pero la situación no pudo ser contenida más tiempo y el 1 de enero estalló la rebelión.

Ni la ONU ni la Unión Europea se dignaron a emitir comunicado alguno interesándose por la situación, ni pidieron aclaraciones.

Las reacciones que la revuelta despertó han dejado claro –una vez más– en qué consiste el nuevo orden mundial. Mientras organizaciones humanitarias y sindicales, movimientos sociales, sectores progresistas de la Iglesia y de los medios de comunicación de todo el mundo denunciaban la brutal represión gubernamental que sucedió a la rebelión, las grandes potencias mundiales miraban para otro lado. Ni la ONU ni la Unión Europea se dignaron emitir comunicado alguno interesándose por la situación, ni pidieron aclaraciones a Salinas de Gortari por la matanza que a todas luces se estaba produciendo, de magnitud sólo comparable a la de Tlatelolco de 1968. El Presidente español se limitó a declarar, una semana después de la insurrección, que no tenía “una postura formada” sobre el tema, aunque eso no fue obstáculo para que dijera que “los guerrilleros deberían haber oído las propuestas de diálogo del Gobierno”, a saber, que entregaran las armas antes de cualquier conversación.

Pero Salinas de Gortari demostró tener más habilidad para manejar la situación que la que reflejó Felipe González con su exabrupto. El Presidente mexicano decidió cambiar de táctica una vez constató, tras varios días de bombardeos contra las posiciones zapatistas y la población civil de pueblos sospechosos de protegerles, que la represión sólo endurecería más la resistencia indígena-campesina, con riesgo de extenderse a otras zonas del país que, como el estado de Guerrero, tuvieron durante años la guerrilla de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, vinculada al Partido de los Pobres.

Estaba en juego no sólo el propio NAFTA sino también la imagen del presidente de político reformista y la de su partido, el PRI, en un año de cruciales elecciones generales.

Por ello –y sin duda, aconsejado también por sus amigos de la Casa Blanca, el Pentágono o la CIA (no siempre coincidentes entre sí)– cambió de un día para otro de discurso, aceptó, al menos de palabra, todas las exigencias hechas por el EZLN para negociar, y llegó incluso a golpearse el pecho durante su visita a Chiapas, en la que prometió atender las necesidades de los indígenas.

Los muertos de siempre

Los hombres y mujeres chiapanecos sublevados, muchos de ellos aún menores de edad, que se autodenominan “los muertos de siempre, muriendo otra vez, pero ahora para vivir”, posiblemente no estén mucho más definidos ideológicamente que lo que estuvieron Emiliano Zapata, Pancho Villa, Hidalgo, Morelos, Guerrero o Mina, pero sin duda su lucha, sus objetivos, son igualmente auténticos y tan dramáticamente genuinos. Al igual que la insurrección de Zapata de 1909 contra el entonces Presidente Porfirio Díaz, esta fue motivada por la miserable situación de explotación y marginación a que se ve sometido el campesinado indígena. El levantamiento de enero, a las puertas del siglo XXI, habrá sonado para muchos como desfasado; para otros como inútil o utópico. Pero todavía no está todo dicho en esta historia.

Por el momento, Salinas de Gortari se vio obligado a reconocer al EZLN como fuerza beligerante; a aceptar al obispo de San Cristóbal de las Casas, Samuel Ruiz, perseguido por el Vaticano por su adscripción a la Teología de la

Liberación, como mediador con los rebeldes; a amnistiar a todos los alzados en armas; a liberar a miles de presos; a retirar de su cargo al odiado ministro de Gobernación, Patrocinio González Garrido; a aceptar liberar a los prisioneros zapatistas a cambio del ex gobernador de Chiapas Absalón Castellanos Domínguez; a destinar un presupuesto especial para solucionar las demandas económicas más urgentes para la región.

Todo ello hubiera sido impensable poco tiempo atrás.

No sólo los postergados movimientos indígenas de toda América Latina seguirán de cerca la evolución de este pulso entre los rebeldes zapatistas y el Gobierno de Salinas de Gortari. También lo harán todos los movimientos de liberación del subcontinente y del Tercer Mundo en general, ya que su resultado servirá para avivar la llama de la esperanza de sus respectivas batallas, o para apagarla. Chiapas es más que el grito del México profundo. Ha pasado a ser el espejo en el que muchas luchas podrán mirarse.

HARALD MÜLLER

El guardián de la no proliferación nuclear

Los intentos de la comunidad internacional para controlar los planes de fabricación de armas nucleares en Irak y, de acuerdo con diversas acusaciones, Corea del Norte, han planteado en los últimos años el problema de quién tiene la legitimidad para ordenar esas tareas, qué organismo puede realizar las investigaciones y verificaciones, y quiénes deciden que medidas, eventualmente coactivas, tomar. Se trata del debate sobre qué marco institucional internacional se puede tener a partir del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares (TNP). El Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA) es una pieza clave en este debate. Pero cada organización internacional es tan buena como lo permitan sus países miembros. Si se quiere contar con una agencia de verificación efectiva, atenta y rigurosa para el régimen de no proliferación nuclear, se debe permitir que los gobiernos tengan los necesarios derechos, pero también dar al OIEA el dinero necesario para trasladar al organismo estos derechos.

El Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA, aunque se suele denominar AIEA), con sede en Viena, es el "guardián" del régimen de no proliferación nuclear. Vigila la auto-obligación de los países no poseedores de armas nucleares (en lo sucesivo en este artículo denominados países no nucleares) de no desviar ningún material de fisión para propósitos militares. El repentino entendimiento internacional de que este organismo (que cuenta con 117 países miembros y un presupuesto anual de 200 millones de dólares) desempeña un papel clave en la prevención de la paz mundial tuvo desgraciadamente un aspecto lamentable: su "fracaso" en Irak.

Este país era parte del Tratado de No-Proliferación de Armas Nucleares (TNP) como país no nuclear. Por este motivo, todas sus actividades nucleares técnicas debían someterse al control del OIEA. Sus inspectores visitaron el país dos veces por año con el fin de asegurarse que existía el material de fisión que declaraba. Sin embargo, tras la guerra del Golfo, el organismo subrayó que Sadam

Harald Müller es Director de Programas Internacionales del Peace Research Institute (PRIF/HSFK) de Frankfurt, Alemania, y dirige un programa multinacional sobre la política europea de no proliferación nuclear. Este artículo fue publicado en alemán por el diario suizo *Neue Zürcher Zeitung* con el título "Der Wächter in der Kritik: Die International Atomic Energy Agency und die atomare Nichtverbreitung". Se publica aquí con ligeras modificaciones en subtítulos y síntesis de algunos detalles técnicos orientadas a lectores no especializados. Reproducido con autorización del autor. Traducción de Vicente Garrido.

Husein había invertido más de 10.000 millones de dólares en su voluminoso programa de armas nucleares, y que en el mismo habían estado trabajando 20.000 personas. Al OIEA le fueron hechos entonces los siguientes reproches:

1. A pesar de que Irak contaba con suficiente uranio enriquecido como para la fabricación de dos bombas (más de 40 kilogramos), las inspecciones por parte del organismo fueron realizadas cada seis meses, en lugar de cada mes. El OIEA argumentó que el material se encontraba repartido por distintos emplazamientos y que no fue por lo tanto contabilizado en un único "balance de material territorial". Y solamente, cuando se contempló un semejante balance (en lugar de atenerse a la cantidad crítica), el organismo visitó el país con más frecuencia.

2. Irak había realizado experimentos con pequeñas cantidades de plutonio, que fueron además realizados, desde el punto de vista de los controles que impone el OIEA, de forma totalmente legal. Estos experimentos fueron autorizados por órganos subordinados del OIEA, pero las instancias superiores no fueron informadas. Los órganos de dirección desconocían incluso que Irak había realizado experimentos con plutonio.

3. Los ingenieros iraquíes tenían listo combustible –sin declarar al OIEA– en las instalaciones de un laboratorio, el cual había sido irradiado en reactores de investigación. Acto seguido, se produjo la retirada del plutonio y se siguió experimentando con éste. A pesar de que tanto el combustible del laboratorio como el reactor se encontraban bajo el control de los inspectores del OIEA, estos no se dieron cuenta del suceso.

4. De las voluminosas instalaciones para el programa nuclear iraquí, se encontraron algunas que estaban próximas a instalaciones que ya habían sido inspeccionadas. Sin embargo, al OIEA le faltó el impulso para investigar las amplias ramificaciones de las actividades nucleares iraquíes.

Pequeñas cantidades peligrosas

Las respuestas del organismo a estos reproches fueron las siguientes:

– Es usual diferenciar en un país entre el "balance de material por territorio" y la frecuencia con la que se realizan las inspecciones según su cantidad, y ajustar después la fuerza explosiva en la zona detallada. En las demás zonas, el uranio altamente enriquecido no llegó a utilizarse en el programa iraquí de armas nucleares.

– Las inscripciones se efectuaban según las reglas que los países miembros del TNP habían acordado en el Convenio del Modelo de Verificación (en la jerga del OIEA: "INFCIRC/153). Los países miembros nunca consideraron necesario el deber de informar a la dirección del organismo sobre las pequeñas cantidades de material.

– El desvío de material de instalaciones controladas fue insignificante y se produjo a lo largo de un período de tiempo demasiado corto para poder ser detectado. Si hubieran desaparecido cantidades de material mayores durante un período de tiempo superior, se habría detectado.

– El descubrimiento de instalaciones que no habían sido declaradas por Irak fue motivo de instrumentalización y de una discusión innecesaria en torno a "derechos" que los países miembros del OIEA trasladaron al organismo. Este hecho no puede ser reprochado al OIEA.

En todo caso, tras la guerra del Golfo, el organismo demostró su éxito a través del descubrimiento del programa de armas nucleares iraquí, en cooperación con la Comisión Especial del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y además demostró que el OIEA puede superar nuevas misiones si se le dotase con la necesaria autoridad. Se han puesto en marcha en el caso de Irak ideas innovadoras como la prohibición permanente de realizar ensayos nucleares en el agua.

¿Quién tiene entonces razón, los críticos o el OIEA? Para responder a esta pregunta tenemos primero que observar la historia del nacimiento de las medidas de verificación –las salvaguardias– del OIEA.

El sistema de salvaguardias

El OIEA fue fundado en 1957 como consecuencia de la política "Átomos para la Paz" del Presidente norteamericano *Ike* Eisenhower. Su estatuto sirve de base a la filosofía de someter a controles internacionales las instalaciones nucleares técnicas y los materiales de los países miembros. Ello sólo es posible cuando se cuenta con una amplia cooperación en los campos de la investigación nuclear civil y técnica. Consecuentemente, el estatuto del organismo une ambos aspectos: la cooperación y los controles. Sin embargo, hay que hacer notar que para que esto fuese posible hubo que esperar un largo período de tiempo, hasta que el organismo pudo practicar un número voluminoso de verificaciones. A continuación, tuvo que ser superada la oposición de la URSS, incluso cuando el territorio de la Unión Soviética no resultaba afectado; no sorprende el hecho que la posición de la entonces Unión Soviética fuese respaldada por países del Tercer Mundo con ambiciones nucleares, como la India. Moscú ejecutó su cambio de posición entre 1963 y 1964, ante la aparición del no deseado programa nuclear chino, en el cual, además, fue decisiva la ayuda técnica nuclear soviética.

El organismo elaboró a continuación un sistema de salvaguardias que fue aplicado tanto a los materiales nucleares técnicos como a las instalaciones. Para la aplicación de este tipo de medidas se realizaron acuerdos sobre las exportaciones e importaciones. También los países no nucleares fueron autorizados para poder realizar experimentos nucleares fuera de control, siempre y cuando las instalaciones correspondientes fuesen construídas sin ayuda extraña o cuando el exportador renunciase a estos controles. Este sistema es válido todavía hoy para países como Paquistán, India o Israel, los cuales han llevado a cabo por sí solos también la construcción de sus instalaciones que no están subordinadas al control del OIEA.

Otra cuestión importante es que los países que son parte del TNP están obligados a someter a sus países clientes que no son poseedores de armas nucleares a inspecciones del OIEA del material de fisión que se encuentre sobre sus territorios.

Se han puesto en marcha en el caso de Irak ideas innovadoras como la prohibición permanente de realizar ensayos nucleares en el agua.

El sistema de salvaguardias del TNP (INFCIRC/153) fue el resultado más eficaz de las negociaciones entre los países nucleares, los países no-nucleares y el OIEA. No se debería olvidar que cuando se concluye el Tratado, los países que se encontraban en el punto de mira de las inspecciones no eran la India o Irak, sino países avanzados industrialmente, como Alemania o Japón. Los países industrializados no poseedores de armamento nuclear, que recelaban de ser inspeccionados con frecuencia –incluyendo Suiza, Bélgica e Italia– hicieron lo mejor posible para proteger a sus industrias de competencias desventajosas. Por consiguiente, abogaron con éxito en favor de la implantación de un sistema restrictivo de inspecciones: el punto de partida del sistema de verificación del TNP no se configura, en consecuencia, en torno a las instalaciones, sino del material irradiado.

El OIEA instauró en ese momento un inventario primario de los materiales irradiados existentes en un país y en sus instalaciones nucleares técnicas, dividido a su vez según un "balance de material territorial". De ésto resulta que, por cada balance que se efectúe, habrá una serie de tareas adicionales y deducciones de las oscilaciones estadísticas de materiales (por ejemplo, el plutonio que queda suspendido en los tubos de una fábrica de reprocesamiento de material). La existencia de estas cantidades y su composición isotópica será verificada con regularidad por parte del OIEA, y dónde los inspectores del Organismo pueden entrar y sacar consigo las pruebas que consideren oportunas.

Las cantidades deben ser comparadas, y así se hace, para deducir finalmente si ha tenido lugar o no una desviación ilegal de material. Los inspectores se sirven también de sellos y cámaras de vigilancia para excluir la posibilidad de que instalaciones importantes o bien los contenedores hayan sido abiertos.

Este papel clave de elaboración de un balance de material dentro del sistema de verificación del OIEA ha tenido también un elevado número de paradojas. Hasta hoy, más del 80% de las inspecciones se han realizado en los supuestamente inofensivos países industriales de la Comunidad Europea, Japón, Canadá, Suecia y Suiza, mientras que países sospechosos –justo allí donde la mayoría del material está presente y donde deben de inspirarse las inspecciones– con los que no se puede contar, como Irán o Libia, sólo reciben las visitas de los inspectores de tarde en tarde.

El punto débil de este sistema ha sido criticado de forma clara durante mucho tiempo: el fuerte abandono de las indicaciones hechas por los países inspiradores del sistema de salvaguardias y de las descripciones que se daban acerca de las instalaciones declaradas. Dado que desde un principio las negociaciones con el OIEA discurrieron de forma difícil, se introdujeron dos párrafos en el INFCIRC/153 –de manera no muy clara–, los cuales permitían, en teoría, el libre acceso por parte de los inspectores del OIEA a todas las instalaciones no declaradas de un país, en el caso de que existiese sospecha de que allí se ocultase de forma ilegal material irradiado.

No obstante, la dirección del OIEA tuvo que luchar más adelante contra cuestiones triviales: por ejemplo, la no admisión de inspectores, las demoras a la hora de presentar los visados, y los tardíos e incompletos registros de material, entre muchas más. Además, los países industriales no nucleares vigilaron enseguida con recelo que el OIEA no sobrepasase el ámbito de sus competencias. La pre-

sión de los países miembros dio como consecuencia una regulación temerosa y reservada. Como en cada burocracia, la rutina desplazó a la necesaria atención vigilante. La norma de las inspecciones fue "trabajo según el reglamento"; no ver nada que no figurase en la lista de inspección diseñada; ejecutar las maniobras requeridas; ir señalando las rúbricas en las instrucciones; dar la vuelta hacia Viena; y entregar el informe de inspección.

Doble función del OIEA

Es evidente que esta evolución no fue positiva. Es también atribuible a la doble función del OIEA el hecho de que el fomento de la cooperación nuclear técnica unido a las funciones de verificación no tenga sentido. El incremento del presupuesto del organismo hizo que éste aumentase en 42 millones de dólares en 1993, lo que representa sólo una fracción del coste de una central nuclear. De hecho, de este programa sólo se destina al fomento de la energía nuclear un 13%, del cual una gran parte de la inversión es destinada a la seguridad. El resto va hacia fundamentos de la investigación (19%), agrotécnica nuclear, medicina nuclear (13%) y a otras técnicas no energéticas que absolutamente nada o sólo de forma indirecta son útiles para un programa de armas nucleares.

La doble función del OIEA es normalmente entendida como de adversario contra las centrales nucleares: ¡no poder ver al organismo ni en pintura! Las salvaguardias son casi inevitablemente vistas como "cosas de los del Norte" contra "los del Sur". Esta interpretación puede producir una ruptura definitiva entre miembros del régimen de no proliferación nuclear. Por ello, los miembros del OIEA han seguido, y con todo derecho, otro camino: el de la mejora del régimen de verificación y los pasos siguientes se después de controvertidas discusiones:

– los países suministradores deben, con carácter voluntario, dar cuenta al organismo de las transferencias de material irradiado, tecnología nuclear y determinadas tecnologías de múltiple uso. El organismo se forma, de este modo, una mejor y primera idea de las actividades nucleares de los países receptores de material nuclear;

– la construcción de nuevas instalaciones técnicas nucleares debe ser acompañada de los planos y ser declarada (y no con escasa antelación, tres meses antes de la producción de combustible). El OIEA tiene derecho a inspeccionar en la fase de construcción;

– los países miembros transmiten al director general de OIEA, con carácter voluntario, las informaciones que sus servicios secretos de información hayan averiguado acerca de las actividades nucleares ilegales de algún país miembro también del organismo;

– todas estas son condiciones previas para el paso más importante: que el OIEA garantiza, ante sospechas fundadas, el acceso ilimitado al conjunto del territorio de un país no nuclear. Tras largos debates, una reunión del Consejo de Gobernadores (la instancia de decisión más elevada del organismo, en el cual están representados 35 países) concedió expresamente este derecho al Secretariado. Para ello, los inspectores sólo tienen instrumentos en las manos para detec-

Las
salvaguardias
son casi
inevitablemente
vistas como
"cosas de los del
Norte" contra
"los del Sur".

tar las actividades no declaradas (también contra las clandestinas). Al mismo tiempo, el organismo se preocupa por lograr una mayor efectividad en el cumplimiento de sus funciones.

El caso de Corea del Norte

La experiencia indica, con el claro caso de Corea del Norte, que los nuevos instrumentos del organismo están al alcance de la mano. Corea del Norte, país miembro de TNP desde 1986, había dado por terminado bajo diversos pretextos su acuerdo de salvaguardia con el OIEA en enero de 1992, y hasta el mes de abril de ese mismo año —dando largas— no facilitó al organismo, por primera vez, una lista con el inventario de su material nuclear. Los inspectores habían constatado, por este motivo en su sexta visita a ese país, la falta de transparencia con respecto al plutonio que había sido declarado. Supuestamente, los escasos gramos de plutonio obtenidos procedían de un experimento realizado en un laboratorio en 1990. La composición isotópica del material, no obstante, levantó sospechas de que Corea del Norte había reprocesado el plutonio no sólo una, sino varias veces.

EE UU puso a disposición del OIEA fotografías tomadas por sus satélites, las cuales identificaban dos instalaciones norcoreanas que no habían sido declaradas, y que casi con toda seguridad servían de centros de almacenamiento de residuos reprocesados. El OIEA requirió por primera vez una inspección especial. Cuando Corea de Norte rechazó la petición del organismo, el Consejo de Gobernadores del OIEA decidió entonces apelar al Consejo de Seguridad de la ONU.¹

Ante esto, nos encontramos con un límite adicional en las funciones del OIEA: ¿qué sucede cuando un país es cogido *in fraganti*? El OIEA no tiene poder policial. Puede hacer saltar la alarma de fuego, pero él mismo no es el bombero. Puede detectar el desvío de material irradiado para propósitos ilegales pero ni lo impide, ni lo castiga. Esta competencia es exclusiva del Consejo de Seguridad de la ONU y de sus países miembros. El Consejo de Seguridad explicó en su cumbre de enero de 1992 que la proliferación de armas de destrucción masiva (especialmente la correspondiente al cuerpo del Tratado) es un peligro para la paz y la seguridad internacional. El Consejo de Seguridad deja abierta la posibilidad de reaccionar mediante la aplicación de sanciones, que van desde la limitación del tráfico comercial a la adopción de medidas militares. Pero esto se escapa al ámbito de competencia del OIEA.

¹ Después que este artículo fuese escrito, en 1993, Corea del Norte y el OIEA han tenido fuertes tensiones. Pese a que el régimen de Kim Il Sung aceptó una verificación de sus instalaciones nucleares, esta no satisfizo las exigencias del OIEA. El Gobierno de EE UU, por otra parte, lanzó diversas amenazas en el curso de 1993 contra Corea del Norte. En marzo de 1994 la situación se deterioró todavía más debido a la conflictividad entre Corea del Norte y del Sur. La impresión de algunos observadores es que Corea del Norte está usando la posibilidad de tener armas nucleares como un factor de negociación ante la evidencia que la fuerza económica de Corea del Sur terminará prevaleciendo. Por otra parte, el Gobierno de Seúl no tiene interés en una unificación inmediata que le costaría mucho económicamente, ni en un colapso de Corea del Norte, que le acarrearía recibir una fuerte inmigración. (N. del E.).

¿Qué futuro tiene el organismo? En EE UU existe un debate en torno a esta cuestión –avivado por los adversarios de las centrales nucleares y los chovinistas de Pentágono–, sobre si se debe privar al OIEA de sus tareas de verificación y traspasarlas al Consejo de Seguridad de la ONU, o incluso si se debe someter esta tarea bajo una dirección totalmente estadounidense. Pero no tiene sentido cargar al Consejo de Seguridad con detalles técnicos (el OIEA tiene bajo su control alrededor de 800 instalaciones) y, por otro lado, politizar la tarea cotidiana de la verificación. En caso de duda, las decisiones en el Consejo de Seguridad no se adoptan tampoco más fácilmente que en el Consejo de Gobernadores del OIEA. En este último es siempre posible condenar a Corea del Norte a través de una decisión adoptada por mayoría, mientras que en el Consejo de Seguridad de la ONU la votación de China en contra significa un veto.

El trabajo del OIEA es incluso más importante, ya que están bajo su control todas las instalaciones nucleares en Argentina, Brasil y Suráfrica. En todo caso, se espera extender la verificación a los países de la CEI. Y finalmente, queda la pregunta de si no deben subordinarse también a controles internacionales el final de la producción militar de combustible irradiado, del plutonio y del uranio altamente enriquecido de las cabezas nucleares desmanteladas en los países nucleares.

Para afrontar estas misiones, el organismo necesita sobre todo dinero. Tras siete años de crecimiento cero, los miembros del organismo concedieron por primera vez en 1993 un muy ligero aumento al presupuesto (0.8%) sobre la tasa de inflación. De hecho es difícil pensar cómo puede pasar un funcional régimen de no proliferación nuclear sin el OIEA. Y además, cada organización internacional es tan buena como lo permitan sus países miembros.

Si queremos una agencia de verificación efectiva, atenta y rigurosa para el régimen de no proliferación nuclear, debemos permitir a nuestros gobiernos que tengan los necesarios derechos, pero también dar al OIEA el dinero necesario para trasladar al organismo estos derechos.

Una fuerza voluntaria para la ONU	89
<hr/>	
• <i>Gabriel Jackson</i>	89
<hr/>	
• <i>Roberto Mesa</i>	91
<hr/>	
• <i>Peter Weiss</i>	93
<hr/>	

Comentarios de GABRIEL JACKSON,
ROBERTO MESA y PETER WEISS

Una fuerza voluntaria para la ONU

*Las crisis que atraviesan países como la ex Yugoslavia o Somalia han hecho que el debate sobre el intervencionismo humanitario cobre un máximo interés. El anterior número de **Papeles para la Paz** daba cuenta de la propuesta del ex subsecretario general de la ONU Brian Urquhart para la creación de una fuerza multinacional voluntaria al mando de la ONU y la polémica despertada por tal proposición. Ante el interés que el tema suscita, se publican a continuación nuevas aportaciones al respecto de la viabilidad política y práctica de tal fuerza voluntaria y, sobre todo, de su funcionalidad.*

GABRIEL JACKSON

Historiador

Cuando recapacito sobre el posible provecho de una fuerza independiente de las Naciones Unidas tengo primero que pensar no sobre el indudable atractivo de tal fuerza o sobre quién llevaría a cabo el reclutamiento, el entrenamiento, el control en el campo, etc., sino sobre los conflictos armados actuales y los que con demasiada facilidad puedo anticipar que ocurrirán en las siguientes dos décadas. Parto de que es definitivamente intolerable aceptar acciones militares unilaterales para resolver conflictos armados; me pregunto a mí mismo qué formas de colaboración internacional serían

no solamente deseables sino además concebibles en el mundo actual. No estoy pensando en términos de justicia política, plenos derechos humanos, o sabiduría ecológica, tan sólo en la sobrevivencia feroz evitando varios métodos de genocidio. Cuando me hago preguntas sobre la antigua Yugoslavia, Angola, Haití, Somalia o El Salvador (países en situación de crisis); o acerca de los problemas fronterizos entre la antigua URSS y países como Turquía, Irán y China (países con conflictos potenciales); o en situaciones como las que involucran a Georgia, Armenia y Azerbaiyán (existentes pero hasta ahora sin estar sujetos a ninguna reacción diplomática internacional

estructurada), solamente puedo pensar en términos regionales. Por ejemplo, en el caso de la antigua Yugoslavia, se me ocurre que la OTAN es una posibilidad práctica. Los países de la OTAN disponían de toda la información que necesitaban acerca de la agresión serbia. Tenían los medios económicos para boicotear al agresor y los medios militares para repeler por lo menos algunas acciones específicas, como por ejemplo la destrucción de Dubrovnik o el constante bombardeo de artillería sobre Sarajevo. En el caso de Haití o de El Salvador, se me ocurre la Organización de Estados Americanos. Esta ha manifestado públicamente en repetidas veces su compromiso con la democracia hemisférica, y además dispone de más de los medios militares y económicos mínimos que se necesitan para acabar con el poder de estas dictaduras retrógradas. En ambas situaciones lo que ha faltado no es ni la autoridad reconocida ni los recursos materiales para resolver la crisis. Si falta voluntad política o si la hipocresía es tan grande que bloquea toda acción, ¿cuál es el sentido de estar hablando de crear una fuerza de las Naciones Unidas para intervenir en tales situaciones de crisis? Yo creo que posiblemente éste sea el factor que hace materialmente imposible el que yo pueda discutir seriamente las propuestas de Urquhart o los comentarios posteriores. No puedo empezar a dar crédito del realismo de esos señores. Si de parte de los países cercanos y los más directamente afectados no hay voluntad para actuar cooperativamente –en Bosnia– o si es tan grande la hipocresía sobre la democracia –en América– ¿cuál es el sentido de estar hablando sobre unas

fuerzas de Naciones Unidas que requirían un fuerte consenso de parte de toda la comunidad mundial?

No pongo en duda los motivos nobles de Urquhart, sin embargo todos los otros, pasados y actuales diplomáticos y funcionarios que están comentando su propuesta, conocen muy bien y muchos han tenido su parte en las múltiples hipocresías y juegos de poder, por lo que a mí simplemente me parece que es como estarles dando una oportunidad para que parezcan buenos tipos hablando todo lo utópicamente bueno que harán.

Vuelvo a mi idea principal sobre los agrupamientos regionales. Hasta la fecha, a todo lo largo de la antigua frontera soviética casi no hay ningún indicio de disposición para buscar soluciones negociadas a los muchos conflictos armados actuales y potenciales. Sin embargo, el primer paso por encima de las invasiones y guerras civiles tendrá que ser los acuerdos regionales. Rusia, Ucrania, Turquía e Irán tienen todos los medios que necesitan para resolver los conflictos territoriales de esa parte del mundo, y si no pueden ponerse de acuerdo políticamente no hay absolutamente nada que pueda proponer ninguna fuerza de Naciones Unidas, sin importar cuántos sean sus batallones, cuáles sus uniformes, o el idioma de entrenamiento y mando, o los medios de financiamiento. Si bien en mi opinión la comunidad mundial no puede seguir saltando por encima de las complejidades internas de las guerras regionales e imponiendo soluciones cuando los participantes regionales se encuentran excesivamente divididos para actuar, aún está la

cuestión particular de cómo mitigar el sufrimiento y defender alguna apariencia de derechos humanos. Al respecto yo creo que el papel más importante corresponde a organismos no gubernamentales como Amnistía Internacional, los cuáqueros, Médicos Sin Fronteras o el Comité Internacional de Rescate (IRC), los cuales pueden ser enormemente eficaces, en gran medida debido a que no representan ninguna amenaza directa para las autoridades políticas oficiales. No puedo tomar más en serio las preguntas sobre la reestructuración de las Naciones Unidas o sobre la creación de una fuerza militar voluntaria, pero espero que mis ideas puedan contribuir al análisis global acerca de cómo mejorar las oportunidades para la paz y los derechos humanos en todo el mundo.

Traducción: Amanda Lorío

ROBERTO MESA

*Catedrático de Relaciones
Internacionales de la
Universidad Complutense.*

La propuesta de Brian Urquhart se inserta directamente en las necesidades apremiantes de transformación de un sistema internacional que ha quedado obsoleto y, en consecuencia, ineficaz. El fin de la Guerra Fría supuso también la conclusión del sistema bipolar rígido que reguló las relaciones internacionales desde el inicio mismo de la década de los años 50. En la tesitura actual, no cabe duda

alguna sobre la oportunidad de la propuesta de Urquhart, que se incardina en el sentido del tan celebrado, por más que inexistente, Nuevo Orden Internacional.

La sociedad internacional se encuentra en una fase de transición en la que todavía conviven malamente los vestigios del pasado con las promesas de un futuro todavía incierto. La desaparición, en Europa, del que se llamó bloque comunista ha supuesto la eliminación de una serie de obstáculos que impedían el afloramiento de una serie de conflictos que permanecían sofocados por el rigor del enfrentamiento de la Guerra Fría y por la rigidez de sus normas. Ello quiere decir, y la posibilidad se ha convertido en realidad, que aparecerán no sólo conflictos intra-estatales, sino que también resucitará la desaparecida especie de las crueles guerras civiles. ¿Cómo enfrentarse a un mundo que parece condenado a una larga cohorte de conflictos armados, de todo tipo, con independencia de que su intensidad sea muy elevada o que sólo alcance cotas mínimas de destrucción?

Brian Urquhart recupera y reactualiza uno de los proyectos más originales de las Naciones Unidas para garantizar la seguridad colectiva. Pero, ahora, ya no sólo se trata de fuerzas de interposición y de fuerzas de mantenimiento de la paz. Lo que afirma Urquhart es la necesidad de que la ONU disponga de unas fuerzas de imposición de la paz. Sería reiterativo insistir en argumentaciones ya expresadas por las personalidades que han comentado la propuesta de Brian Urquhart (recogidas en el n.º 49 de *Papeles para la Paz*). Sin pretensiones de originalidad, pero con el deseo de contribuir a

Lo que afirma Urquhart es la necesidad de que la ONU disponga de unas fuerzas de imposición de la paz.

comentarios tan sugerentes, me atrevería a explicitar las siguientes observaciones:

1.- ¿Sería necesaria o no, para la creación de las fuerzas de imposición, la reforma de la Carta de la ONU? La respuesta es afirmativa, pero no sólo en lo que atañe a la composición de un Consejo de Seguridad que, actualmente, ya no refleja la correlación de fuerzas en la sociedad internacional.

¿De qué forma se compatibilizaría el art. 2/7 de la Carta (“no intervención en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los estados”) con las amenazas, quebrantamiento de la paz o actos de agresión del Capítulo VII? De mantenerse tales rigideces, sería sumamente difícil, cuando no imposible, imponer la paz en una guerra civil que supusiese graves violaciones de los derechos humanos fundamentales. Pero, ¿tanto de los derechos humanos individuales como de los colectivos? La actuación de la futura fuerza de imposición de paz, para ser operativa, no debería conocer ningún género de trabas; máxime, cuando abordamos un horizonte en el que posiblemente se multipliquen los conflictos armados de carácter interno.

2.- ¿Bajo qué mando estarían las fuerzas de imposición? Evidentemente, cualquier otra propuesta sería imperfecta: bajo el mando del secretario general de la ONU. Cobran aquí especial relevancia los Artículos 45, 46 y 47 de la Carta; y, muy en especial, los referentes al establecimiento del Comité de Estado Mayor, emplazado bajo la autoridad del Consejo de Seguridad.

¿De dónde procederían los contingentes y efectivos de las fuerzas de imposición? Lo más razonable sería que los estados

miembros creasen en sus propios ejércitos nacionales fuerzas especiales y altamente profesionalizadas a disposición permanente de las Naciones Unidas.

3.-El párrafo anterior apunta al núcleo del problema: la composición de las fuerzas de imposición. En pro del principio de unidad de acción, debería evitarse rigurosamente toda tendencia al hegemonismo y a la monopolización. Las excelencias de la división del trabajo indican que sería aconsejable que las grandes potencias asumiesen, sobre todo, los costes de la financiación; así, se eludiría una presencia capaz de despertar recelos o prestarse a operaciones confusas. Por lo demás, no hay que olvidar que aunque todos los estados miembros contraen los mismos compromisos, unos son más amantes de la paz que otros. La experiencia acumulada por las operaciones de mantenimiento de la paz es sumamente instructiva a este respecto.

4.-Aunque sea descendiendo al foro doméstico, la propuesta de Brian Urquhart es de gran interés para la acción exterior de España. Un país que ha vivido con atraso notorio su proceso de democratización, también está obligado a asumir su democratización internacional. Los “cascos azules” españoles, en Centroamérica y en la extinta Yugoslavia, han demostrado su capacidad y su preparación y, por añadidura, su actuación ha contado con el respaldo tanto de los partidos políticos como de la propia opinión pública. Actuaciones exteriores que han redundado en el acrecentamiento de los compromisos solidarios de España.

Si, por último, nuestro país aspira, como es legítimo, a ocupar un puesto de cierta relevancia en el

futuro Consejo de Seguridad, su participación en las operaciones de estas posibles fuerzas de imposición avalaría su candidatura. España, como país amante de la paz y cumplidor leal de las resoluciones de la ONU, revalidaría aún más su condición de Estado democrático.

* * *

PETER WEISS

*Abogado internacional,
presidente del Comité de
Juristas sobre Política Nuclear
y miembro de la Junta de
Asesores del Transnational
Institute, Amsterdam.*

Con la posible excepción de Marion Dönhoff, parece que todas las personas cuyos comentarios sobre la propuesta de Brian Urquhart aparecen en el n.º 49 de *Papeles para la Paz* piensan que es una buena idea. Sin embargo, la valoración de su viabilidad va desde el entusiasmo limitado de Stanley Hoffmann al profundo escepticismo de Aga Khan. Con un grado de coincidencia tan alto en el principio, es difícil no llegar a la conclusión de que es una idea cuyo momento ha llegado. Las siguientes sugerencias se refieren a las cuestiones principales que plantean los diversos comentaristas.

1.– Reclutamiento: no cabe duda de que es posible contemplar una fuerza pacificadora compuesta por contingentes de voluntarios en la reserva procedentes de las fuerzas armadas de varios estados miembros de la ONU. Pero este planteamiento tiene dos inconvenientes principales:
a) Exigiría que las fuerzas

armadas de cada nación participante estuvieran divididas en unidades en las que habría tanto voluntarios como no voluntarios para servir en la ONU; sin duda, una pesadilla administrativa.

b) No eliminaría los problemas políticos internos y externos inherentes a tal planteamiento. Internamente, la visión de la vuelta a casa de los soldados estadounidenses –o franceses, o alemanes– en bolsas, por no hablar de sus cadáveres arrastrados por las calles de una ciudad extranjera ante las cámaras de la CNN, haría surgir de inmediato el grito de «traigan a los muchachos a casa». Externamente, la imagen de unidades completas de las fuerzas armadas de una potencia importante –en especial, de Estados Unidos– combatiendo bajo la bandera de la ONU reforzaría la percepción generalizada de neoimperialismo al amparo de la ONU.

Así pues, es preferible la alternativa de Brian Urquhart de una fuerza exclusiva de la ONU compuesta por voluntarios reclutados en todo el mundo. Dicha fuerza comenzaría con el reducido número propuesto de 5.000 personas; toda larga marcha, como dijo alguien, empieza con un paso. Una vez puesta a prueba, podría aumentar hasta alcanzar el tamaño que exija la situación mundial en un momento determinado.

2.–Financiación: sí, costaría dinero. Pero ninguno de los comentaristas que abordan este problema ha tratado de calcular los costes de una intervención temprana frente a los que genera un control de daños tardío –por lo general, demasiado tardío–. Además, se podrían probar nuevos métodos de financiación

La consolidación de la maquinaria pacificadora de la ONU debe ir paralela a la democratización de su maquinaria de toma de decisiones.

que complementen el sistema vigente, mediante el cual el secretario general se ve obligado a mendigar contribuciones nacionales una vez que estalla la crisis en algún rincón del mundo. Por ejemplo, los ciudadanos que se alistén como voluntarios en la fuerza de la ONU podrían tener un equivalente en los contribuyentes que se ofrecieran voluntarios, con la cooperación de sus autoridades fiscales locales, para contribuir al mantenimiento de la fuerza de la ONU. Cien millones de contribuyentes de todo el mundo que pagaran una cuota media de diez dólares al año de sus impuestos, darían un magnífico total de 1.000 millones de dólares. Añádase un 1% impuesto sobre un comercio de armas mundial de 50.000 millones de dólares y se obtendrán otros 500 millones. Y el siguiente paso podría ser un impuesto del 0,5% sobre la producción de defensa para uso nacional.

3.–Mando y control: es instructivo el comentario de Robert Oakley relativo a los graves problemas que supone la creación de una estructura de mando unificada para una fuerza multilateral. Pero estos problemas no son insuperables: si Estados Unidos, por ejemplo, no desea participar en una operación que no satisfaga sus rigurosas condiciones, nadie puede obligarle a hacerlo. La operación camboyana, en la que no participaron las fuerzas de EEUU, parece haber resuelto el problema del mando y control razonablemente bien. Y todo el problema desaparecería en el caso de una fuerza exclusiva de la ONU.

4.–Directrices y normas de participación: varios comentaristas preguntan quién elaborará las directrices para la intervención de la ONU y las

normas de participación que regulen dicha intervención. La respuesta es obvia: como casi todo en la práctica de la ONU, estas directrices y normas evolucionarían con el tiempo –como ya ha epezado a ocurrir– en un proceso de pragmatismo creativo, bajo los auspicios generales de la Carta de la organización. Las directrices incluirían, claro está, casos especialmente flagrantes y masivos de desastres humanitarios y violaciones de derechos humanos, así como las violaciones del artículo 2/4 de la Carta. En última instancia, como dejó claro el Tribunal Internacional de Justicia –por desgracia, en opinión de este comentarista– en el caso de Libia, “las leyes de la ONU” son las que el Consejo de Seguridad diga. Así pues, por un lado, la intervención de la ONU no podrá producirse sin la sanción del Consejo de Seguridad. Por otro, los miembros permanentes se aseguran, con su derecho al veto, de que no podrá producirse ninguna intervención que no sancionen individual o colectivamente. Siendo así, resulta fácil coincidir con el general Obesango en que los países del Sur necesitan una voz más potente en los órganos de decisión de la ONU. La consolidación de la maquinaria pacificadora de la ONU debe ir paralela a la democratización de su maquinaria de toma de decisiones, aunque la primera no puede permitirse el lujo de esperar a la realización de la segunda. Algunas observaciones a modo de conclusión. Aunque la puesta en práctica de la propuesta Urquhart, junto con el reforzamiento de la capacidad para la mediación y la resolución de conflictos de la ONU, sería un paso bien acogido hacia el favorecimiento de la

prevención de las crisis frente a la gestión de éstas, no va lo bastante lejos (observación con la que probablemente coincidiría Sir Brian). La finalidad de la ONU, tal como previeron los autores de la Carta, no es poner fin a las guerras, sino evitar que comiencen. Esto exige, entre otras cosas, la reducción del comercio mundial de armas a los niveles mínimos necesarios para una defensa no provocativa, la restauración del respeto por el Derecho Internacional, y un método para afrontar las disparidades siempre crecientes entre los más privilegiados y los menos, tanto dentro de los países como entre ellos; todo lo cual excede el alcance de este comentario.

Traducción: Berna Wang.

Escalas de buques nucleares: una sentencia contradictoria	99
Desertización y migraciones: cuestiones clave	103
Ecología y desarrollo: problemas dialécticos	107

Testimonios

NICOLAU BARCELO

Escalas de buques nucleares: una sentencia contradictoria

Una sentencia dictada el pasado junio por la Audiencia Nacional confirma que la presencia de armas nucleares en un buque fondeado en un puerto español es una "introducción de armas nucleares en territorio español" y, por tanto, un acto contrario a la segunda condición del referéndum de la OTAN y al Convenio Bilateral firmado en 1988 entre España y Estados Unidos. Sin embargo, desestima la demanda para anular una autorización de escala de un buque nuclear.

En junio de 1990, l'Assemblea per la Pau i el Desarmament de Palma de Mallorca presentó un recurso de reposición ante el Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE) contra la autorización de escala al portaaviones *Dwight E. Eisenhower* (CVN-69) por su condición de buque dotado de armas nucleares. El recurso se refería en concreto a la escala que el Eisenhower efectuó en la bahía de Palma de Mallorca entre los días 15 y 22 de junio de 1990.

Al mes siguiente, julio de 1990, el MAE rechazó el recurso de reposición y confirmó la validez de dicha autorización. El rechazo se basaba en que la presencia de armas nucleares era una "mera presunción" por parte de l'Assemblea y en que "en el supuesto de que efectivamente el portaaviones *Eisenhower* hubiera llevado a bordo armas nucleares y de este hecho hubiera tenido constancia el Gobierno español", no se trataría de un caso de "introducción" de armas nucleares, sino de "tránsito".

A continuación, l'Assemblea presentó un recurso contencioso-administrativo ante la Audiencia Nacional. La Audiencia falló el 5 de junio de 1993.

Nicolau Barceló es miembro del área de Ecología del Centro de Investigación para la Paz y de Greenpeace.

Antes de analizar el contenido de la sentencia, conviene recordar muy brevemente algunas cuestiones importantes sobre las escalas de buques nucleares en España. En primer lugar, la prohibición, derivada del texto de la pregunta del Referéndum de la OTAN y del Convenio de 1988 entre España y EEUU, de instalar, almacenar o introducir armas nucleares en territorio español. En el texto del convenio, se acuerda, sin embargo, que ambos países no se solicitarán información sobre el armamento que porten sus naves de guerra durante las escalas en el otro país.

En segundo lugar, la consigna de la Marina de EEUU de "*Neither Confirm Nor Deny*" (NCND, ni confirmar ni desmentir) la presencia de las armas nucleares a bordo de sus buques. La práctica de responder con un NCND se ha mantenido hasta 1993, a pesar de las múltiples evidencias que permitían confirmar o desmentir la presencia del armamento nuclear.

En tercer lugar, la intensa campaña que Greenpeace y un conjunto de grupos pacifistas llevaron a cabo entre los años 1987 y 1991 contra la presencia de buques nucleares en los puertos españoles. Esta campaña fue muy activa en Barcelona, Valencia, Alicante, Cartagena, Málaga, Cádiz y Palma. También el CIP se hizo eco de la misma en varios de sus *Anuarios* y en el *Papeles para la Paz* 31-32.

Argumentos rebatidos

La sentencia es, a la vez, muy interesante y contradictoria. Interesante por su exposición del tema y por su rechazo de todos los argumentos del abogado del Estado. Contradictoria porque en el punto Quinto de los Antecedentes de Hecho deniega "el recibimiento a prueba del pleito" y, en su fallo, la desestimación de la demanda de l'Assemblea se basa en la ausencia de pruebas –"a ciencia cierta"– sobre la presencia o ausencia de armas nucleares a bordo del *Eisenhower*. La Audiencia rehúye la comprobación. Todo un éxito para los inventores de la máxima de NCND y un alivio para los redactores de la pregunta del referéndum de la OTAN y del Convenio bilateral.

La sentencia sintetiza la demanda de l'Assemblea –se pide la anulación de la autorización que el MAE concedió al *Eisenhower* para fondear en Palma basándose en su condición de portador de armas nucleares– y resume –rebatíendolas una a una– las causas de inadmisibilidad de la demanda formuladas por el abogado del Estado.

Las causas de inadmisibilidad pretendidas por el abogado del Estado son las siguientes:

1.– Conceder la autorización de escalas es un acto político, no administrativo, por lo que el procedimiento contencioso- administrativo es incorrecto.

2.– L'Assemblea no es una entidad de legitimidad activa y el recurso excede su límite estatutario.

3.– En el supuesto de que hubiera armas nucleares a bordo del *Eisenhower*, se trataría de tránsito, no de introducción, pues este término se refiere a introducir para almacenar o instalar.

4.– En el referéndum sobre la OTAN y el convenio entre España y EE.UU., el

término territorio nacional se refiere solamente a la parte terrestre, diferenciándose de "mar territorial" y "espacio aéreo".

La Audiencia, en la parte Fundamentos de Derecho, rechaza estas cuatro causas de inadmisibilidad y afirma, siguiendo el mismo orden:

- a) La autorización de escalas es un acto administrativo basado en fuentes legales (el convenio bilateral). De carácter político fue la redacción del articulado del convenio, pero no la concesión o denegación de escalas. Así pues, el procedimiento seguido es el correcto.
- b) L'Assemblea es una entidad perfectamente legitimada para tal recurso. Es suficiente con leer su nombre y con recordar que el MAE le respondió, tomándose con mucho interés su recurso inicial.
- c) La palabra "introducción" tiene significado propio, no en función de las palabras "instalación" o "almacenamiento". Así pues, de haber armas nucleares en el *Eisenhower*, habría introducción de las mismas.
- d) "Si por razones de calado u otro motivo náutico o de otra naturaleza, un portaaviones atraca no en un puerto sino en la bahía, debe entenderse que lo ha hecho en territorio nacional o español, pues de lo contrario no habría surgido este pleito ya que ni se pediría ni se otorgaría autorización alguna al no encontrarse el buque en un puerto o en un fondeadero español".

En síntesis, según la Audiencia Nacional, la escala de un buque supone la introducción en territorio nacional de su armamento: "la escala de un buque con armamento nuclear es una modalidad de introducción de este armamento en nuestro territorio". Esta afirmación contradice de plano la posición mantenida por el Gobierno socialista desde el referéndum de la OTAN y coincide con la argumentación de los pacifistas, que no es otra que la de leer con sentido común la segunda condición de la pregunta de dicho referéndum.

Tras el contundente rechazo de los argumentos del Abogado del Estado, la sentencia efectúa un giro inesperado –que entendemos contradictorio– y decide desestimar la demanda de l'Assemblea.

Merece la pena transcribir otro fragmento de la misma: "Se presupone que, por razones de buena fe, EEUU no pedirá autorización para un buque con armamento nuclear y si así fuere quien habría incumplido el convenio habría sido EEUU y no España (...), salvo que el Ministerio de Asuntos Exteriores supiese a ciencia cierta –y este conocimiento sería el objeto de la prueba pero en autos no consta– que era notorio que el portaaviones *Eisenhower* los días 15 a 22 de junio de 1990 portaba armamento nuclear".

Precedente judicial

George Bush anunció el 27 de septiembre de 1991 que la Marina estadounidense iba a iniciar un proceso de retirada y almacenamiento de las armas nucleares tácticas que hasta la fecha navegaban en sus buques y submarinos. Las bombas nucleares de gravedad y de profundidad de la flota de portaaviones no serían

En síntesis,
según la
Audiencia
Nacional, la
escala de un
buque supone la
introducción en
territorio
nacional de su
armamento.

desmanteladas, sino almacenadas en las bases de la Marina en territorio estadounidense. El 2 de julio de 1992 Bush anunció que esta operación había concluido. Greenpeace siguió de cerca el proceso y tiene constancia de que el *Eisenhower* fue el último portaaviones en dejar su armamento nuclear en la base de Norfolk, ya en pleno 1992.

Por ello se puede afirmar que, durante su escala en la bahía de Palma en junio de 1990, este buque llevaba a bordo más de 100 cabezas nucleares para sus aviones. El manejo que del Acta de Libertad de Información de EEUU efectuó el investigador William Arkin y sus colaboradores da datos más que suficientes para dejar en evidencia al MAE, a la Audiencia Nacional y a la propia Marina estadounidense. Así pues, la buena fe de la Audiencia Nacional es, en el mejor de los casos, ingenua.

Ese proceso de desnuclearización parcial por el que ha pasado la Marina estadounidense limita muchísimo las visitas de buques dotados de armamento nuclear a los puertos españoles, ya que sus submarinos estratégicos nunca realizan escalas portuarias y la Marina Real británica también ha retirado su armamento nuclear táctico. Solamente en el caso de escala –poco habitual– de algunos buques franceses podría darse una situación en la que el MAE se viera en la tesitura de tener que acatar el contenido de la sentencia, refugiándose en el último parapeto del "no hay pruebas" que certifiquen la presencia de armas nucleares, una vez derribados los débiles argumentos del "no es introducción, es tránsito" y del "mar territorial diferente del territorio nacional".

GRACIELA MALGESINI

Desertificación y migraciones: cuestiones clave

Alrededor de 50 expertos de varios países se reunieron en el Simposio sobre Desertificación y Migraciones, organizado por el Ministerio de Asuntos Exteriores, la Estación Experimental de Zonas Áridas del CSIC y el Secretariado del Comité Intergubernamental para la Negociación de una Convención de Lucha contra la Desertificación (Almería, del 9 al 11 de febrero). Como consecuencia de dicha reunión, se elaboró la Declaración de Almería, que será un documento básico para la discusión en las futuras negociaciones de la Convención, la cual podría firmarse en París, en junio próximo.

Destacamos a continuación algunos datos aportados durante las sesiones y algunas conclusiones importantes del simposio:

- En medio siglo, el planeta ha perdido el 11 % de la superficie cultivada. De los 47 países más pobres del mundo, 35 sufren procesos de desertificación aguda. El 40 % de las tierras áridas del mundo se encuentra en África, pero también es un problema de importancia creciente en los países de la Comunidad Europea.
- España tiene un alto interés en el tema porque cerca del 40% de su territorio presenta, en distinto grado, problemas de desertificación (particularmente en provincias como Almería, Castellón, Valencia, Alicante, Murcia, Granada y Málaga) que continúan produciendo migraciones rural-urbanas, incluyendo el éxodo desde pueblos pequeños y medianos. La desertificación tiene una incidencia directa en el uso del agua en España: el 80% del consumo está destinado a usos agrícolas, con el consiguiente peligro de sobreexplotación de los acuíferos.
- Se estima que la población humana del planeta se duplicará en los próximos 50 años. Un segmento de opinión sostiene que ésta es la principal amenaza al medioambiente físico, mientras otro afirma que no se trata tanto de la cantidad total de personas, como del estilo de vida y especialmente de los niveles de consumo, de recursos, y de energía del 20% más rico de dicha población. Lo cierto es que este incremento demográfico producirá un aumento mayor aún de la pro-

Graciela Malgesini es Coordinadora del Área de Economía y Sociedad del CIP. Directora del Programa de Estudios Migratorios del CIP. La Declaración de Almería puede ser solicitada a la autora de este artículo, CIP, Alcalá, 117, 6º, 28009 Madrid.

100 millones de personas son migrantes internacionales, pero se estima que los migrantes internos son mucho más numerosos.

ducción económica global. La tendencia emergente a sobreexplotar los recursos renovables puede acelerarse a una velocidad sin precedentes en la historia humana.

- La desertificación es un problema complejo, con consecuencias múltiples. Se lo considera directamente en términos de aridización y pérdida de potencial biológico en grandes extensiones debido a interacciones climáticas, ecológicas y socioeconómicas (como pobreza, desigualdad en el régimen de tenencia de la tierra, altas tasas de crecimiento demográfico, guerras civiles e internacionales). En segunda instancia, como una consecuencia posible de la concentración de poblaciones humanas derivadas de migraciones. De este modo, la desertificación puede tanto provocar, como ser el resultado de procesos migratorios masivos.
- No hay evidencia suficiente para afirmar que de todo proceso de deterioro medioambiental resultan necesariamente migraciones. Sin embargo, de los casos presentados de países africanos, México, Rusia, Turquía, Siria, Grecia y Marruecos se reconoce que los procesos de desertificación constituyen un factor principal de expulsión de personas de su hábitat, junto con otras motivaciones posibles (persecuciones, inseguridad, guerras, crisis económica, epidemias, etc.).
- Han ido apareciendo evidencias de una correlación entre pobreza, desertificación y conflictos de varios tipos en áreas áridas y semiáridas. La base común es el proceso de exclusión de grupos vulnerables, sujetos al sufrimiento y a la opresión, dependientes de ecosistemas frágiles y bajo presión.
- De las alrededor de 50 guerras que se están desarrollando actualmente, cerca de 20 tienen una dimensión ambiental o están inducidas por cuestiones ecológicas. La mitad de estas últimas se asocia con tierras áridas. Muchos de estos conflictos no entran en la consideración de los gobiernos centrales, ni del mundo en su conjunto.
- En 1993/94 hay unos 100 millones de personas que son migrantes internacionales, pero se estima que los migrantes internos son mucho más numerosos. Cerca de 35 millones, incluyendo refugiados, están en África subsahariana; de los restantes 65 millones, cerca de las tres cuartas partes están distribuidos entre Oriente Medio, Sudeste Asiático, América del Norte y Europa Occidental. Las migraciones por causas medioambientales han sido estimadas muy globalmente como el 10 % de las migraciones totales, proporción que tenderá a aumentar en el futuro en cerca de 3 millones anuales conforme se agraven los problemas ecológicos del planeta, en especial de los ecosistemas frágiles. Aproximadamente la mitad de ellos se origina en África, procedentes mayoritariamente del éxodo rural.
- Al mismo tiempo, se considera que estas personas preferirían vivir en sus lugares de origen, si tuvieran la posibilidad de optar. De allí se derivaría no sólo el derecho humano a la libertad de movimiento, sino también el de poder optar a permanecer en sus hogares disfrutando condiciones de vida razonables.
- La planificación y la gestión del uso sostenible de la tierra en las zonas secas susceptibles de sufrir la desertificación deben prestar atención a las estrategias de conservación del suelo y del agua, de forma tal que resulten prácticas ecoló-

gicas y agrícolas económicamente viables, tomando plenamente en consideración los conocimientos tradicionales y la participación de la población local.

- La prevención de las migraciones forzadas por la desertificación debe basarse en la promoción de la agricultura sostenible y en una gestión eficiente de las tierras áridas, a través de proporcionar financiación, tecnología, desarrollo de las capacidades e incentivos económicos.
- Los estudios de los ecosistemas de zonas secas deberían investigar la correlación entre desertificación, pobreza y migraciones, volviéndose parte de un primer sistema preventivo de potenciales crisis humanitarias.

SUSANA CASADO
ANGEL A. DEL SANTO

Ecología y desarrollo: problemas dialécticos

Del 3 al 5 de noviembre de 1993, con motivo del VII Centenario de su fundación, la Universidad Complutense de Madrid organizó a través de su Club de Debate el primer foro internacional, titulado "Ecología y Desarrollo: escalas y problemas de la dialéctica desarrollo-medio ambiente". El foro respondía a la necesidad de concienciar a los ciudadanos de los países desarrollados sobre la degradación medioambiental actual y las posibles vías de desarrollo para contrarrestar coordinadamente esta amenaza global, y alcanzar una sociedad mundial viable.

El modelo de desarrollo actual en sus diferentes manifestaciones es el principal causante del deterioro del planeta. Esto es lo que rubricaron todos y cada uno de los destacados ponentes. Al final, el "eco" lógico del grito de la Tierra logró el consenso en un desarrollo sostenible. Pero éste se puede quedar en letras mojas si no sabemos trasladarlo a los gobiernos. Y aquí es donde radica el problema. ¿Cómo podemos pedir a los políticos que abandonen un modelo que ha permitido el crecimiento? En este sentido, los países no desarrollados imitan a los que han alcanzado un grado de desarrollo deseable, pero este camino supondría una destrucción absoluta del ecosistema si no evitemos los mismos errores.

Desde que la *troika* Thatcher-Reagan-Kohl fortalece el papel internacional del FMI y del Banco Mundial, se activa la producción y difusión de los trabajos de perfil monetarista-librecambista, y se recomienda a los países en vías de desarrollo que se abran al mercado sin cortapisas. Pero la apertura al comercio internacional, que inicialmente supone para esas economías poder obtener recursos alter-

Susana Casado y
Angel A. del Santo son
colaboradores del área
de Economía y
Sociedad del CIP.

nativos que por sí mismas no pueden generar, plantea una serie de problemas que la experiencia se ha encargado de demostrar. Así, la producción de bienes básicos es casi la única fuente de ingresos para estos países, pero sus precios se han visto reducidos, y ésto ha aumentado su deuda externa, capaz de frustrar sus legítimas aspiraciones al desarrollo al no cubrir sus proyectos de inversión y dejarles los bancos sin préstamos. Estas economías dependen de la importación de productos manufacturados para realizar su expansión industrial y satisfacer las mayores necesidades de consumo de sus habitantes, lo que les ha conducido a un déficit crónico de su balanza de pagos, ya que la demanda de bienes importados ha sido siempre superior a la capacidad del país de obtener ingresos por sus exportaciones. Para solventar esta situación, quedan abocados a explotar depravadamente sus reservas, lo que les ha llevado a un agotamiento paulatino de sus recursos naturales y a una disminución del crecimiento económico. La política restrictiva instigada por el FMI en la década de 1980, con austeras medidas fiscales y monetarias, no ha hecho sino agravar aún más la crisis en los países en vías de desarrollo y el crimen ecológico. Pero, ¿cómo podemos pedir que se respete el medio ambiente cuando ni los países que encabezan el desarrollo lo han hecho? ¿Con qué derecho lo hacemos si les negamos otra salida?

Amazonas, el gran ejemplo

La selva tropical del Amazonas continúa siendo sede de la más alta diversidad biológica con tal concentración de exuberancia vegetal que hace que exista un elevado índice de nutrientes y una alta acumulación de biomasa. Sin embargo, en los últimos 25 años se ha producido una degeneración muchas veces subestimada por necesidades políticas y económicas. Pero los hechos están ahí, el bosque atlántico ha desaparecido, el de la zona templada ha sido eliminado por la acción de los madereros, y respecto al bosque cerrado apenas se ha difundido su pérdida por no tener el mismo interés. Estos contienen alrededor del 80% de todas las especies de seres vivos del planeta y están desapareciendo a un ritmo de 21 millones de hectáreas al año. Un 95% de la población nativa ha sido eliminada, ya sea por enfermedades importadas o por la desintegración social. Las causas hay que buscarlas en los pequeños agricultores, la ganadería a gran escala, los experimentos agroforestales, el comercio de madera, proyectos hidrológicos y mineros, etc. Hacia 1960 comienza la construcción de carreteras, en concreto la transoceánica, que constituyó un gran fracaso ya que el quemado de enormes bosques y la liberación de carbono incrementó el efecto invernadero y además no llevó la salvación a la gran masa de pobres. La obtención de caoba continuó a pesar de ser más difícil su extracción que la del sureste asiático por tratarse de un árbol que no crece formando bosques de su misma especie, sino aislados, y ésto devastó aún más la selva. Se ha intentado desde entonces una explotación controlada de madera mediante su mercado, pero se ha tropezado con barreras como la corrupción de las instituciones. Este es un tema importante ya que éstas tienen el papel de "filtros, no sólo entre los individuos y el *stock* de capital, sino también entre el *stock* de capital y la actuación de la economía determinando el volumen de producción del sistema y la

distribución de la renta"; por tanto, un desarrollo institucional es vital para comprender un desarrollo económico.

¿Por qué debemos conservar el Amazonas? Porque es el único gran pulmón que nos queda, porque preservar la diversidad genética con su potencial farmacéutico puede salvar muchas vidas en el futuro, porque es la tierra natal de las tribus indígenas, porque el carbón almacenado en su vegetación es encomiable, y su influencia sobre el clima es directa. Razones sobran, intenciones faltan.

¿Devastamos la Tierra?

Los últimos 40 años han sido acelerados económicamente e industrialmente. Esto ha supuesto una dificultad añadida: el saber analizar y fijar los cambios acaecidos. Muchos de los sistemas empleados no han previsto su poder de destrucción sobre los ajustes milenarios tales como la descomposición de procesos naturales, el ciclo hidrológico, alteración de los suelos y cambios de diversidad biológica.

Se afirmó que el agotamiento de los recursos y el aumento de la contaminación son tales que estamos en los límites de tiempo para poder reaccionar a un futuro colapso. Todos coincidieron en llamar la atención sobre el crecimiento exponencial demográfico y la creciente dependencia del consumo de energía. La población humana podría duplicarse antes de 40 años y alcanzar los 11.000 millones, lo que nos puede conducir, si no se remedia, a los umbrales de la catástrofe. Se cifra que la población mundial aumenta en 92 millones de personas al año, lo cual plantea tensiones sin precedentes en la capacidad de resistencia biológica de la Tierra. Aún más, se prevé que para el 2025 se alcancen de 7 a 9,5 mil millones de habitantes, según estimaciones de la ONU. Pero, a pesar de la gravedad que se desprende si se tiene en cuenta que las 4/5 partes vivirán en los países subdesarrollados, a nuestro modo de ver el crecimiento no es la principal causa, sino su concentración; además, todavía persiste la polémica sobre si es o no un problema real. Aun así, cabe el argumento arriesgado de la preocupación inversa que sufren los países más desarrollados que ven como sus tasas de natalidad descienden y se produce un abarillamiento de las pirámides de población, entonces ¿qué masa trabajadora apoyará su sistema? ¿No estaremos destacando la población como argumento para mantener la dependencia del Tercer Mundo sobre todo cuando el crecimiento demográfico ha dado la oportunidad de acelerar el desarrollo económico occidental?

Respecto a los recursos energéticos, todos coincidieron en señalar su pérdida tanto cuantitativa como cualitativa. Además se destacó el crecimiento exponencial de los sumideros. Los recursos renovables peligran al no calcularse su tiempo de reposición, sobre todo cuando no se reduce su producción hasta su extinción biológica. Esto también sucede con los no renovables, agravándose la situación al tener éstos una dinámica negativa en la que sólo cabe su sustitución por otras energías.

Aunque se han conseguido logros en la reducción de la contaminación como la prohibición del DDT y los clorocarbonos, y la creación de gasolinhas sin plomo, falta aún mucho camino para evitar el colapso porque, en primer lugar, se carece de personal que controle y ejecute medidas en el medio ambiente; además, pade-

En España se generan al año más de 2 millones de toneladas de residuos tóxicos peligrosos de los cuales sólo el 10% recibe el tratamiento adecuado.

ceмос ya una deuda ecológica –cada segundo el mundo industrializado emite una tonelada de gas tóxico– ya que, aún con su prohibición, emisiones anteriores de CFC permanecerán 80 años haciendo daño; y, por último, no se hace todo necesario al existir todavía residuos orgánicos que van directamente a la alcantarilla y de ahí al mar pudiendo ser semitratados. A este respecto en el gran Buenos Aires entre un 50 y un 70% de la población carece de alcantarillado. Sólo en España se generan al año más de 2 millones de toneladas de residuos tóxicos peligrosos de los cuales sólo el 10% recibe el tratamiento adecuado. De los aceites usados se generan cada año 250.000 toneladas de las que 200.000 van a la alcantarilla, teniendo en cuenta que un litro de aceite usado vertido al suelo contamina una superficie de 625 m², el hecho se agrava.

Hacia el desarrollo sostenible

Visto el panorama, lógico es sacar la conclusión del inminente riesgo de colapso de la humanidad, tanto de los países ricos como de los pobres, como resultante de las contaminaciones, la superpoblación, la criminal distribución de bienes entre países pobres y ricos, la extrema miseria de la quinta parte de la humanidad y la estallante presión migratoria. Por eso el Club de Roma afirma que el concepto de desarrollo del modelo OCDE es muy probable que colapse, porque está basado en la diosa “Crecimiento” devuelta a su pedestal tras la crisis petrolera del 73, que hizo abandonar el crítico análisis multidisciplinar de los *development studies* –objetivos e indicadores del desarrollo–.

Todos los participantes apostaron por un modelo de desarrollo sostenible a largo plazo. La Tierra no crece, se desarrolla sin crecer, evoluciona cualitativamente sin expandirse cuantitativamente, por tanto el crecimiento debe ser diferenciado del desarrollo. La economía debe en alguna escala adaptarse a ese mismo modelo de desarrollo sin crecimiento o desarrollo sostenible. Una economía de desarrollo sostenible es aquella cuya escala permanece constante en un nivel que no daña al medio ambiente más allá de su capacidad regenerativa, ni contamina más allá de su capacidad de absorción. El tamaño de esta economía vendría dado por la definición del óptimo, es decir, hasta que cada incremento adicional nos perjudique más de lo que nos beneficie.

Una distribución justa se logra a través de una política económica a base de impuestos y directrices. Este mecanismo debe ser llevado al medio ambiente y para ello habría que delimitar la propiedad de los bienes ambientales, después valorarlos, y por último ejecutar un sistema de permisos comerciables. En la contabilidad del PNB tampoco se tiene en cuenta el agotamiento de los recursos naturales, es más, en la balanza de pagos la tala de bosques es una deducción de capital natural en la exportación, y sin embargo se contabiliza como ingresos –madera–. Si cambiáramos ésto, muchos países tendrían déficit y ésto llevaría a una nueva política por parte del FMI. Ante todo tenemos que mejorar las señales e indicadores que nos dicen dónde estamos en relación a nuestros límites. Esto exige una mayor supervisión ecológica. A corto plazo, se debe minimizar la extracción de recursos no renovables ya que casi una cuarta parte de la energía utilizada la podemos obtener reciclando la existente. Habría que encarecer el precio de

los recursos hasta un nivel óptimo; ésto supondría la creación de mercados secundarios, que animaría a los países en vías de desarrollo. En el Tercer Mundo habría que equilibrar la población, en el Norte cambiar la cultura del consumo, y en los países del Este acabar con la tecnología sucia.

Es deseable que los sistemas de investigación que soporten este desarrollo reflejen los problemas reales y busquen soluciones específicas con transferencias tecnológicas determinadas, no a gran escala. Respecto al progreso tecnológico, la humanidad tiene que cambiar su dirección con un programa económico que cree puestos de trabajo. Asumiendo una cuatriplicación de la productividad, seríamos capaces de doblar la riqueza global, reduciendo a la vez la tensión sobre el medio ambiente por un factor de dos. Sin embargo, es más fácil eliminar puestos de trabajo que rentabilidad, pero este cambio de rentabilidad es necesario y debe ser ardua tarea de los políticos. Las tecnologías deben recordar los modelos tradicionales que sabían armonizarse con el medio ambiente y así conseguir un rejuvenecimiento de la biosfera.

En el plano ético, todo el análisis coste-beneficios está realizado antropocéntricamente, en costes para el hombre y no para el medio ambiente. Este debe abandonar ese centro, abandonar las enseñanzas competitivas de dominación sobre las fuerzas de la naturaleza, el mercado y del resto de los hombres para devenir en un humanismo ecológico. En este sentido el maestro Karl Popper, en *La sociedad abierta y sus enemigos*, nos recuerda que las Escrituras nos mandan amar a nuestro prójimo, y no a nuestra tribu. En definitiva, todos apostaron por una revisión y recuperación de los valores tradicionales, como el amor y la solidaridad. Recordemos que “el verdadero desarrollo no puede consistir en una mera acumulación de riqueza o en la mayor disponibilidad de los bienes y de los servicios, si esto se obtiene a costa del subdesarrollo de muchos, y sin la debida consideración por la dimensión social, cultural y espiritual del ser humano”.

La objeción de conciencia. Ejército, individuo y responsabilidad moral	115
Reinasance d'une puissance? Politique de défense et réforme militaire dans l'Espagne démocratique	119
La pobreza capitalista	121
Crecimiento, competitividad, empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI	123
Crisis y acción humanitaria independiente. Escenarios de crisis	128

JOSÉ LUIS GORDILLO;
*La objeción de conciencia -
 Ejército, individuo -
 responsabilidad moral.*

Paidós, Barcelona, 1993,
 253 páginas.

En noviembre de 1968, todavía caliente la invasión soviética de Checoslovaquia y pocos días después de que Nixon ganara las elecciones presidenciales de EE UU, cuando el temor a la guerra nuclear se multiplicaba, recién firmado el tratado de no proliferación pero también recién incorporada Francia al grupo de los países poseedores de la bomba termonuclear, el senador norteamericano Russell, entonces presidente del Comité de las Fuerzas Armadas del Senado, manifestó con espectacular contundencia: “Si hemos de empezar de nuevo con otro Adán y otra Eva [tras el holocausto final de una guerra nuclear total], quiero que sean norteamericanos y no rusos, y los quiero en este continente, y no en Europa”. Tan extraordinario deseo viene a la memoria cuando el autor del libro comentado concluye la introducción afirmando que él “toma partido a favor de quienes valoran como bueno y deseable el ideal de asegurar la supervivencia de la especie humana en condiciones de vida dignas para todos sus miembros”. El hecho de que el citado senador también sintiese la misma preocupación, aunque para él las condiciones de la continuidad de la humanidad fuesen algo distintas que las de José Luis Gordillo, puede servir para mostrar el amplio espectro de opiniones generadas en torno a algunas de las fundamentales cuestiones que se tratan en este libro.

Su título engaña. No es que no se

refiera a la objeción de conciencia. Sí habla de ella, y además de modo amplio, sólidamente fundamentado y, podría afirmarse sin exageración, casi exhaustivo. Lo que ocurre es que, además, se tratan otros asuntos primordiales, muy relacionados con el sujeto central del libro pero que no todos los que sobre esta materia escriben suelen tener en consideración. El lector que en él penetre leerá sobre la esencia de la guerra, sobre la teoría del Estado, sobre la democracia real y teórica, sobre la desigualdad social, y sobre la disuasión nuclear y las defensas alternativas, entre otras cosas. Una buena apoyatura histórica y un uso amplio de fuentes de gran valor, permiten a Gordillo hacer interesantes incursiones en temas paralelos que aparentemente poco tendrían que ver con la objeción de conciencia pero de los que enseguida resulta evidente su pertinencia.

Repartidas por el texto se plantean diversas preguntas trascendentales: ¿hay guerras justas?, ¿es la función real de los ejércitos defender solidariamente a todos los miembros de una determinada sociedad?, ¿puede exigirse igualdad y solidaridad ante la muerte a los combatientes, si no hay igualdad social?, ¿existe realmente la democracia representativa en los estados modernos? Estas cuestiones afectan tanto a los objetores de conciencia como a todos los ciudadanos que se sienten responsables por el hecho de serlo. Algunas reciben respuestas inmediatas; otras, como no podría ser menos, quedan en suspenso. Se aludirá a ello más adelante. Hay un propuesta inicial que, lamentablemente, no puede ser atendida de modo satisfactorio: “desinventar” la guerra. La

objeción de conciencia puede avanzar por ese camino, como el autor se esfuerza en mostrar, mas esto es sólo un peldaño más en una escalera cuyo final apenas se percibe, perdido entre las brumas de la utopía. Pero no importa: si el autor ha logrado un objetivo importante –su obra será desde ahora imprescindible para cualquier estudio sobre la objeción de conciencia, un verdadero *must* en la materia–, no podría esperar a la vez resolver en unas páginas asuntos harto complicados, entre los que la desaparición definitiva de las guerras ocupa lugar preferente. El título del último capítulo, donde se aborda este asunto (“A modo de conclusión”) es significativo, pues no es una verdadera conclusión a lo que en las páginas anteriores se expone, sino una ventana abierta a un utópico futuro todavía muy lejano, por el que se lucha desde la objeción de conciencia, pero también desde otras muchas perspectivas, como la de este comentario: la investigación para la paz. Tiene gran interés la parte del libro dedicada a analizar la “prehistoria del pacifismo”, olvidada a menudo en otros trabajos similares. El moderno objetor de conciencia descubre que no está solo; muchos, desde perspectivas muy distintas, le han precedido en sus inquietudes. Sorprende encontrar una extensa referencia a la rebelión anabaptista de Münster, en la primera mitad del siglo XVI, argumento de uno de los últimos libros de José Saramago, *In Nomine Dei*, donde religión, política y revolución se muestran en un brillante ejercicio literario y teatral en la lengua hermana de Portugal. La atención prestada a los objetores, desde el protestantismo hasta Lenin, no

carece de bases harto prosaicas: muchos de aquéllos eran buenos trabajadores, eficaces labradores y constituían grupos sociales homogéneos y disciplinados. Esto venía bien para muchos estados en expansión o de nueva creación. A los gobernantes no les movía la filantropía sino el mero interés. El paralelismo que en varias ocasiones se hace en esta obra entre dos tipos de objeción de conciencia –al servicio militar y a la práctica del aborto por los profesionales de la medicina– pone de relieve la injusticia de la actual legislación española, entre otras cosas. Un médico que no desea practicar abortos no necesita someter una instancia a un órgano superior, ni ser declarado objetor por el Estado, ni cumplir una prestación social más larga que su trabajo ordinario. Sin embargo, si se extendiese este tipo de objeción, se imposibilitaría el debido cumplimiento de las leyes democráticamente adoptadas por una sociedad y que regulan la práctica del aborto en ella. Esto no preocupa tanto al legislador como el posible incumplimiento de las leyes que permiten a los hombres entremetarse en una guerra. Porque si se extiende la objeción de conciencia al servicio militar se pone en peligro la defensa nacional y de ahí que haya que limitar el derecho a la libertad de conciencia en este asunto. Es más que evidente que el peso mítico de estos dos conceptos – “derecho al aborto” y “defensa nacional” – es tan distinto todavía para los clichés habituales de la sociedad, que apenas se percibe la injusticia inherente a la diferencia entre ambas legislaciones. De la lectura del libro no se deduce que, para el autor, la guerra siempre sea injusta. Ni que

pueda haber guerras justas. En algunos casos se mezcla el *jus ad bellum* con el *jus in bello*, lo que, por otra parte, parece ir de acuerdo con las modernas tendencias al respecto, sobre todo desde que las armas de destrucción masiva hacen imprescindible tener presente que el fin nunca puede justificar los medios. Dejemos, pues, abierta esta cuestión. Parece lógico que, en el actual sistema de estados soberanos, haya que admitir la existencia de guerras justas. Pero lo que sí queda demostrado en el libro es que los ejércitos no defienden solidariamente a todos los individuos de una misma sociedad. El autor de este comentario ha dejado escrito en *El País* (16-IV-93) que una de las causas que provocaron la Semana Trágica de Barcelona fue que “los soldados reservistas catalanes que se negaban a embarcar para ser trasladados al Rif tenían la sospecha de que sus vidas no se arriesgaban por la patria, sino más bien por defender los intereses mineros que habían surgido en aquella zona del Protectorado y que, a cambio de su sacrificio personal, se beneficiarían unos pocos especuladores”. La cosa queda, por tanto, bastante clara y no será aquí donde se ponga en entredicho.

Para Gordillo, si siquiera el Estado del bienestar cumpliera sus objetivos, podría esto legitimar en cierta medida el servicio solidario a la sociedad; pero dado que tal tipo de Estado, incluso, se encuentra hoy en franco declive, no se ve razón alguna para creer que la función de la defensa militar del Estado sea en realidad equitativa y solidaria. Este es un punto de decisivo peso a la hora de enjuiciar el valor de la objeción de conciencia. Su importancia no

necesita ser más acentuada.

Hay dos aspectos del libro, por el contrario, que pueden ser discutidos, y eso se va a hacer a continuación. Alega el autor, con sobrada razón, que una regulación menos restrictiva de la objeción de conciencia sería un freno real a las posibilidades de la guerra, porque el Estado, antes de entrar en ella, tendría que obtener más apoyo social para sus fines. Esto es básicamente correcto. Pero José Luis Gordillo, en todo su trabajo, apenas concede especial importancia a los modernos mecanismos de manipulación de la opinión pública, como se pusieron de relieve durante la guerra del Golfo. La fuerza de la televisión, de la propaganda subliminal vertida por los medios de comunicación monopolizados por unos poderes muy restringidos y la agitación promovida desde los gobiernos, son factores más que capaces de deformar cualquier percepción personal de lo que puede o no ser justo en una guerra. La historia, a este respecto, está llena de ejemplos que sólo inducen a un cierto pesimismo. Y la universal tendencia hacia la concentración de los medios de comunicación no parece avanzar por un camino que abra puertas al optimismo.

El segundo aspecto se refiere a la introducción de lo nuclear en el discurso de la objeción de conciencia. Y, en términos más generales, sobre lo relativo a las armas de destrucción masiva. Pesa todavía sobre todo el pensamiento aplicado a estos esfuerzos el enorme lastre de la infraestructura nuclear, a la que con acierto se refiere el autor. En su tratamiento de este asunto, obligado, como es natural, por la necesaria concisión –dado que el libro no se refiere a esto sino a la objeción de conciencia–, pasa con

No se ve razón alguna para creer que la función de la defensa militar del Estado sea en realidad equitativa y solidaria.

alguna ligereza sobre aspectos importantes.

Así, aun recurriendo a autoridad de tanto peso como E.P.

Thomson, considera que las armas nucleares son siempre ofensivas (p. 147), con lo que mezcla en un solo aspecto cuestiones tan distintas como el objetivo político de las armas, el objetivo estratégico y el táctico. Pongamos un ejemplo: la posesión por Israel de armas nucleares tiene un objetivo político claramente defensivo; el Estado de Israel no pretende anexionarse otros territorios mediante el uso o la amenaza del uso de armas nucleares. Pero en el plano estratégico o táctico, tales armas serían ciertamente ofensivas, porque, de ser usadas por Israel, en el caso hipotético de último recurso frente a la aniquilación del Estado por un posible enemigo, se utilizarían sobre objetivos que serían ofensivamente agredidos. Una bomba atómica israelí sobre Bagdad, por ejemplo, sería un arma estratégicamente ofensiva, aunque cumpliera el objetivo político de defender Jerusalén, ante cuyos arrabales apareciesen las unidades acorazadas de los posibles ejércitos árabes coaligados. Aunque secundaria, esta precisión es importante para entender el uso del armamento al servicio de la política, cuestión en la que el autor también penetra. Por otro lado, la obsesión por lo nuclear puede hacer olvidar que no son necesarias armas de destrucción masiva para sostener conflictos injustos en su origen e inhumanos en su desarrollo: contémplesse Angola, Somalia o Bosnia. Contra la hipótesis del autor de que se ha producido un cambio en la "naturaleza misma de la guerra" (p. 22), por la aparición del hecho nuclear,

transcurrido casi medio siglo desde la introducción de las armas atómicas me inclino ahora más a pensar que no es la naturaleza de la guerra lo que ha cambiado sino los medios utilizados, por mucho que la capacidad destructiva de éstos se haya multiplicado por factores enormes. Si el *índice de letalidad* (número convencional que relaciona la capacidad aniquiladora de un arma con su ámbito de actuación) de una espada era 20, el de una ametralladora de la II Guerra Mundial es de 18.000 y el de un arma nuclear táctica de pequeña potencia llega a unos 100 millones. Pero nada de esto ha variado la naturaleza de la guerra como fenómeno social en el que la violencia organizada se pone al servicio de intereses políticos, aunque el hombre pueda ahora destruir casi completamente el planeta que le sustenta y antes no pudiera hacerlo.

La guerra sigue extendiendo sus tentáculos sobre muchas sociedades y cumpliendo con las viejas fórmulas acuñadas al paso de los siglos. Lo que sigue matando todavía, en extensos territorios del mundo, son los viejos morteros, las metralletas, los cañones y las bombas de explosivo químico. De cuando en cuando, la desarrollada tecnología occidental despliega su capacidad más destructora sobre algún país del Tercer Mundo (Irak, Somalia, etc.), pero las armas nucleares siguen guardadas en el cajón cuya llave sólo unos pocos privilegiados poseen. Es dudoso, además, que ninguno se atreva a abrirlo. Por eso, el discurso sobre la objeción de conciencia no debería hacer distinciones sobre la guerra que mata a muchos, pero no llega a poner en peligro a la humanidad, y la guerra que sí puede destruirnos a todos.

Para concluir, cabe plantear una pregunta y manifestar un doble deseo. La pregunta es ¿dónde aparecen los insumisos en esta completa perspectiva de la objeción de conciencia? Un apéndice al respecto, en sucesivas ediciones, sería muy provechoso para muchos lectores. Este es el primer deseo. El segundo se refiere a las academias militares y otros centros de formación para profesionales de las armas: que adopten este libro como texto de consulta en lo que a la objeción de conciencia concierne.

Alberto Piris

BERNARD LABATUT;
Renaissance d'une puissance?
Politique de défense et réforme
militaire dans l'Espagne
démocratique.

Economica y FEDN,
París, 1993, 376 páginas.

Para el lector español, hay que comenzar advirtiendo que se trata de un texto donde se estudia con detenimiento y precisión –cosa poco usual en autores no españoles– la política de defensa de nuestro país y numerosos aspectos del fenómeno que en España hemos venido en denominar la transición militar. Ahora bien, apenas tiene que ver el contenido de la obra con el interrogante planteado en su título principal, ya que de ningún modo se pretende analizar la posibilidad de que al sur de Francia esté renaciendo una potencia. Hecha esta salvedad, el lector no especializado en estas cuestiones encontrará en el libro –del que todavía no hay noticia de su versión castellana– un excelente manual que le lleva a través de las

confusas aguas por las que España navegó a partir de 1975, esforzándose por convertir lo que había sido el ejército vencedor de la Guerra Civil y sostén político del anterior régimen, en unas fuerzas armadas al servicio del Estado democrático. El distanciamiento y la imparcialidad generalmente apreciables en todo este trabajo, pueden servir de contrapunto a algunos textos de contenido análogo producidos por autores españoles que, por más implicados en el proceso, adolecen con frecuencia de prejuicios ideológicos.

Para quienes hemos venido observando en butaca de primera fila del teatro nacional el espectáculo que Labatut nos describe, no podemos menos de notar un cierto oficialismo en el libro comentado, producto quizá de la selección de las fuentes, entre las que resultan claramente ausentes las de mayor cariz crítico. (Por ejemplo, la importancia concedida a algunos textos de la revista *Reconquista*, al tratar de temas estratégicos, hace pensar que el autor no estaba familiarizado con la usual línea de pensamiento de esta revista en la época consultada). Sorprende también que Labatut se haya dejado arrastrar incluso por el discurso triunfalista que recorrió España con ocasión de los fastos de 1992, ya felizmente olvidados o revalorados en su más justa medida. “España... democracia parlamentaria, modelo para América Latina... 10ª potencia económica del mundo... plenamente integrada en la Europa institucional y en el mundo occidental...” son algunas de las expresiones que constituyen el pórtico de la *Introducción*, que ni siquiera es ajena a recordarnos la Exposición de Sevilla, los Juegos Olímpicos

La obra se concentra en analizar la política de defensa y la reestructuración militar.

de Barcelona o la capitalidad cultural de Madrid. Quizá fuera necesario lo anterior para reclamar la atención del lector francés, pero como apenas se mencionan otras potencialidades españolas como la industria, el comercio, la agricultura, etc., sino que la obra se concentra en analizar la política de defensa y la reestructuración militar, todo esto puede servir para valorar hasta qué punto el autor se ha dejado seducir por el discurso oficial. Algo parecido sucede con la importancia e interés concedidos en varias partes de la obra a lo que algunos hemos tenido por simple elucubración estratégica para entretener las mentes pensantes de algunos políticos y militares, si no para justificar otros dispendios: el eje Canarias-Gibraltar-Baleares. Es posible que el cartesianismo francés pueda sintonizar con la aparente racionalización de la política de defensa española, al formular teoremas geoestratégicos de tal calibre, que, sin embargo, desde otras perspectivas más críticas han sido considerados como elegantes juegos retóricos de salón. No es superfluo recordar que el pragmatismo sajón no necesitó de ningún teórico eje, previamente trazado desde Gran Bretaña hasta las islas Malvinas, para utilizar la fuerza militar al servicio de la política cuando lo estimó necesario. Por otro lado, hay que señalar que están especialmente bien tratadas, en profundidad y con claridad expositiva, las cuestiones de Ceuta y Melilla, el largo y difícil proceso de imponer el poder civil sobre la anterior estructura autónoma de los ejércitos heredada del franquismo, y la tortuosa trayectoria que condujo al vergonzoso resultado del referéndum sobre la OTAN, por

citar tres asuntos del máximo interés para la política exterior y de defensa española. Son cuestiones difíciles, complejas, sobre las que todavía falta alguna información, por lo que es mayor el mérito del autor al conseguir articular una exposición clara de asuntos tan enrevesados. Se imponen, sin embargo, algunas precisiones adicionales. Hay que criticar la ligereza con la que se despacha la ardua cuestión de la inclusión en la Constitución del artículo 8º, donde se definen las misiones de las Fuerzas Armadas, al afirmar el autor que éste “sólo enuncia funciones y no atribuye a los ejércitos ningún poder” (p. 89). Esto no era así percibido por los militares más propensos a las nostalgias del pasado, que veían precisamente en ese artículo la posibilidad de intervenir militarmente cuando se diesen ciertas condiciones, saltando por encima del resto del edificio constitucional, dado que percibían como misiones de los ejércitos, atribuidas directamente por la Constitución, lo que Labatut considera simples funciones. Tampoco es muy aceptable la afirmación –no contrastada– de que “el Rey ha jugado un papel decisivo en la política de nombramientos para los puestos de responsabilidad militar” (p. 80). Sobrevalorar el papel democratizador del Rey en la transición española es tan peligroso como ignorarlo. La intrahistoria de la transición militar apenas ha sido tocada por Labatut, que para ello hubiera tenido que ampliar sus fuentes de información. La Unión Militar Democrática, que provocó un temporal en la institución militar en los primeros años de la transición política, ni siquiera es citada. Así, algunos aspectos de estos años son de difícil

explicación cuando sólo se apoyan los razonamientos en la historia oficial. Incluso los resultados de encuestas de opinión, en asuntos de tanta incidencia pública como el referéndum de la OTAN, los problemas del servicio militar obligatorio o los gastos militares, apenas son traídos a colación en muy escasas ocasiones. La conclusión que se extrae al reflexionar sobre lo leído en este libro es a la vez importante y bien sabida: España ya es Europa. Comparte con ella defectos y virtudes. El camino ha sido difícil, ha sorteado precipicios peligrosos y no siempre ha transcurrido en línea recta. Pero el pasado queda atrás y, aunque condicione el presente y el futuro, parece obligado afirmar, sin ninguna nostalgia, que España ha dejado de ser diferente, incluso en lo político y en lo militar.

Alberto Piris

JOSÉ M. TORTOSA;

La pobreza capitalista.

Colección de Ciencias Sociales.
Tecnos.
Madrid, 1993

No nos gusta conocer nuestras miserias. Los esfuerzos por esconder aquello que cuestione el orden social o la propia tranquilidad personal se corresponden con la incapacidad para hacer frente a esos retos. En tiempos prósperos, nada debe inquietar el disfrute de la riqueza que tan generosamente nos llega. En tiempos débiles, tal vez los posmodernos, las grandes preguntas tampoco tienen espacio en la cotidianidad. Así, la pobreza, en el primer caso; la enfermedad y la ancianidad en el

segundo, se apartan del devenir “normal”. Todo lo no “guapo”, en el sentido estúpido que se le ha dado al término, no forma parte de nuestro campo de preocupación y actividad y se deja su solución en manos de los expertos que ya saben cómo hacerlo y que para eso disponen de los recursos suficientes. La ciudadanía no debe inquietarse demasiado con visiones que le impidan disfrutar y producir, que es la tarea para la que está programada. Y cuando la fealdad resulta imposible de ocultar y no queda más remedio que toparse con ella, entonces siempre se puede ofrecer una explicación convincente y coherente que permita continuar con seguridad y convicción en el funcionamiento del sistema.

Cuando el modelo se legitima en el progreso, en las posibilidades ilimitadas de crecimiento y en el ofrecimiento de niveles de consumo cada vez mayores, la pobreza tiene un potencial peligroso como elemento desintegrador. ¿Cómo disfrutar si tenemos al lado el espectáculo lacerante del sufrimiento? ¿Cómo estar seguros de nuestra fórmula de sociedad si parece que no sirve para todos? Los pobres son pobres porque quieren, puede ser en algunos casos una forma satisfactoria para superar esos inquietos interrogantes. Pero tan burda respuesta resulta totalmente insuficiente para restablecer la confianza colectiva y no erosionar la legitimidad del sistema. En el campo de las explicaciones oficiales las ha habido para todos los gustos, como recoge Tortosa. Desde la antigua URSS, que tachó por decreto la palabra pobreza sustituyéndola por renta baja, lo que motivó que no se estudiara la situación socioeconómica de los estratos pobres de la población,

La pobreza tiene un potencial peligroso como elemento desintegrador. ¿Cómo disfrutar si tenemos al lado el espectáculo lacerante del sufrimiento?

hasta que los pobres existieron; a EE UU, que encuentra también un nuevo término, los infraclass (*underclass*), para no hablar de pobres. Y aquí los pobres crecen y se hacen cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos.

¿Cómo es posible que no se discuta el tema del empobrecimiento cuando estaría dentro de sus intereses acabar con la pobreza para mantenerse como potencia?

Hoy la pobreza es un tema que se impone abordar. Ya no es posible desdeñarla, pero ¿qué decir? La economía nació con una investigación sobre la riqueza de las naciones, pero al poco tiempo la pobreza se presentaba como un problema económico de primer orden (Malthus, el más difundido). Después, ¿cuántas páginas se le han dedicado en los manuales, textos e investigaciones de la economía?

El libro de Tortosa tiene la gran virtud de ayudar a descubrir y conocer la realidad. Una realidad que presenta una dimensión de pobreza imposible de ignorar. No sólo porque se dé en los llamados países en vías de desarrollo de manera especial y en menor escala en los mismos países ricos, sino porque no resulta indiferente a estos últimos lo que ocurra en los primeros. La pobreza tiene una dimensión global que interrelaciona sus efectos, a los que no pueden escaparse los países ricos.

Pero no basta con reconocer su existencia; también el Banco Mundial se atrevió a dedicar su informe del año 1990 a la pobreza mundial certificando que más de 1.000 millones de personas eran pobres, pero, señala Tortosa, se dió más importancia a cuantificar el número de pobres que a comprender qué es lo que realmente produce tanta pobreza.

Esta es la preocupación fundamental del autor al conocer los procesos de empobrecimiento: "... establecer los procesos (complejos) que llevan a la pobreza puede permitir plantear políticas de lucha contra la misma que después habrá que detallar en programas de intervención social. Desde un punto de vista intelectual, el estudio de los procesos de empobrecimiento proporciona una visión más adecuada, completa y rica del funcionamiento de una sociedad o del funcionamiento del mundo, asunto que debe ser completado con la evolución de los "discursos" sobre la pobreza". En esta comprensión de los procesos de empobrecimiento se centra la obra con un método muy sugerente al introducir en el análisis tanto las relaciones de apropiación (económicas) del excedente y las relaciones (políticas) de dominación, como las características individuales. No puede reducirse todo, según Tortosa, a factores estructurales de dominación y apropiación; además se encuentran las categorías vulnerables que se escapan a la lógica de las clases. Su conclusión es meridiana: el empobrecimiento es un fenómeno propio de la sociedad mundial que afecta a grupos humanos en todos los países, y sus causas están también en todos los países. "El sistema de la miseria es la miseria del sistema, la pobreza capitalista, que consigue aumentar la producción de bienes y el nivel de renta per capita, pero no consigue reducir en paralelo el número de personas cuyas necesidades básicas están insatisfechas. Si acaso, lo aumenta. Y eso forma parte de la lógica del sistema, no es ajeno a su funcionamiento". Sin embargo, tal vez uno sienta que el análisis del autor no resalta

algunos aspectos de los procesos de empobrecimiento en las sociedades de los países llamados menos desarrollados. Por una parte, porque en muchos de estos países grandes sectores se hallan excluidos de los circuitos normales de acceso al sistema económico. El mercado no sólo no existe para ellos, sino que no es previsible que ni siquiera a mediano plazo puedan mejorar sus condiciones de vida para acceder a la economía de mercado. Por el otro, el hecho de que la vulnerabilidad de los pobres en los países pobres ante las coyunturas de la economía mundial sea mucho mayor que para los pobres en los países ricos no radica sólo en que no tengan redes de seguridad para amortiguar el impacto, o en que sus sociedades sean más desiguales, sino también en que los lazos de inserción de su sociedad en el contexto internacional son extraordinariamente débiles y percibe más pronto y con más intensidad los efectos negativos de la crisis. Resulta muy interesante la visión crítica del capítulo dedicado a las investigaciones sobre la pobreza en el Estado español. Pero aun estando de acuerdo en que hay una cierta obsesión por contar el número de pobres como si ello fuera el objetivo central del tema, preocupación que ha llevado a no analizar las causas reales de la pobreza, también es cierto que es imprescindible intentar la medición del fenómeno. Y si hasta ahora ese intento ha estado mediatizado por una determinada visión, no quita el que deba procederse a diseñar otros métodos de cálculo más acordes con una visión más global y dinámica de la pobreza, como el mismo Tortosa plantea.

Hay que destacar la amplia bibliografía que se contiene al final y que ayudará a muchos, sin duda, a ampliar varias de las cuestiones tratadas en el libro.

Alfonso Dubois

COMISION DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS

Crecimiento, competitividad, empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI,
Libro Blanco, Boletín de las Comunidades Europeas, Suplemento 6/93, 1993, 166 páginas.

El Libro Blanco de Delors fue una de las grandes estrellas de los últimos meses de 1993. Desde la cumbre europea del verano de ese año, era esperado con una mezcla de escepticismo y de expectativa. No era para menos. Estaba elaborado por una Comisión Europea sometida a fuertes críticas y destinado a un Consejo de Ministros dividido ante la profunda crisis económica europea. ¿Acaso podía plantear algo el presidente de la Comisión que no fuera trillado, banal o, si acaso, utópico? El preámbulo enuncia con claridad el propósito: “nutrir la reflexión y colaborar en la toma de aquellas decisiones que nos permitan sentar las bases de un desarrollo sostenible de las economías europeas”. Sin embargo, desde las primeras líneas se hace presente la convivencia de lo nuevo y lo viejo, la lucidez y el pragmatismo de corto alcance. La crisis está en la vida de nuestras sociedades, pero se resiste a la disección.

Se hace presente la convivencia de lo nuevo y lo viejo, la lucidez y el pragmatismo de corto alcance.

Aparentemente brotó en el otoño de 1992 de las rigideces de las políticas monetaria y de tipo de cambio derivadas del proceso de convergencia europeo. Influyó también la unificación alemana y el derrumbamiento del socialismo en la URSS y en Europa del Este. Pero, en capas más profundas, latía, sobre un fondo de crisis civilizatoria, una crisis estructural proveniente de la evolución de la economía mundial y de la revolución tecnológica. Desde su aprobación en diciembre hay una abundancia de citas y glosas del Libro Blanco por parte de los más variopintos gobiernos y de sus oposiciones, de los sindicatos y de las patronales, de los ministerios de medio ambiente y de los ecologistas. Todos parecen encontrar en su arcano una cita que les favorece, un enfoque que les legitima, con lo que quienes no lo han leído pueden formarse opiniones discrepantes según la fuente de donde proceda su referencia. El secreto radica en la insalvable polisemia que alienta en el Libro Blanco, tal vez derivada del hecho de tener que aprobarlo un Consejo de Ministros de ideologías y planteamientos económicos enfrentados. En estas condiciones, la síntesis sólo podía provenir de un eclecticismo que permitiera interpretaciones y aplicaciones radicalmente divergentes. Construido en torno a las grandes cuestiones de crecimiento, competitividad y empleo, el libro se cierra con una cuarta y última parte que lleva el emblemático título de "Hacia un nuevo modelo de desarrollo". En las secciones introductorias y en los diez capítulos que lo componen aborda, en ocasiones de forma repetitiva, las problemáticas de diagnóstico, modelo de desarrollo, parámetros definitorios de la

realidad económica y prioridades políticas en una perspectiva dinámica, entreverado todo ello por cálculos cuantitativos y políticas sectoriales o monográficas. El diagnóstico del por qué Europa está como está se concreta en "una mala gestión macroeconómica y el insuficiente esfuerzo de adaptación a los cambios", resultando "una infrautilización cualitativa y cuantitativa de la mano de obra, unida a una sobreutilización de los recursos naturales". Admite que se articulan desempleos de distinta naturaleza –coyuntural, estructural y tecnológico– con lo que saca el problema de las simplificaciones al uso, apoyándose en el análisis de lo acaecido en Europa desde 1960. El horizonte propuesto se inicia con enunciados genéricos –una economía que hacia el siglo XXI debe ser sana, abierta, descentralizada, competitiva, con investigación y cooperación, a la vez que solidaria– y se concreta en un modelo de desarrollo que esconde tímidamente sus bien intencionadas orientaciones en un capítulo final, no conclusivo. Enuncia como rasgo principal la utilización eficiente de los recursos. Respecto a los humanos reconoce que no todo incremento de productividad es, a la postre, saludable, porque el aumento de la productividad de las empresas puede verse "neutralizado por el aumento de los costes para la colectividad", con pérdida de competitividad en los mercados exteriores, así como de motivación y creatividad. Sin embargo, no llega a desarrollar la forma de superar esta situación, limitándose a apuntar la necesidad de ampliar el concepto de trabajo hasta incluir todas sus formas. En lo concerniente a la utilización

eficiente de los recursos materiales reconoce que “los precios de mercado no incorporan suficientemente su carácter limitado y que esta situación no puede mantenerse por más tiempo” por la carga que significa para las generaciones futuras, porque al extrapolar los niveles de consumo a escala mundial habría que contar aproximadamente con el décuplo de los recursos actualmente disponibles, por la amenaza que comporta para el equilibrio natural de todo el planeta y porque estas deficiencias representan pérdidas de bienestar significativas, aunque ocultas. Aborda la “necesidad de un nuevo modelo de desarrollo sostenible... que proporcionara a la sociedad un mayor grado de bienestar con un menor consumo y, consiguientemente, con una menor presión sobre los recursos naturales”. Cree que la clave radica en la creación de una nueva base de tecnología limpia, más eficiente en el consumo de recursos naturales, con productos más duraderos, reciclables y mejores tecnologías de producción. Para conseguirlo propone instrumentos de política microeconómica –con precios de mercado que incluyan todos los “costes externos” (*sic*) causados a la sociedad–, macroeconómica –modificando la estructura de impuestos indirectos y los criterios para subvenciones, utilizando la dinámica del mercado interior y tomando en cuenta la dimensión internacional– y sectorial, con propuestas en energía, transporte, agricultura e industria. Reduce la contabilidad medioambiental que reclama el “análisis y estimación sistemáticos de todos los efectos externos” y, a la vez, plantea con cierto detalle cómo puede buscarse “una reducción de los

costes laborales a cambio de un aumento de la imposición sobre la contaminación”.

En todo el discurso del Libro Blanco se toman como parámetros, o restricciones insoslayables, la inserción en la economía mundial y la revolución tecnológica. Respecto a la economía mundial resulta crucial la noción de “interdependencia controlada”, en la que subyace un cierto distanciamiento de la mitología del mercado y late una preocupación por recuperar la capacidad del plano consciente, tal vez con resonancias lejanas en Polanyi.

La visión propuesta se articula en torno a un triple eje: desarrollo de la dimensión europea, solidaridad activa con el entorno próximo –Europa del Este y Mediterráneo–, relectura, en fin, de los criterios con los que debe leerse la multilateralidad y la cooperación, sin retorno al proteccionismo, pero sin meter tampoco en el mismo saco ideas cultura, información, tecnología, mercancías físicas y personas; ¿un cierto regreso al Keynes de los primeros años 30? Por otro lado, resulta innegable la importancia que atribuye a la revolución tecnológica, con propuestas activas para impulsar investigación y desarrollo y políticas concretas –información, biotecnología y audiovisual– enunciadas con el título de transformación social y nuevas tecnologías.

A partir de ahí la propuesta se zambulle de forma progresiva en un pragmatismo que, a menudo, pierde contacto con los enunciados básicos precedentes, de forma que las prioridades políticas en una perspectiva temporal se mueven entre la conciencia de que existe un horizonte y la necesidad de

conectar con respuestas económicas aceptables para el discurso dominante.

El imperativo del corto plazo parece claro: salir de la recesión.

Abunda en la necesidad de coherencia de las políticas de salarios y monetaria, en la importancia de recuperar la confianza, bajar los tipos de interés, contener el déficit público –con el matiz realista de no pretender reducirlo en plena recesión–, reorientar el gasto público y perseverar en la construcción europea, con una mejor coordinación de las políticas económicas.

A medio y largo plazo el objetivo es rotundo: crecer y crear empleo.

No todo lo fía a la reactivación porque es consciente de que “se puede conseguir una tasa mayor de aumento del empleo mediante diversas combinaciones de crecimiento más rápido e intensidad de empleo más elevada”, entendida esta última –que sorprendentemente ha mejorado en Europa desde finales de los 70– como la relación entre la tasa de crecimiento de una economía y su tasa de creación de empleo. El gran objetivo es convertir el crecimiento en empleo (capítulo 8), para lo cual propugna “una política voluntarista en materia de empleo que exigirá una visión radicalmente nueva de toda la gama de instrumentos disponibles que pueden influir en el entorno del empleo”. Sus prioridades de acción al servicio del empleo están centradas en educación y formación a lo largo de toda la vida, aumento de la flexibilidad interna y externa,

descentralización e iniciativa, reducción del coste relativo del trabajo poco cualificado –al reducir las exacciones obligatorias aplicables al trabajo–, renovación

profunda de las políticas de empleo y, finalmente, ir al encuentro de las nuevas necesidades. En todo caso, al descartar la virtualidad de una estrategia de crecimiento moderado e intensidad de empleo muy elevada, el Libro Blanco se ve obligado a apostar por un crecimiento más intenso, con lo que, a la postre, retorna a lo que inicialmente parecía intentar eludir: que todo pase por lograr un crecimiento sostenido. Aceptada esta premisa, las consecuencias se encadenan irremisiblemente: hay que aumentar la tasa de crecimiento potencial, crear las condiciones para que la inversión se constituya en motor, incrementar la tasa de ahorro nacional determinada fundamentalmente por un aumento del ahorro público proveniente necesariamente de la reducción de los déficits públicos. Se acaba así en un discurso apenas distinguible del ortodoxo: flexibilización de la economía, necesidad de un mercado de trabajo eficiente, capaz de responder a las nuevas condiciones de competencia, apertura de los mercados internacionales, estabilidad de la política monetaria, radical contención del déficit público hasta situarse entre el 0% y el 1%, yendo incluso más allá del 3% propuesto por Tratado de Maastricht.

En este contexto se sitúan las grandes inversiones que propone realizar, en favor de una Europa competitiva, hasta el año 2000: 250.000 millones de ecus en redes de transporte y energía –¡con decidida apuesta por los trenes de alta velocidad y las autopistas!–, 150.000 millones de ecus en telecomunicaciones para infraestructuras y autopistas de información, desarrollo de

servicios y fomento de las aplicaciones, y 174.000 millones de euros para grandes proyectos ambientales relacionados con la gestión hidrológica y el tratamiento de las aguas residuales, entre otras inversiones. Programas todos ellos lanzados con una ingeniería financiera, que trata de evitar que el esfuerzo de financiación recaiga sobre el erario público, para lo cual pretende ofrecer suficientes incentivos a la inversión privada y constituirse la Comunidad en garante de última instancia. Después de lo expuesto, es obvio que el Libro Blanco debe ser objeto de crítica porque se deslizan en él juicios de valor directamente tomados del discurso más convencional, como la preocupación genérica por facilitar el proceso de privatización y, sobre todo, por la incompatibilidad entre el horizonte que aparentemente postula y las propuestas operativas que de facto pretende poner en marcha. No obstante, se presta también a una lectura progresista a partir del modelo de desarrollo tendencial. Se puede construir, con los elementos que brinda el propio libro, una estrategia coherente, que lleve a la práctica que “el primer requisito que deben satisfacer las medidas que se apliquen para que la economía pueda superar la actual fase de recesión es que sean compatibles con el modelo de crecimiento que se ha fijado como objetivo a medio plazo”, y que llene, finalmente, los enunciados faltos de desarrollo. Es cierto que ésta sólo sería una de las lecturas posibles, pero es la que deben realizar las fuerzas que, desde la solidaridad y el ecologismo, tienen una visión lúcida de las grandes

transformaciones en curso y de la inanidad de refugiarse en políticas meramente defensivas.

En concreto, a corto plazo habría que exigir que lo urgente no contradiga las aspiraciones del modelo de desarrollo postulado, pidiendo que la sostenibilidad no quede en simple retórica y que la evolución de los salarios directos no se separe del tratamiento del gasto público y del mantenimiento de la cobertura social que conlleva el modelo tendencial.

En lo que concierne al crecimiento hay que denunciar que la prioridad de los objetivos del Libro Blanco no es coherente, porque es insuficiente el énfasis en lo cualitativo y en las posibilidades que ofrece el Estado estacionario: mejora de la calidad de vida, sin renunciar a reproducir la riqueza en una economía abierta, medidas ambas con otros criterios.

Finalmente, el tratamiento de la problemática de empleo y trabajo es pobre y no va más allá de un enunciado de buenos propósitos, que no llega a establecer lineamientos alternativos.

En resumen, habría que asumir y profundizar en el cambio de criterios de medición y evaluación económica, no desdeñar la importancia de la transición –su ritmo y su gradación–, sabiendo que, sin embargo, en el tratamiento de la crisis y en la construcción del futuro hay dos ejes inseparables: la reproducción, que sólo puede alcanzarse si se crean las condiciones que la hagan posible en un marco que combine lo nuevo –lectura rigurosa de la sostenibilidad– y lo viejo –dinámica de apertura, crecimiento y competitividad–, y, en segundo lugar, la problemática de distribución, tanto de la riqueza como del tiempo de

El tratamiento de la problemática de empleo y trabajo es pobre y no va más allá de un enunciado de buenos propósitos.

trabajo. Si sólo se ve uno de esos aspectos no se ve la realidad y, en cambio, se la deforma. Sería ilusorio, en conclusión, buscar en el Libro Blanco una respuesta plenamente coherente a la crisis europea, porque de él pueden extraerse políticas opuestas. No por ello la izquierda debe abandonar desdeñosamente el campo que abre el Libro Blanco, y debería desarrollar su pulsión progresista y molestarse en denunciar las lecturas unilaterales y sesgadas que de él se realizan desde el poder y el orden establecidos.

Angel Martínez G.-Tablas

**MÉDICOS SIN
FRONTERAS.**

*Crisis y acción humanitaria
independiente.*

Escenarios de crisis,

Acento Editorial.

Madrid, 1993, 193 páginas.

La aparición por segundo año consecutivo del informe de Médicos Sin Fronteras (MSF) supone sin duda un hecho interesante en el panorama de las organizaciones no gubernamentales (ONGs) ya que representa un avance en el esfuerzo de reflexión sobre su propia actividad y sobre las consecuencias que ésta tiene en un panorama internacional cada vez más complejo. Inmersas a menudo en una práctica que las desborda, las ONGs –sobre todo aquellas que como MSF se dedican a la asistencia sanitaria y de emergencia– han dedicado pocos esfuerzos a la profundización y al análisis autocrítico sobre el desempeño de su función y el papel que ésta

juega en la escena internacional. De ahí que esta iniciativa de MSF deba ser valorada muy positivamente.

Si en 1992 en el libro *Poblaciones en peligro*, Acento Editorial, 1992, se proponía como centro de la reflexión la situación de “diez poblaciones amenazadas por un peligro real e inmediato”, en esta ocasión gira en torno al “análisis del contexto de las crisis más graves del año, insistiendo, ante todo, en su dimensión humana”. El criterio por el que se eligen y analizan diez situaciones de crisis, se nos dice en la introducción, es “en primer lugar, un criterio médico de gravedad, y un segundo criterio de orden social, ligado a la precariedad de los desplazamientos de las poblaciones”. Es discutible que estos dos criterios sean los más adecuados para discutir la mayor o menor gravedad de una crisis, pero no cabe duda que son los dos criterios en los que basa MSF su actuación y, por tanto, el libro es congruente con esa práctica. El método elegido es doble: de una parte estudiar los casos de diez crisis y, de otra, reflexionar y extraer conclusiones de carácter general sobre las reacciones de la comunidad internacional ante estas tragedias y sobre las nuevas dificultades y amenazas a las que se enfrenta la acción humanitaria. En el libro se aúnan pues, con una estructura confusa, un largo capítulo en el que bajo el epígrafe “De la abstención a la intervención” se estudian los casos de otros tantos países que viven situaciones de crisis, con otros dos en los que se profundiza en aspectos comunes de ellas como las paradojas de la protección, los estados ante el reto de los derechos humanos o el papel de los medios de comunicación ante las crisis.

Esta iniciativa de MSF debe ser valorada muy positivamente.

Estos últimos van firmados, por lo que se supone representan el punto de vista de los autores, mientras que los dedicados al análisis de la situación de cada país aparecen sin firmar, por lo que se entiende que representan posiciones oficiales de MSF. Ya en la introducción que realiza el presidente del Consejo Internacional de Médicos Sin Fronteras, Jacques de Milliano, se explicita una de las tesis que recorre todo el libro de una forma recurrente: la aparición de nuevas respuestas y nuevos actores en la escena internacional que hacen que “la escena humanitaria sea cada vez más compleja y concurrida” al tiempo que “se estataliza y militariza”. Junto a esta multiplicación de actores, tres factores han contribuido a su juicio a complicar las cosas. En primer lugar, el hecho de que las acciones humanitarias “se desarrollen en entornos fragmentados donde a veces es difícil encontrar interlocutores representativos”. En segundo lugar, ello implica una “mayor dificultad e inseguridad para acceder a las víctimas y un respeto menor a las organizaciones humanitarias”. Por último, estos problemas “se acentúan por la confusión creciente entre lo humanitario y lo político, que debilita los principios de neutralidad, imparcialidad e independencia, esenciales para cualquier intervención en situaciones de crisis”. No deja de resultar sorprendente esta asunción de los principios de Cruz Roja por parte de MSF, ya que, como es sabido, en el pasado la colaboración entre ambas organizaciones no ha sido siempre fácil debido a la diferente concepción de la acción humanitaria. Conviene recordar

que lo más original del pensamiento de Henri Dunant, fundador de la Cruz Roja al que cita De Milliano en la introducción, no es haber “definido el concepto de ayuda humanitaria” (que ya existía anteriormente de muy variadas formas), sino haber sido consciente de que no basta con la buena voluntad y la entrega de los voluntarios de las organizaciones humanitarias, sino que es necesario implicar a los contendientes –en general los estados– en el respeto de ciertas normas humanitarias: el Derecho Internacional Humanitario. La otra tesis fundamental del libro, y a la que también se refiere la introducción, es el nuevo papel de Naciones Unidas, que “ha cambiado las motivaciones, los métodos y los objetivos de la ayuda humanitaria internacional”, lo cual “tiene consecuencias para las organizaciones humanitarias que aspiran a la imparcialidad, planteando nuevas dudas sobre el tipo de colaboración con Naciones Unidas”. A mi juicio, algunos de los elementos más interesantes y polémicos del libro están en la profundización de este tema: el papel que debiera corresponder a la ONU. El nuevo activismo de Naciones Unidas desde finales de los años 80 se analiza en el capítulo “Crisis e intervención”, firmado por François Jean. Se ponen de manifiesto las dificultades para desarrollar el capítulo VII de la Carta de la organización en una escena internacional en la que, pese a los cambios, el principio de soberanía de los estados sobre sus asuntos internos se ha reforzado. De ahí que para el autor “mientras Naciones Unidas sigue en gran medida prisionera de esquemas tradicionales, los circuitos interestatales han sido parasitados

por nuevos agentes y nuevas redes –caracterizados por la aparición de organizaciones humanitarias o de defensa de los derechos humanos– mucho menos respetuosas con la soberanía de los estados”. Sería conveniente valorar también las limitaciones de este tipo de “parasitismo” y proponer, como se hace en otras partes del libro, una suerte de simbiosis entre ONGs y Naciones Unidas en el ámbito de la acción humanitaria, eliminando ciertos resabios corporativos frecuentes en ambos campos. A la hora de analizar las respuestas de la comunidad internacional se proponen esquemáticamente “tres tipos de crisis: las guerras de agresión (Kuwait), las violaciones masivas de los derechos humanos o las exacciones¹ contra las minorías (Birmania) y las luchas de todos contra todos en contextos marcados por el derrumbamiento total del Estado (Somalia)”. La caída del esquema binario y rígido de la Guerra Fría ha dado paso a una configuración más flexible en la que los conflictos se autonomizan y fragmentan, haciendo más difíciles posibles acuerdos y soluciones. En muchas ocasiones, como pone de manifiesto el autor, la crisis del Estado tiene efectos perversos y “allí donde el Estado se desmorona no es nunca en provecho de la justicia sino en beneficio de la guerra”. Por otro lado, tras el fin de la Guerra Fría y las nuevas amenazas –no sólo militares– a la seguridad, aparece más clara que nunca la relación entre política interior y política internacional.

Es en este aspecto donde las respuestas de la comunidad internacional son claramente contradictorias y es evidente que “no está dispuesta a intervenir en todas las crisis que devastan el planeta”. Se configura así una nueva geografía de la intervención internacional que va desde la inhibición frente a tragedias olvidadas (Sudán), hasta las intervenciones humanitarias (Bosnia y Somalia), pasando por las regiones y por las operaciones de mantenimiento de la paz en conflictos nacidos a la sombra de la Guerra Fría (El Salvador, Angola, Camboya, o Mozambique). Los diez capítulos dedicados a la descripción y análisis de otras tantas crisis tienen toda la originalidad y la fuerza de ser el testimonio de quienes han estado participando a pie de obra en la ayuda humanitaria durante los conflictos. Aportan una mirada distinta a la habitual sobre la génesis y estado de muchas de las mismas y reflejan las dificultades reales a las que se enfrenta la acción humanitaria. Temas habitualmente poco gratos como los saqueos a los convoyes de ayuda, los enfrentamientos entre los diversos protagonistas de la acción humanitaria –ONU, ONGs, etc.– son abordados con toda crudeza y de una forma en ocasiones hipercrítica, que si al principio es de agradecer por cuanto tiene de realismo y de información de aspectos habitualmente poco tratados, acaba cayendo en algunos excesos verbales que dificultan la comprensión. Encabezamientos

¹ Los términos exacción y evicción aparecen así en la versión española. Creemos que deberían haberse traducido ya que en castellano tienen una utilización exclusivamente fiscal (María Moliner). Por lo demás, la traducción es muy correcta.

en los que aparecen términos como la engaño humanitaria, el cementerio de los principios, la diplomacia de la impotencia, la aplicación de los acuerdos un ejercicio de ficción, son algunos ejemplos de lo que decimos. Las crisis que se analizan, agrupadas por bloques según la respuesta de la comunidad internacional son: la no intervención –Sudán y Afganistán–, las intervenciones regionales –Tayikistán, el Cáucaso y Liberia–, el restablecimiento de la paz –El Salvador, Angola y Camboya– y las intervenciones humanitarias –Bosnia y Somalia. La última parte del libro, bajo el título “Paradojas y ambigüedades”, retoma algunos temas de índole general que han ido saliendo en los capítulos anteriores. Resultan especialmente provocadores y sugerentes el dedicado a las paradojas de la protección y el que discute el papel de los medios de comunicación ante las crisis. En el primero, tras afirmar que “la acción política, incluso la acción político-militar de los estados no está reñida *a priori* con la acción humanitaria”, se ponen muchos ejemplos de lo que se ha dado en llamar la invasión del dominio humanitario y se cuestiona el papel de independencia, flexibilidad y lucidez del que han dado muestras las ONGs. Así llega a afirmarse: “si las grandes potencias quieren intervenir en los territorios en guerra es asunto suyo. No les demos el maravilloso pretexto de acudir en ayuda de las organizaciones humanitarias”. Planteamiento loable pero que no se ajusta, a mi juicio, a la distribución de papeles en la ayuda humanitaria en los conflictos armados que establecen los Convenios de Ginebra.

El papel de los medios de comunicación en las crisis ha sido puesto de manifiesto en numerosas ocasiones y sus efectos sobre la mayor o menor ayuda humanitaria que en definitiva se movilice son claros, pero para ponernos al corriente sobre el oportunismo, la demagogia y la inmoralidad con que en muchas ocasiones los medios de comunicación occidentales creen lavar sus conciencias y sensibilizar (horrendo palabro) las nuestras, este capítulo escrito por Rony Brauman es magistral. Y los poco avisados que conecten con *¿Quién sabe donde?* o cualquier otro *reality-show*. En definitiva el libro *Escenarios en Crisis* es un valioso documento, de lectura recomendada para todos aquellos que busquen complementar los análisis habituales de la situación internacional con visiones más ligadas al terreno y que testimonian una actuación práctica comprometida y arriesgada, merecedora de todo nuestro respeto.

Francisco Rey.

“Si las grandes potencias quieren intervenir en los territorios en guerra es asunto suyo”.

Papeles para la paz. Índice de autores y artículos en los números 1 al 49

Autores/as

AGA KHAN, Sadrudin (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993

AGEE, Philip. La crisis y la Guerra Fría, Nº 41, 1991

AGIRRE ARANBURU, Xabier. Bosnia sola ante el fascismo, Nº 47-48, 1993

AGRASOT, Paloma. La CE y América Latina: Medio Ambiente y Desarrollo, Nº 47-48, 1993

AGUIRRE, Mariano. España y la OTAN: política de bloques y seguridad, Nº 6, 1986

AGUIRRE, Mariano; GRANADOS, Palma. Libros sobre paz, desarme y conflictos: II bibliografía comentada, Nº 14, 1986

AGUIRRE, Mariano. Militarización y alternativas en el Mar Mediterráneo, Nº 27, 1988

AGUIRRE, Mariano. El nuevo convenio hispano-norteamericano: dependencia y nuclearización, Nº 33, 1989

AGUIRRE, Mariano. Modernización de la OTAN : ¿nueva crisis de los euromisiles?, Nº 35, 1989

AGUIRRE, Mariano. Panamá. Objetivo final: no devolver el canal, Nº 36, 1990

AGUIRRE, Mariano. Futuro de Alemania en la política de bloques, Nº 37, 1990

- AGUIRRE, Mariano. El conflicto del golfo Pérsico, Nº 38, 1990
- AGUIRRE, Mariano. Fuera de área, peligros del Sur, Nº 39-40, 1990
- AGUIRRE, Mariano; MONTOYA, Roberto. España y su proyección en el Mediterráneo occidental, Nº 39-40, 1990
- AGUIRRE, Mariano. Entrevista a Bruce Birchard, del American Friends Service Committee, Nº 42, 1991
- AGUIRRE, Mariano. El desorden del "nuevo orden mundial" de EE UU, Nº 42, 1991
- AGUIRRE, Mariano; BARCELO, Nicolau; FISAS, Vicenç. "Al loro", lo que conviene tener en cuenta en los tiempos del nuevo orden, Nº 42, 1991
- AGUIRRE, Mariano; ALONSO, Ana. Maastricht y la defensa europea, Nº 44, 1992
- AGUIRRE, Mariano. De la culpabilidad libia a la pista siria: los laberintos del caso Lockerbie, Nº 45, 1992
- AGUIRRE, Rosario. La salud y el trabajo de las mujeres en América Latina, Nº 47-48, 1993
- AHMAD, Eqbal; BARNET, Richard J. Afganistán: tribus y superpotencias, Nº 34, 1989
- AJANGIZ, Rafael. Insumisión: la objeción responsable, Nº 38, 1990
- ALEMANY, Jesús María. Teología latinoamericana de la liberación, veinte años después, Nº 46, 1992
- ALEMANY, Jesús María. Un proceso ecuménico esperanzador, Nº 43, 1991
- ALMQUIST, Peter. La visión soviética del equilibrio europeo, Nº 35, 1989
- ALONSO, Ana. Conflictos y opciones para un fin de siglo, Nº 45, 1992
- ALONSO, Ana; AGUIRRE, Mariano. Maastricht y la defensa europea, Nº 44, 1992
- ALONSO, Lucía. La economía surafricana después del *apartheid*, Nº 49, 1993
- ALVAREZ, Cristina. Anchuras y la Ley, Nº 33, 1989
- ARANGUREN, Teresa. Los países árabes y la cuestión palestina: entre la impotencia y la retórica, Nº 26, 1988

ARKIN, William M.; FIELDHOUSE, Richard T. España en la carrera de las armas nucleares, Nº 16/17, 1986

ARKIN, William. La carrera de armamentos en el mar, Nº 31-32, 1988

ARKIN, William; DURRANT, Damian; CHERNI, Marianne. Las técnicas de guerra modernas y el medio ambiente: un estudio sobre la guerra del Golfo, Nº 43, 1991

ARKIN, William M.; FIELDHOUSE, Richard T. España en la carrera de las armas nucleares: el papel de las bases EE UU, Nº 5, 1985

BARCELO, Nicolau. Dar de comer al loro, Nº 42, 1991

BARCELO, Nicolau. La VI Flota de los Estados Unidos y su estrategia, Nº 39-40, 1990

BARCELO, Nicolau. El descontrol de los armamentos navales, Nº 37, 1990

BARCELO, Nicolau. No más victorias como ésta: los efectos ecológicos de la guerra del Golfo, Nº 44, 1992

BARCELO, Nicolau; AGUIRRE, Mariano; FISAS, Vicenç. "Al loro", lo que conviene tener en cuenta en los tiempos del nuevo orden, Nº 42, 1991

BARNET, Richard J.; CAVANAGH, John. Elecciones en EEUU y el verdadero interés nacional, Nº 45, 1992

BARNET, Richard J.; AHMAD, Eqbal. Afganistán: tribus y superpotencias, Nº 34, 1989

BARNET, Richard J. El final de la Guerra Fría, Nº 36, 1990

BARRACLOUGH, Solon L.; SCOTT, Michael. Alimentación y conflictos en América Central, Nº 28, 1988

BARROSO, Cristino (et al.). Presente y futuro de la objeción de conciencia, Nº 38, 1990

BARROSO, Cristino. Funciones del servicio militar obligatorio, Nº 38, 1990

BARROSO, Cristino; RIO, Lola; SANTACANA, Arantxa. ¿Dónde estás los pacifistas? Notas sobre el pacifismo en España, Nº 45, 1992

BEE, Ronald J. Yugoslavia: las raíces de la crisis, Nº 44, 1992

BENITEZ, Raúl. El Salvador: negociación y guerra, Nº 36, 1990

- BROWN, Lester; FLAVIN, Christopher. Un mundo en peligro, Nº 37, 1990
- BROZOSKA, Michael; OHLSON, Thomas. Un mercado de compradores: el comercio de armamentos en los años 80, Nº 10, 1986
- BUGNICOURT, Jacques; KANE, Cheikh Hamidou. Este-Oeste: ¿la exclusión del Sur?, Nº 41, 1991
- BUJARI, Ahmed. Sahara: origen y causas del conflicto, Nº 36, 1990
- BUNDY, McGeorge (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993
- BUSTAMANTE, José Manuel. Somalia, un país sin lugar en el mundo, Nº 46, 1992
- BUSTAMANTE, José Manuel. Sudáfrica: Mitos y realidades de una transición en peligro, Nº 45, 1992
- CABRERA, José; CHAZARRA, Antonio. La enseñanza de la política internacional en el aula, Nº 47-48, 1993
- CAMPAIGN FOR NUCLEAR DISARMMENT (CND). Preguntas y respuestas sobre defensa no nuclear, Nº 29, 1988
- CAMPAÑA CONTRA LA GUERRA. ¿Para qué sirvió la guerra?, Nº 42, 1991
- CARO, Enrique; SANCHEZ, Luis; SENTIS, Tomás. Muestra de cultura popular, medio ambiente y crisis ecológica, Nº 45, 1992
- CASAL, Paula. Entre el desierto y el vertedero, Nº 37, 1990
- CASCON, Paco. Las Brigadas Internacionales de Paz: del Norte hacia el Sur, Nº 42, 1991
- CASCON, Paco. Una jornada de un equipo de PBI en Centroamérica, Nº 42, 1991
- CAVANAGH, John; BARNET, Richard J. Elecciones en EEUU y el verdadero interés nacional, Nº 45, 1992
- CENTER FOR DEFENSE INFORMATION. EEUU-URSS: Datos militares, Nº 2, 1985
- CENTER FOR DEFENSE INFORMATION. Visión global de la red de bases militares de los Estados Unidos, Nº 36, 1990
- CENTRO DE INVESTIGACION PARA LA PAZ (CIP). Armas nucleares y misiles

balísticos en Oriente Próximo: de la guerra a la seguridad cooperativa, N° 46, 1992

CENTRO DE INVESTIGACION PARA LA PAZ (CIP). Tendiendo puentes, N° 38, 1990

CENTRO DE INVESTIGACION PARA LA PAZ (CIP). Paris, la "otra cumbre económica", N° 35, 1989

CHAZARRA, Antonio; CABRERA, José. La enseñanza de la política internacional en el aula, N° 47-48, 1993

CHERNI, Marianne; ARKIN, William; DURRANT, Damian. Las técnicas de guerra modernas y el medio ambiente: un estudio sobre la guerra del Golfo, N° 43, 1991

CHOMSKY, Noam. Carta sobre un objetor de conciencia, N° 47-48, 1993

CHOMSKY, Noam. Control ideológico en los Estados Unidos: el caso de Oriente Medio, N° 19, 1987

CHOMSKY, Noam. Israel y Palestina: ¿un conflicto sin final?, N° 26, 1988

COCKBURN, Alexander; HECHT, Susanna. La jungla y la junta, N° 37, 1990

COLAS, Alejandro. Asia Oriental al final del milenio, N° 49, 1993

CRISTIANOS POR LA PAZ. "Forjarán de sus espadas azadones": los cristianos y la paz, N° 7, 1986

DAVIS, Mike. Fortaleza de Los Angeles, N° 45, 1992

DIEGO AGUIRRE, José Ramón. El largo proceso del referéndum en el Sahara, N° 43, 1991

DOBBS, Michael. Gorbachov: el último líder de la URSS, N° 44, 1992

DOGGETT, Martha. "No queremos venganza, queremos justicia": el caso de los jesuitas asesinados en El Salvador, N° 47-48, 1993

DOLORES, Miquel. De la espontaneidad a la reflexión. Un nuevo debate, una nueva oposición, N° 42, 1991

DÖNHDOFF, Marion (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, N° 49, 1993

DUBOIS, Alfonso. ¿Nuevo orden económico?, N° 42, 1991

DUBOIS, Alfonso. Las organizaciones no gubernamentales en el debate sobre el

desarrollo, Nº 47-48, 1993

DUNNE, John Gregory. La ley y el desorden en Los Angeles, Nº 45, 1992

DURRANT, Damian; CHERNI, Marianne; ARKIN, William. Las técnicas de guerra modernas y el medio ambiente: un estudio sobre la guerra del Golfo, Nº 43, 1991

ENLOE, Cynthia. Mujeres y niños primero: las herramientas propagandísticas del patriarcado, Nº 43, 1991

ENLOE, Cynthia. La militarización de la vida de las mujeres, Nº 44, 1993

ESPINAL, Rosario. Desarrollo, neoliberalismo y política electoral en América Latina, Nº 47-48, 1993

EVANS, Gareth (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993

FERNANDEZ RUIZ, José Javier. Historia de una disidencia, Nº 38, 1990

FIELDHOUSE, Richard T.; ARKIN, William M. España en la Carrera de las Armas Nucleares, Nº 16/17, 1986

FIELDHOUSE, Richard T.; ARKIN, William M. España en la carrera de las armas nucleares: el papel de las bases EEUU, Nº 5, 1985

FINEZ, Txema (et al.). Presente y futuro de la objeción de conciencia, Nº 38, 1990

FINEZ, Txema. Los grandes retos actuales, Nº 38, 1990

FISAS ARMENGOL, Vicenç. Gastos militares y necesidades sociales, Nº 1, 1985

FISAS ARMENGOL, Vicenç. Gasto militar y subdesarrollo social, Nº 15, 1987

FISAS ARMENGOL, Vicenç. El CIP en el Congreso II: modelos de fuerzas armadas en el contexto de la actual situación de seguridad internacional, Nº 39-40, 1990

FISAS ARMENGOL, Vicenç. Para que no vuelva a suceder, Nº 41, 1991

FISAS ARMENGOL, Vicenç. El movimiento por la paz ante las alternativas de defensa, Nº 42, 1991

FISAS ARMENGOL, Vicenç; AGUIRRE, Mariano; BARCELO, Nicolau. "Al loro", lo que conviene tener en cuenta en los tiempos del nuevo orden, Nº 42, 1991

FISAS ARMENGOL, Vicenç. El control de las armas nucleares soviéticas, Nº 43,

1991

FISAS ARMENGOL, Vicenç. El registro de Naciones Unidas: medio de control del comercio de armamentos, Nº 44, 1992

FISAS ARMENGOL, Vicenç. La ONU en Somalia: ¿misión imposible?, Nº 49, 1993

FISCHER, Martina. Berlín como microcosmos de la unidad alemana, Nº 44, 1992

FITZGERALD, E.V.K. Reforma económica y bien estar ciudadano: el "derecho a lo económico" en Europa Oriental, Nº 41, 1991

FLAVIN, Christopher; BROWN, Lester. Un mundo en peligro, Nº 37, 1990

FORSBERG, Randall. Las razones en favor de un régimen de no intervención, Nº 29, 1988

GALTUNG, Johan. De la bipolaridad a la unipolaridad, en un mundo multipolar, Nº 41, 1991

GARRIDO, Vicente. El Tratado de Tlatelolco y el futuro de las potencias nucleares en América Latina, Nº 49, 1993

GAREYEV, Majmut. La doctrina militar soviética, Nº 35, 1989

GEORGE, Susan. La política del hambre, Nº 11, 1986

GOMEZ GOMEZ, Ignacio. Estados Unidos, en busca del enemigo perdido, Nº 37, 1990

GONZALEZ VIEITEZ, Antonio. Canarias-Sahara: claves para una relación potencial, Nº 45, 1992

GOROSTIAGA, Xabier. Centroamérica 1990: entre el desastre y la esperanza, Nº 41, 1991

GOROSTIAGA, Xabier. *Contragate*: una crisis provocada, Nº 18, 1987

GOROSTIAGA, Xabier. La democracia ambigua: perspectivas para América, Nº 47-48, 1993

GOTT, Richard. Ninguna lágrima por Naciones Unidas, Nº 47-48, 1993

GRANADOS, Palma; AGUIRRE, Mariano. Libros sobre paz, desarme y conflictos: II bibliografía comentada, Nº 14, 1986

GRASA HERNANDEZ, Rafael. España y el Tratado de No Proliferación Nuclear:

datos para una polémica, Nº3, 1985

GRASA, Rafael. La aportación militar española al conflicto del Golfo y el mandato de las Naciones Unidas, Nº 42, 1991

GREENPEACE. Las armas nucleares contra Neptuno: la militarización de los mares, Nº 21, 1987

GUDYNAS, Eduardo. El reencuentro con "El Dorado", Nº 37, 1990

HALLIDAY, Fred; STEELE, Jonathan. URSS: política exterior y poder militar, Nº 12, 1986

HALLIDAY, Fred. La doctrina Reagan y el Tercer Mundo, Nº 20, 1987

HALLIDAY, Fred. Europa: el futuro de la neutralidad, Nº 25, 1988

HALLIDAY, Fred. Se mantiene la rivalidad Este-Oeste en el Tercer Mundo, Nº 35, 1989

HALLIDAY, Fred. Falsas respuestas de Sadam Husein, Nº 41, 1991

HAMILTON, Lee (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993

HARTMANN, Florence. La siniestra ideología de la "limpieza étnica", Nº 46, 1992

HECHT, Susanna; COCKBURN, Alexander. La jungla y la junta, Nº 37, 1990

HERNANDEZ DEL AGUILA, Rafael. Ecología y guerra: Algunas enseñanzas del conflicto del Golfo, Nº 43, 1991

HOFFMAN, Stanley (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993

HOFFMANN, Stanley. La quimera del orden mundial, Nº 46, 1992

HOLDEN, Gerard. Nuevo pensamiento y estrategia soviética, Nº 35, 1989

IBARRA, Pedro. Un nuevo movimiento social, Nº 38, 1990

IBARRA, Pedro. Del Sur al Norte: Hegoa, Nº 42, 1991

INSTITUTE FOR WAR AND PEACE (WAR REPORT/YUGO FAX). Foro para la Paz y la Reconciliación en la Antigua Yugoslavia, Nº 46, 1992
INSTITUTO INTERNACIONAL DE ESTOCOLMO DE INVESTIGACIONES PARA

- LA PAZ (SIPRI). Armamentos y desarme mundial 1990, Nº 39-40, 1990
- IRIART, Carlos. Los libros de la guerra y la paz, Nº 4, 1985
- IRIART, Carlos. La doble vía del comercio español de armas, Nº 10, 1986
- JASANI, Bhupendra. El espacio exterior: ¿campo de batalla?, Nº 8, 1986
- JOHANSEN, Robert C. Las Naciones Unidas: la crisis y el futuro, Nº 23, 1987
- JOHNSTONE, Diana. La guerra por la guerra, Nº 41, 1991
- JOHNSTONE, Diana. ¿Qué se está representando en el teatro mediterráneo?, Nº 27, 1988
- JOLIFFE, Jill. La masacre de Timor, Nº 44, 1992
- KANE, Cheikh Hamidou; BUGNICOURT, Jacques. Este-Oeste: ¿la exclusión del Sur?, Nº 41, 1991
- KASSAS, M. Los tres sistemas ecológicos, Nº 37, 1990
- KAYA, Huseyin; SERHAT, Faruk. El Kurdistán en la encrucijada, Nº 43, 1991
- KERNIC, Franz. Neutralidad y la casa común europea: el caso de Austria, Nº 41, 1991
- KERRY, John. Informe Kerry, Nº 18, 1987
- KLARE, Michael T. Una frontera que se desvanece: armas convencionales, doctrinas militares y guerra nuclear, Nº 9, 1986
- KÖHLER, Martin. El Mediterráneo y los círculos concéntricos, Nº 41, 1991
- KOKOSHIN, Andrei A. Un punto de vista soviético sobre las reducciones radicales de armas, Nº 35, 1989
- KOZIREV, Andrei. ¿Por qué no funciona la política exterior soviética?, Nº 35, 1989
- KRIDL VALKENIER, Elizabeth. El nuevo pensamiento soviético sobre el Tercer Mundo, Nº 35, 1989
- LA ROQUE, Gene. El futuro de las bases norteamericanas en el Mediterráneo, Nº 35, 1989
- LANDAU, Saul. Resituarse el debate sobre Cuba, Nº 44, 1992
- LANDAU, Saul; PEDERSEN, David. El muro de Berlín entre el Norte y el Sur:

- mano de obra del Tercer Mundo y Guerra Fría, Nº 46, 1992
- LECHADO, José Carlos. Anchuras: ¿para qué un campo de tiro?, Nº 33, 1989
- LECHADO, José Carlos. Grecia y Turquía en el franco sur de la OTAN, Nº 39-40, 1990
- LECHADO, José Carlos. El medio ambiente y la guerra nuclear, Nº 37, 1990
- LECHADO, José Carlos. El conflicto indo-paquistaní en Cachemira, Nº 38, 1990
- LEGER SIVARD, Ruth. Gasos militares y sociales en el mundo, Nº 24, 1987
- LEON, Angel. España en los planes estratégicos de los Estados Unidos, Nº 16/17, 1986
- LOPEZ DE URALDE, Juan. Los residuos tóxicos y la política del MOPU, Nº 39-40, 1990
- LOPEZ-ARANGUREN, Eduardo. La guerra y el sistema mundial, Nº 41, 1991
- LORD Carver (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993
- LOREDO, Marisa. El debate sobre las armas nucleares en Europa: de la "doble decisión" a la "opción cero", Nº 19, 1987
- LUCAS, Michael. Los Estados Unidos y la Europa posterior al acuerdo de los euromisiles, Nº 36, 1990
- MADRID, Alberto. La guerra de las palabras, Nº 42, 1991
- MALGESINI, Graciela. El desarrollo en el mundo actual: un debate, Nº 44, 1992
- MALGESINI, Graciela. NAFTA: el megamercado del Yukon a Yucatán, Nº 46, 1992
- MALGESINI, Graciela. La discriminación de la mujer: obstáculo clave para el desarrollo humano, Nº 47-48, 1993
- MANTRANT, Sylve. Para entender el "nacionalismo" báltico: el caso de Estonia, Nº 41, 1991
- MARTIN MEDEM, José Manuel. Misiles nucleares sin control en Oriente Medio y América Latina, Nº 37, 1990
- MARTIN MEDEM, José Manuel. La paz fría en El Salvador, Nº 44, 1992

MARTIN MEDEM, José Manuel. Un corresponsal especial en Centroamérica: con el agua en la cintura, N° 47-48, 1993

MARTIN MUÑOZ, Gema. La posguerra del Golfo: política y equilibrios regionales en el área árabe-islámica, N° 43, 1991

MARTINEZ GONZALEZ-TABLAS, Angel. La economía mundial después de la guerra del Golfo, N° 43, 1991

MARTINEZ PUJALTE, Antonio Luis. Presente y futuro de la CSCE: ¿es imitable el modelo?, N° 44, 1992

MAS, Pepe (et al.). Presente y futuro de la Objeción de Conciencia, N° 38, 1990

MATTHEWS, Robert P. Nicaragua y el *Irangate* (introducción), N° 18, 1987

MATTHEWS, Robert. Los Estados Unidos y los conflictos regionales, N° 36, 1990

MENDELSON, Jack. Medidas unilaterales y estrategia atlántica, N° 35, 1989

MESA, Roberto. Los países neutrales y el desarme: el Grupo de los Seis, N° 25, 1988

MESA, Roberto. Los palestinos y su movimiento de liberación, N° 26, 1988

MOFID, Kamran. Destrucción y reconstrucción: la posguerra del Golfo, N° 36, 1990

MOLINEUX, Maxine. La situación de la mujer en la era de la *Perestroika*, N° 41, 1991

MONTOYA, Roberto. Cuba: ¿un callejón sin salida?, N° 47-48, 1993

MONTOYA, Roberto. Haití: del "Sueño Aristide" a la vuelta del terror, N° 45, 1992

MONTOYA, Roberto; AGUIRRE, Mariano. España y su proyección en el Mediterráneo occidental, N° 39-40, 1990

MORTIMER, Edward J. ¿Resulta inevitable en términos de seguridad la confrontación Norte-Sur?, N° 47-48, 1993

NIETO, Miguel Angel. El mercado de las armas en España, N° 22, 1987

NOVO, María. Educar para una nueva ética ambiental, N° 37, 1990

NUEZ, Sevi de la; PEREZ, Delfina; QUINTANA, Teodora; SUAREZ, Isabel. Sacerdotisas, adivinas y matriarcado: panorama sobre las mujeres canarias, N° 45, 1992

O'CONNOR, Paul. Reflexiones sobre Bruselas, desde Belfast y Bilbao, Nº 46, 1992

OAKLEY, Robert (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993

OBASANJO, Olusegun (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993

OMEAR, Rakiya; WAAL, Alex de. ¿Perjuicios bien intencionados? Los esfuerzos internacionales de ayuda a Somalia. Nº 49, 1993

OTADUY, Pedro. La objeción fiscal y laboral, Nº 38, 1990

PARSONS, Anthony (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993

PASTOR, Jaime. Minorías críticas e identidades colectivas: los "nuevos" movimientos sociales en España, Nº 49, 1993

PEDERSEN, David; LANDAU, Saul. El muro de Berlín entre el Norte y el Sur: mano de obra del Tercer Mundo y Guerra Fría, Nº 46, 1992

PEÑAS, Francisco Javier. Política de bloques y resolución de conflictos regionales, Nº 37, 1990

PEÑAS, Francisco Javier. El largo camino de la presencia soviética, Nº 39-40, 1990

PEÑAS, Francisco Javier. Una estrategia naval en constante mutación, Nº 35, 1989

PERELLO, Ignacio (et al.). Presente y futuro de la Objeción de Conciencia, Nº 38, 1990

PEREZ, Antonio. De invisibles a anónimos: la cuestión indígena en América Latina, Nº 49, 1993

PEREZ BARBER, Javier. Guinea Ecuatorial: el tortuoso camino hacia la democracia, Nº 49, 1993

PEREZ, Delfina; NUEZ, Sevi de la; QUINTANA, Teodora; SUAREZ, Isabel. Sacerdotisas, adivinas y matriarcado: panorama sobre las mujeres canarias, Nº 45, 1992

PIRIS, Alberto (et al.). Presente y futuro de la objeción de conciencia, Nº 38, 1990

PIRIS, Alberto (et al.) . Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993

- PIRIS, Alberto. Defensas alternativas, Nº 29, 1988
- PIRIS, Alberto. ¿Cuándo intervenir por la fuerza? El recurso a la guerra, Nº 47-48, 1993
- PIRIS, Alberto. Conferencia Internacional de Institutos de la Paz, Nº 38, 1990
- PIRIS, Alberto. El CIP en el Congreso I: modelo de fuerzas armadas y su conexión con la prestación del servicio militar, Nº 39-40, 1
- PIRIS, Alberto. Reflexiones para una defensa real de las Islas Canarias, Nº 45, 1992
- QUINTANA, Teodora; PEREZ, Delfina; NUEZ, Sevi de la; SUAREZ, Isabel. Sacerdotisas, adivinas y matriarcado: panorama sobre las mujeres canarias, Nº 45, 1992
- RAGIONIERI, Rodolfo. Italia: fuerzas y estrategia, Nº 39-40, 1990
- RAMOS, Miguel (et al.). Presente y futuro de la objeción de conciencia, Nº 38, 1990
- RANDLE, Michael. El debate sobre la defensa alternativa en el Reino Unido, Nº 29, 1988
- RAVENEL, Bernard. Francia y las "nuevas amenazas", Nº 39-40, 1990
- RECIO, Albert. Ecología Política: ¿De la contestación al poder?, Nº 37, 1990
- REMINGTON, Robin Alison. *Perestroika* y Pacto de Varsovia, Nº 35, 1989
- RIECHMANN, Jorge. Iniciativas y tesis sobre un desarrollo alternativo en Europa, Nº 44, 1992
- RIO, Lola; SANTACANA, Arantxa; BARROSO, Cristino. ¿Dónde están los pacifistas? Notas sobre el Pacifismo en España, Nº 45, 1992
- RIOS, Xulio. China: la larga marcha hacia el capitalismo, Nº 49, 1993
- RIUS, Xavier (et al.). Presente y futuro de la objeción de conciencia, Nº 38, 1990
- RIVAS CASADO, Miguel. El papel de la geografía en el análisis de los conflictos internacionales, Nº 44, 1992
- RUEDA, Javier. Sáhara: fin de la cuenta atrás para los olvidados del desierto, Nº 47-48, 1993

RUIZ PEREZ, Manuel; SANZ, Luis Alberto. Las armas contra la naturaleza: impacto ecológico de la carrera de armamentos, Nº 13, 1986

RUIZ, Reina. Mujer y ejército, Nº 38, 1990

SAEZ Flora. Ser mujer invisible en Nicaragua, Nº 47-48, 1993

SAINZ DE ROZAS, Rafael. La objeción a nivel internacional, Nº 38, 1990

SAINZ DE ROZAS, Rafael. Las leyes reguladoras de la objeción de conciencia, Nº 38, 1990

SAN PEDRO, Patric de. Un caso paradigmático: la RFA, Nº 38, 1990

SANCHEZ, Luis; SENTIS, Tomás; CARO, Enrique. Muestra de cultura popular, medio ambiente y crisis ecológica, Nº 45, 1992

SANCHEZ, Germán. Vietnam después de la guerra, antes del futuro, Nº 49, 1993

SANCHEZ TORRADO, Santiago. Educar para la paz: la respuesta a una demanda, Nº 46, 1992

SANCHEZ VIVO, Tomás. Los mitos del nacionalismo, Nº 49, 1993

SANCHEZ-VALLEJO, Maria Antonia. Argelia, cara y cruz de dos totalitarismos, Nº 44, 1992

SANTACANA, Arantxa; BARROSO, Cristino; RIO, Lola. ¿Dónde están los pacifistas? Notas sobre el pacifismo en España, Nº 45, 1992

SANZ, Luis Alberto; RUIZ PEREZ, Manuel. Las armas contra la naturaleza: impacto ecológico de la carrera de armamentos, Nº 13, 1986

SCOTT, Michael; BARRACLOUGH, Solon L. Alimentación y conflictos en América Central, Nº 28, 1988

SENRA, Victoria (et al.). Presente y futuro de la objeción de conciencia, Nº 38, 1990

SENTIS, Tomás; CARO, Enrique; SANCHEZ, Luis. Medio ambiente y crisis ecológica, Nº 45, 1992

SER, Guiomar del. Centroamérica: ¿hay futuro para los campesinos?, Nº 47-48, 1993

- SERHAT, Faruk; KAYA, Huseyin. El Kurdistán en la encrucijada, Nº 43, 1991
- SHEIKH ELDIN, Omeima. Ser una mujer del Sur en el Norte, Nº 42, 1991
- SHENFIELD, Stephen. La evolución de la visión soviética del futuro, Nº 35, 1989
- SIMONS, Paul. Un legado de difícil gestión, Nº 37, 1990
- SMITH, Dan. Estrategia global norteamericana, Nº 36, 1990
- SMITH, Dan. Nacionalismo y Seguridad, Nº 45, 1992
- SMITH, Philip. Mesianismo de Sendero Luminoso y contrainsurgencia en Perú, Nº 46, 1992
- STEELE, Jonathan; HALLIDAY, Fred. URSS: política exterior y poder militar, Nº 12, 1986
- STORK, Joe. Nuevos enemigos para un nuevo orden mundial: "intifadas globales y paradigmas perdidos", Nº 45, 1992
- SUAREZ, Isabel; QUINTANA, Teodora; PEREZ, Delfina; NUEZ, Sevi de la. Sacerdotisas, adivinas y matriarcado: panorama sobre las mujeres canarias, Nº 45, 1992
- TAHBUB, Marwan. Palestina: una crisis perenne, Nº 43, 1991
- TAIBO, Carlos. El conflicto de Palestina: una introducción, Nº 26, 1988
- TAIBO, Carlos. Nuevos y viejos pensamientos : una introducción a la política de seguridad de la Unión Soviética, Nº 35, 1989
- TAIBO, Carlos. Una nota sobre el gasto militar y las exportaciones de armas en la URSS, Nº 35, 1989
- TALBOTT, Strobe. ¿Qué es lo que hace sudar a Bush?, Nº 37, 1990
- THOMPSON, E.P. Ventajas y contradicciones de los soviéticos, Nº 43, 1991
- THOMPSON, Marjorie. Democracia en la URSS, paz en Occidente, Nº 43, 1991
- URQUHART, Brian. Lecciones del Golfo para la ONU, Nº 43, 1991
- URQUHART, Brian (et al.). Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Nº 49, 1993
- URQUHART, Brian. Por una fuerza militar voluntaria de Naciones Unidas, Nº 49,

1993

VILANOVA, Pere. Oriente Medio: las elecciones en Israel y el proceso político, Nº 46, 1992

WAAL, Alex de; OMAAR, Rakiya. ¿Perjuicios bien intencionados? Los esfuerzos internacionales de ayuda a Somalia. Nº 49, 1993

WANG, Bernardette. Cartas a mi hermana, racismo y solidaridad en el Bajo Segura, Nº 49, 1993

WILKINS, Roger. Cuando la gente no tiene futuro y sus líderes la ignoran, Nº 45, 1992

WILSON, Kenneth; WALLENSTEEN, Peter. Los conflictos armados de nuestro tiempo, Nº 30, 1988

Esta lista no incluye a los autores de reseñas de la sección Libros.

Artículos publicados

Nº 1, 1985

- Gastos militares y necesidades sociales, Vicenç Fisas Armengol

Nº 2, 1985

- EEUU-URSS: datos militares, Center for Defense Information

Nº 3, 1985

- España y el Tratado de No Proliferación Nuclear: datos para una polémica, Rafael Grasa Hernandez

Nº 4, 1985

- Los libros de la guerra y la paz, Carlos Iriart

Nº 5, 1985

- España en la carrera de las armas nucleares: el papel de las bases EEUU, Willian M. Arkin y Richard T. Fieldhouse

Nº 6, 1986

- España y la OTAN: política de bloques y seguridad, Mariano Aguirre

Nº 7, 1986

- "Forjarán de sus espadas azadones": los cristianos y la paz, Cristianos por la paz

Nº 8, 1986

- El espacio exterior: ¿campo de batalla?, Bhupendra Jasani, SIPRI

Nº 9, 1986

- Una frontera que se desvanece: armas convencionales, doctrinas militares y guerra nuclear, Michael T. Klare

Nº 10, 1986

- Un mercado de compradores: el comercio de armamentos en los años 80, Michael Brzoska y Thomas Ohlson
- La doble vía del comercio español de armas, Carlos Iriart

Nº 11, 1986

- La política del hambre, Susan George

Nº 12, 1986

- URSS: política exterior y poder militar, Jonathan Steele y Fred Halliday

Nº 13, 1986

- Las armas contra la naturaleza: impacto ecológico de la carrera de armamentos, Manuel Ruiz Pérez y Luis Alberto Sanz

Nº 14, 1986

- Libros sobre paz, desarme y conflictos: II bibliografía comentada, Palma Granados y Mariano Aguirre

Nº 15, 1987

- Gasto militar y subdesarrollo social, Vicenç Fisas Armengol

Nº 16/17, 1987

- España en los planes estratégicos de los Estados Unidos, Angel León
- España en la carrera de las armas nucleares, William M. Arkin y Richard T. Fieldhouse

Nº 18, 1987

- Nicaragua y el irangate (introducción), Robert P. Matthews
- Informe Kerry, John Kerry
- Contragate: Una crisis provocada, Xabier Gorostiaga

Nº 19, 1987

- Control ideológico en los Estados Unidos: el caso de Oriente Medio, Noam Chomsky
- El debate sobre las armas nucleares en Europa: de la "doble decisión" a la "opción cero", Marisa Loredo

Nº 20, 1987

- La doctrina Reagan y el Tercer Mundo, Fred Halliday

Nº 21, 1987

- * Las armas nucleares contra Neptuno: la militarización de los mares, Greenpeace

Nº 22, 1987

- El mercado de las armas en España, Miguel Angel Nieto

Nº 23, 1987

- Las Naciones Unidas: la crisis y el futuro, Robert C. Johansen

Nº 24, 1987

- Gastos militares y sociales en el mundo, Ruth Leger Sivard

Nº 25, 1988

- Los países neutrales y el desarme: el Grupo de los Seis, Roberto Mesa
- Europa: el futuro de la neutralidad, Fred Halliday

Nº 26, 1988

- El Conflicto de Palestina: una introducción, Carlos Taibo
- Los palestinos y su movimiento de liberación, Roberto Mesa
- Los países árabes y la cuestión palestina: entre la impotencia y la retórica, Teresa Aranguren
- Israel y Palestina: ¿Un conflicto sin final?, Noam Chomsky

Nº 27, 1988

- Militarización y alternativas en el Mar Mediterráneo, Mariano Aguirre
- ¿Qué se está representando en el teatro mediterráneo?, Diana Johnstone

Nº 28, 1988

- Alimentación y conflictos en América Central, Solon L. Barraclough y Michael Scott

Nº 29, 1988

- Defensas alternativas, Alberto Piris
- El debate sobre la defensa alternativa en el Reino Unido, Michael Randle
- Las razones en favor de un régimen de no intervención, Randall Forsberg
- Preguntas y respuestas sobre defensa no nuclear, Campaign for Nuclear Disarmament (CND)

Nº 30, 1988

- Los conflictos armados de nuestro tiempo, Kenneth Wilson y Peter Wallensteen

Nº 31/32, 1988

- La carrera de armamentos en el mar, William Arkin

Nº 33, 1989

- Anchuras y la Ley, Cristina Alvarez
- Anchuras: ¿para qué un campo de tiro?, José Carlos Lechado
- El nuevo convenio hispano-norteamericano: dependencia y nuclearización, Mariano Aguirre

Nº 34, 1989

- Afganistán: tribus y superpotencias, Eqbal Ahmad y Richard J. Barnet

Nº 35, 1989

- París, la "otra cumbre económica", Centro de Investigación para la Paz
- Modernización de la Otan: ¿nueva crisis de los euromisiles?, Mariano Aguirre
- Se mantiene la rivalidad Este-Oeste en el Terer Mundo, Fred Halliday
- El futuro de las bases norteamericanas en el Mediterráneo, Gene LaRoque
- Nuevos y viejos pensamientos: una introducción a la política de seguridad de la Unión Soviética, Carlos Taibo
- Nuevo pensamiento y estrategia soviética, Gerard Holden
- La visión soviética del equilibrio europeo, Peter Almquist
- Medidas unilaterales y estrategia atlántica, Jack Mendelsohn
- Una estrategia naval en consante mutación, Francisco Peñas
- *Perestroika* y Pacto de Varsovia, Robin Alison Remington
- El nuevo pensamiento soviético sobre el Tercer Mundo, Elizabeth Kridl Valkenier
- La evolución de la visión soviética del futuro, Stephen Shenfield
- Una nota sobre el gasto militar y las exportaciones de armas en la URSS, Carlos Taibo
- La doctrina militar soviética, Majmut Garéyev
- Un punto de vista soviético sobre las reducciones radicales de armas, Andrei Kokoshin
- ¿Por qué no funciona la política exterior soviética?, Andrei Kozirev

Nº 36, 1990

- El Salvador: negociación y guerra, Raúl Benítez
- Sahara: origen y causas del conflicto, Ahmed Bujari
- Panamá. Objetivo final: no devolver el canal, Mariano Aguirre
- Destrucción y reconstrucción: la posguerra del Golfo, Kamran Mofid
- El final de la Guerra Fría, Richard J. Barnet
- Estrategia global norteamericana, Dan Smith
- Los Estados Unidos y la Europa posterior al acuerdo de los euromisiles, Michael Lucas
- Los Estados Unidos y los conflictos regionales, Robert Matthews
- Visión global de la red de bases militares de los Estados Unidos, Center for Defense Information

Nº 37, 1990

- Misiles nucleares sin control en Oriente Medio y América Latina, José M. Martín Medem

- Futuro de Alemania en la política de bloques, Mariano Aguirre
- Estados Unidos, en busca del enemigo perdido, Ignacio Gómez Gómez
- El descontrol de los armamentos navales, Nicolau Barceló
- Un mundo en peligro, Lester Brown y Christopher Flavin
- Los tres sistemas ecológicos, M. Kassas
- El medio ambiente y la guerra nuclear, José Carlos Lechado
- Un legado de difícil gestión, Paul Simons
- El reencuentro con "El Dorado", Eduardo Gudynas
- La jungla y la junta, Susanna Hecht y Alexander Cockburn
- Entre el desierto y el vertedero, Paula Casal
- Ecología Política: ¿de la contestación al poder?, Albert Recio
- Política de bloques y resolución de conflictos regionales, Francisco Peñas
- Educar para una nueva ética ambiental, María Novo
- ¿Qué es lo que hace sudar a Bush?, Strobe Talbott
- Estados Unidos en busca del enemigo perdido, Ignacio Gómez Gómez
- El descontrol de los armamentos navales, Nicolau Barceló
- Un mundo en peligro, Lester R. Brown y Christopher Flavin

Nº 38, 1990

- El conflicto del golfo Pérsico, Mariano Aguirre
- Tendiendo puentes, Centro de Investigación para la Paz
- El conflicto indo-paquistaní en Cachemira, José Carlos Lechado
- Conferencia Internacional de Institutos de la Paz, Alberto Piris
- Funciones del servicio militar obligatorio, Cristino Barroso
- Las leyes reguladoras de la objeción de conciencia, Rafael Sainz de Rozas
- Un caso paradigmático: la RFA, Patric de San Pedro
- La objeción a nivel internacional, Rafael Sainz de Rozas
- Historia de una disidencia, José Javier Fernández Ruiz
- Insumisión: la objeción responsable, Rafael Ajangiz
- Los grandes retos actuales, Txema Finez
- Un nuevo movimiento social, Pedro Ibarra
- Mujer y ejército, Reina Ruiz
- La objeción fiscal y laboral, Pedro Otaduy
- Presente y futuro de la objeción de conciencia, Miguel Ramos (et al.)

Nº 39/40, 1990

- El CIP en el Congreso I: modelo de fuerzas armadas y su conexión con la prestación del servicio militar, Alberto Piris

- El CIP en el Congreso II: modelos de fuerzas armadas en el contexto de la actual situación de seguridad internacional, Vicenç Fisas Armengol
- España y su proyección en el Mediterráneo occidental, Mariano Aguirre y Roberto Montoya
- Francia y las "nuevas amenazas", Bernard Ravenel
- Italia: fuerzas y estrategia, Rodolfo Ragionieri
- Grecia y Turquía en el flanco sur de la OTAN, José Carlos Lechado
- La VI Flota de los Estados Unidos y su estrategia, Nicolau Barceló
- El largo camino de la presencia soviética, Francisco Javier Peñas
- Fuera de área, peligros del Sur, Mariano Aguirre
- Armamentos y desarme mundial 1990, Instituto Internacional de Estocolmo de Investigaciones para la Paz (SIPRI)
- Los residuos tóxicos y la política del MOPU, Juan López de Uralde

Nº 41, 1991

- La guerra y el sistema mundial, Eduardo López-Aranguren
- La crisis y la Guerra Fría, Philip Agee
- Falsas respuestas de Sadam Husein, Fred Halliday
- La guerra por la guerra, Diana Johnstone
- Para que no vuelva a suceder, Vincenç Fisas Armengol
- De la bipolaridad a la unipolaridad, en un mundo multipolar, Johan Galtung
- Para entender el "nacionalismo" báltico: el caso de Estonia, Sylve Mantrant
- La situación de la mujer en la era de la *perestroika*, Maxine Molyneux
- Reforma económica y bien estar ciudadano: el "derecho a lo económico" en Europa Oriental, E.V.K. Fitzgerald
- El Mediterráneo y los círculos concéntricos, Martin Köhler
- Este-Oeste: ¿la exclusión del Sur?, Cheikh Hamidou Kane y Jacques Bugnicourt
- Neutralidad y la casa común europea: el caso de Austria, Franz Kernic
- Centroamérica 1990: entre el desastre y la esperanza, Xabier Gorostiaga

Nº 42, 1991 (número co-editado con la revista *En Pie de Paz*)

- El movimiento por la paz ante las alternativas de defensa, Vincenç Fisas Armengol
- De la espontaneidad a la reflexión. Un nuevo debate, una nueva oposición, Miquel Dolores
- Entrevista a Bruce Birchard, del American Friends Service Committee, Mariano Aguirre
- El desorden del "nuevo orden mundial" de EE UU, Mariano Aguirre
- "Al loro", lo que conviene tener en cuenta en los tiempos del nuevo

- orden, Mariano Aguirre, Nicolau Barceló y Vicenç Fisas
- Dar de comer al loro, Nicolau Barceló
- ¿Nuevo orden económico?, Alfonso Dubois
- La guerra de las palabras, Alberto Madrid
- La aportación militar española al conflicto del Golfo y el mandato de las Naciones Unidas, rafael Grasa
- Ser una mujer del Sur en el Norte, Omeima Sheikh Eldin
- Las Brigadas Internacionales de Paz: del Norte hacia el Sur, Paco Cascón
- Una jornada de un equipo de PBI en Centroamérica, Paco Cascón
- Del Sur al Norte: Hegoa, Pedro Ibarra
- ¿Para qué sirvió la guerra?, Campaña contra la guerra

Nº 43, 1991

- Ventajas y contradicciones de los soviéticos, E.P. Thompson
- El control de las armas nucleares soviéticas, Vicenç Fisas Armengol
- Democracia en la URSS, paz en Occidente, Marjorie Thompson
- Lecciones del Golfo para la ONU, Brian Urquhart
- Las técnicas de guerra modernas y el medio ambiente: Un estudio sobre la guerra del Golfo, William M. Arkin, Damian Durrant y Marianne Cherni
- Ecología y guerra: algunas enseñanzas del conflicto del Golfo, Rafael Hernández del Aguila
- La posguerra del Golfo: política y equilibrios regionales en el área árabe-islámica, Gema Martín Muñoz
- Palestina: una crisis perenne, Marwan Tahbub
- El Kurdistán en la encrucijada, Huseyin Kaya y Faruk Serhat
- El largo proceso del referéndum en el Sahara, José Ramón Diego Aguirre
- La economía mundial después de la guerra del Golfo, Angel Martínez González-Tablas
- Un proceso ecuménico esperanzador, Jesús María Alemany
- Mujeres y niños primero: las herramientas propagandísticas del patriarcado, Cynthia Enloe

Nº 44, 1992

- Gorbachov: el último líder de la URSS, Michael Dobbs
- Iniciativas y tesis sobre un desarrollo alternativo en Europa, Jorge Riechmann
- El desarrollo en el mundo actual: un debate, Graciela Malgesini
- Berlín como microcosmos de la unidad alemana, Martina Fischer
- La militarización de la vida de las mujeres, Cynthia Enloe
- No más victorias como ésta: los efectos ecológicos de la guerra del Golfo, Nicolau Barceló

- El papel de la geografía en el análisis de los conflictos internacionales, Miguel Rivas Casado
- El registro de Naciones Unidas: medio de control del comercio de armamentos, Vicenç Fisas Armengol
- Presente y futuro de la CSCE: ¿es imitable el modelo?, Antonio Luis Martínez Pujalte
- Resituar el debate sobre Cuba, Saul Landau
- La paz fría en El Salvador, José Manuel Martín Medem
- Yugoslavia: las raíces de la crisis, Ronald J. Bee
- La masacre de Timor, Jill Joliffe
- Argelia, cara y cruz de dos totalitarismos, María Antonia Sánchez-Vallejo
- Maastricht y la defensa europea, Mariano Aguirre y Ana Alonso

Nº 45, 1992

- Sudáfrica: mitos y realidades de una transición en peligro, José Manuel Bustamante
- Haití: Del "Sueño Aristide" a la vuelta del terror, Roberto Montoya
- De la culpabilidad libia a la pista siria: los laberintos del caso Lockerbie; Mariano Aguirre
- Nacionalismo y Seguridad, Dan Smith
- Nuevos enemigos para un nuevo orden mundial: "intifadas globales y paradigmas perdidos", Joe Stork
- Fortaleza de Los Angeles, Mike Davis
- Cuando la gente no tiene futuro y sus líderes la ignoran, Roger Wilkins
- La ley y el desorden en Los Angeles, John Gregory Dunne
- Elecciones en EE UU y el verdadero interés nacional, Richard J. Barnet, John Cavanagh
- Canarias-Sahara: claves para una relación potencial, Antonio González Vieitez
- Sacerdotisas, adivinas y matriarcado: panorama sobre las mujeres canarias, Sevi de la Nuez (et al.)
- Medio ambiente y crisis ecológica, Enrique Caro, Luis Sánchez y Tomás Sentís
- Reflexiones para una defensa real de las Islas Canarias, Alberto Piris
- ¿Dónde están los pacifistas? Notas sobre el Pacifismo en España, Cristino Barroso, Lola Río y Arantxa Santacana
- Conflictos y opciones para un fin de siglo, Ana Alonso

Nº 46, 1992

- La siniestra ideología de la "limpieza étnica", Florence Hartmann
- Foro para la Paz y la Reconciliación en la antigua Yugoslavia, Institute

for War and Peace (War Report/Yugo Fax)

- Somalia, un país sin lugar en el mundo, José Manuel Bustamante
- La quimera del orden mundial, Stanley Hoffmann
- Oriente Medio: las elecciones en Israel y el proceso político, Pere Vilanova
- Armas nucleares y misiles balísticos en Oriente Próximo: de la guerra a la seguridad cooperativa, Centro de Investigación para la Paz (CIP)
- Mesianismo de Sendero Luminoso y contrainsurgencia en Perú, Smith Smith
- NAFTA: el megamercado del Yukon a Yucatán, Graciela Malgesin
- Teología latinoamericana de la liberación, veinte años después, Jesús María Alemany
- Reflexiones sobre Bruselas, desde Belfast y Bilbao, Paul O'Connor
- Educar para la paz: la respuesta a una demanda, Santiago Sánchez Torrado
- El muro de Berlín entre el Norte y el Sur: mano de obra del Tercer Mundo y Guerra Fría, Saul Landau y David Pedersen

Nº 47/48, 1993

- Sáhara: fin de la cuenta atrás para los olvidados del desierto, Javier Rueda
- ¿Resulta inevitable en términos de seguridad la confrontación Norte-Sur?, Edward J. Mortimer
- ¿Cuándo intervenir por la fuerza? El recurso a la guerra, Alberto Piris
- La democracia ambigua: perspectivas para América, Xabier Gorostiaga
- Desarrollo, neoliberalismo y política electoral en América Latina, Rosario Espinal
- La discriminación de la mujer: obstáculo clave para el desarrollo humano, Graciela Malgesini
- La salud y el trabajo de las mujeres en América Latina, Rosario Aguirre
- Las organizaciones no gubernamentales en el debate sobre el desarrollo, Alfonso Dubois
- Cuba: ¿un callejón sin salida?, Roberto Montoya
- "No queremos venganza, queremos justicia": el caso de los jesuitas asesinados en El Salvador, Martha Doggett
- La CE y América Latina: medio ambiente y desarrollo, Paloma Agrasot
- Centroamérica: ¿hay futuro para los campesinos?, Guiomar del Ser
- Un corresponsal especial en Centroamérica: con el agua en la cintura, José Manuel Martín Medem
- La enseñanza de la política internacional en el aula, Antonio Chazarra y José Cabrera
- Bosnia sola ante el fascismo, Xabier Agirre Aranburu
- Ser mujer invisible en Nicaragua, Flora Sáez
- Ninguna lágrima por Naciones Unidas, Richard Gott
- Carta sobre un objetor de conciencia, Noam Chomsky

Nº 49, 1993

- Por una fuerza militar voluntaria de Naciones Unidas, Brian Urquhart
- Una fuerza voluntaria para la ONU. Las perspectivas. Debate sobre las propuestas de Brian Urquhart, Lee Hamilton (et al.)
- Los mitos del Nacionalismo, Tomás Sánchez Vivo
- Minorías críticas e identidades colectivas: los "nuevos" movimientos sociales en España, Jaime Pastor
- Cartas a mi hermana: racismo y solidaridad en el Bajo Segura, Bernardette Wang
- La ONU en Somalia: ¿misión imposible?, Vicenç Fisas Armengol
- ¿Perjuicios bien intencionados? Los esfuerzos internacionales de ayuda a Somalia, Alex de Waal y Rakiya Omaar
- Asia Oriental al final del milenio, Alejandro Colás
- China: la larga marcha hacia el capitalismo, Xulio Ríos
- La economía surafricana después del *apartheid*, Lucía Alonso
- Vietnam después de la guerra, antes del futuro, Germán Sánchez
- De invisibles a anónimos: la cuestión indígena en América Latina, Antonio Pérez
- Guinea Ecuatorial: el tortuoso camino hacia la democracia, Javier Pérez Barber
- El Tratado de Tlatelolco y el futuro de las potencias nucleares en América Latina, Vicente Garrido

Esta lista no incluye las reseñas de la sección Libros.
